

Volumen 2

Un cuento etiológico y otros cuentos de animales

El perro topil Náhuatl

Topilitskuintli Nawatl

El conejo y la borrega Otomí

N'a rä pa mi 'yo rä jua ha rä mbonthi Ñähñú

El mono y el cocodrilo Maya

Baats' yéetel áyin Maya

Un armadillo y un león Mixteco

Kití ndika'a ta kiti yakuin Tu'un savi

El compadre zopilote Otomí

Mbane pada Ñähñú

Conejo y coyote, tigre y tlacuache

El conejo y el coyote Mixteco

Leso ta ndiva'yi Tu'un savi

El conejo Lorenzo Mixteco

Iva chichi ta kiti leso Tu'un savi

Cómo el tlacuache engañó al tigre Mixe medio

Wí'xa po'o win ööny ja kaa Ayuuk

El tlacuachito flor y el coyote Náhuatl

Xochitlakuatsin iwan koyotl Nawatl

Flojos, pícaros y compadres

El flojo que recibió dinero en su casa Mixteco

Ta xùxan Tu'un savi

El hombre que se transformó en zopilote Tzeltal

Te winik k'atbuj ta xulem Tseltal

El tonto José Otomí

Ra ndä Hose Ñänhú

Juan loco Mixe bajo

Juan look Ayuk

El pobre cazador de pavos silvestres Maya

Obtsil ts'on kuuts Maya

Una viejita y sus nietos Otomí

'Na ra zi tiya Ñähñú

Los tres hermanos miedosos Maya

Óoxtuul sajak sukuntsi lo'ob Maya

Mentiras, chistes y exageraciones

El yerno flojo Maya

Ja'an ka'tsil ma'a k'ool Maya

Los compadres Mixteco

Na mpaari Tu'un savi

El cazador de venados Otomí

Ra mefantho Ñänhú

El cazador Maya

J-ts'on na'al Maya

Un gringo y un otomí Otomí

Ñäñho ne bí mpädi Ñäñho

Cuentos de ultramar

Viajes al inframundo, bodas extraordinarias

El hombre que no quería a su mujer Náhuatl

Tlakatl tlen amo okitlasohtlaya isiwa Nawatl

El vendedor de ollas Mixe alto

Tu'uts to'ojkpa Ayuujk

Un hombre pobre que salió a traer ranas Mixteco

Ta nda'vi ta tnii sa'va Tu'un savi

Pruebas, retos y dones

El que se enoja pierde Maya

Óoxtuul suku'untsilo'ob Maya

El rey y sus tres hijos Mixe medio

Yö rey jets tiköök miäänk Ayuuk

Tres niños huérfanos Tzeltal

Oxtul me'ba alaletik sok sme'chun Tseltal

Otros

La mujer y el chango Náhuatl

Siwatl iwan miko Nawatl

El que halló su suerte arriba de un árbol Mixteco

Ta nda'vi Tu'un savi

La muerte madrina

El borracho y la muerte Mixe medio

Ami'ik ja'ay mööt o'okp Ayuuk

Palabras finales

Una canción Otomí

'Nar 'bede 'nar jä' i mi ñäwi 'nar tangura mexe Hñähño

Palabras a un niño pequeño cuando se le nombra ofrendador de flores Náhuatl

Tlahtolli tonalmeyotsintli ipanpa kanpa se kitokayotia xochitlachipanka Nawatl

Palabras para pedir novia Mixteco

Xa'vi ña xika noo, ña nduku xano Tu'un savi

Venadito Huichol

Máxa me kutsú Wixárika

Cuentos

Son los cuentos donde realmente comienza la ficción explícita, con la clara conciencia de que lo que se narra no es verdadero, de que no es un asunto de creencias ni de fe, que no se trata más que de una construcción verbal, de que no se trata algo que sucedió o podría haber sucedido. Todos saben que en la vida real el conejo es más

débil que el coyote, que la flojera nunca es premiada, que nadie derrota a un gigante ni revive con auxilio de una tonada o una yerba, que no hay burro que cague oro. Lo cual no impide que se cuelen hasta aquí toda clase de resabios mágicos, motivos míticos, personajes y acciones heroicas que nos remiten a una compleja y muy antigua visión del mundo, un sistema de creencias y maneras de narrar que nos indican, de manera inequívoca, que se trata de un relato indígena o incorporado y asimilado a la comunidad donde se narra de tal manera, que puede ser considerado nativo.

En los cuentos los animales hablan, se engañan, se conmueven, luchan entre sí —pero son evidentemente personajes de cuento; no se pretende que se crea en ellos ni se les emule, no son ni ancestrales ni ejemplares como los que aparecen en los mitos nativos o en las fábulas morales.

Los pícaros o protagonistas humanos también son, por su carácter y comportamiento, antisociales e improbables. Aunque muchos relatos tienen influencia europea —árabe, hindú y oriental a través de España— hay tal similitud con algunos pasajes de los mitos o hazañas de ancestros, que queda en ellos siempre el tinte indígena. En las comunidades o entre los oyentes no importa el origen, lo que los prestigia es si son o no bien narrados.

Un cuento etiológico y otros cuentos de animales

Generalmente en los mitos se presentan peripecias que marcan a los protagonistas, castigados o premiados por su participación en acciones primigenias: por eso tienen un color, cantan de alguna manera, viven en ciertos lugares. Con el tiempo, estos episodios se independizan y forman cuentos autónomos, para explicarnos la razón por la cual los animales, lugares o comportamientos tienen ciertas características distintivas.

Hay relatos de por qué al conejo le crecen las orejas, cómo pierde su sombrero y sus botines —el venado le roba sus casquitos y cuernos—; mito y cuento se entrecruzan: si en el mito le mochan la cola y le dejan el hocico tencuache, en el cuento escapa del coyote subiendo hasta la luna.

Muchísimas historias sobre plumas, crestas, saltos y dietas se narran, dando cuenta de la atención a las costumbres y peculiaridades de los animales, el paisaje, los astros.

Cada vez que dos perros se encuentran, se huelen la cola, ¿por qué? Aquí se cuenta la verdadera razón de esta conducta:

El perro topil

Náhuatl

Hace mucho tiempo, ya tardó, hubo algunos hombres maltrataban a los perros. Entre ellos surgió la idea de defenderse: diferentes perros que hay en la tierra se pusieron de acuerdo; cada uno fue contando sus preocupaciones y decidieron decírselo a Tláloc para que enviara un castigo a los hombres, pues no los reconocían como amigos.

Después de haber hecho un recado, buscaron entre ellos a un perro topil y le dijeron que tendría que atravesar ríos, subir y bajar cerros, cruzar bosques y cuidarse.

Cuando decidieron qué perro llevaría el recado, surgió otra preocupación: dónde llevaría el mensaje. Si lo llevaba en el hocico o en las manos lo perdería cuando intentara defenderse. Pensando en este problema, el perro más anciano habló:

—Ese recado puede ir más seguro metiéndoselo detrás.

Ya decidida la manera de mandar el recado, luego se lo guardaron y el perro salió brincando a cumplir su encargo.

Han pasado muchos años, hasta ahora el perro no ha regresado con la respuesta. Es por eso que cada vez que los perros se encuentran lo primero que hacen es olerse la cola: para ver si no es el que trae la respuesta; o para castigarlo si todavía no ha llevado el recado o si trae la contestación y no la ha entregado.

Narrado por Hermenegildo Tepole, Coapa Pinopa, Zongolica, Veracruz.

En pocos cuentos en lenguas indígenas encontramos poca correspondencia entre una acción y sus consecuencia. Los éxitos no se ganan por mérito o por voluntad, sino por simple azar o mediante trampas. Los protagonistas son mentirosos, flojos y tontos, recompensados sin ser merecedores de los premios; o bien castigados sin haber cometido falta alguna. *Un bien con un mal se paga* es un refrán recurrente, que ignora el mérito o la diligencia por completo.

La única manera de escapar de la violencia y el hambre de los depredadores es mediante la astucia, que la estupidez del contrincante permite y alienta. La arbitrariedad es absoluta: tampoco aquí hay justicia, aunque sí revancha —así sea narrativa y por la vía de la risa.

El conejo y la borrega

Otomí

Un día un conejo iba por las montañas. Para su mala suerte se topó con el coyote:

—¿Cómo está usted, señor conejo?

—Nada más estoy aquí caminando por el campo —contestó.

El coyote dijo: —Mire, señor conejo, tengo mucha hambre. Hace dos días que no encuentro nada qué comer. Así que creo que ahora me lo voy a comer a usted; ya no puedo aguantar más el hambre.

El conejo tenía mucho miedo de que el coyote lo fuera a matar; pensó: “¿qué haré? Me va a comer”.

Se le ocurrió cómo podría burlar al coyote. Se dio cuenta de que el coyote ya se relamía las quijadas con ganas de comérselo. Así que el conejo dijo: —¡Qué dice usted, señor coyote, no me coma! Voy a enseñarle a una borrega blanca que he visto, yo sé dónde está.

El conejo temblando, fue corriendo a mostrarle al coyote el lugar dónde había dicho que había visto a la oveja blanca. Antes de llegar a donde pensaba decirle que había visto a la borrega, el conejo le avisó al coyote:

—Ya estamos llegando, ya está cerca; ahí nada más. Es muy grande. Ya verá que no me estoy riendo de usted, se la voy a mostrar desde lejos para no espantarla. Prepárese para correr y en cuanto lleguemos, se le echa encima y la atrapa.

Los dos se pararon en una colina y el conejo le mostró al coyote un objeto blanco en la otra ladera. El coyote se relamía con gusto pensando que pronto iba a comer.

Entonces el conejo le dijo: —Corra, corra; si no corre, no la atrapará.

Y como el coyote vio que era bastante grande, se dejó ir a la carrera. Corrió rápido y, cuando estaba cerca, saltó tratando de atrapar a la borrega. Cuál no sería su sorpresa cuando se dio cuenta de que era un cardón blanco muy frondoso. Se llenó de espinas y, mientras tanto, el pequeño conejo, apenas le hubo mostrado el lugar, se fue corriendo por las colinas. Estaba contento porque se le había escapado a la muerte.

Son abundantes y tempranas las traducciones y versiones de las fábulas de Esopo o de autores españoles, ampliamente difundidas en lenguas indígenas primero mediante la tradición oral y luego a través de las escuelas, el Instituto Lingüístico de Verano y los medios. No son parte del acervo oral común, aunque sí del pedagógico-cívico. Pero nunca tienen el éxito que tienen los cuentos con carreras, engaños, trampas, mentiras y estropicios —que por cierto no son exclusivas del conejo ni del tlacuache.

El mono y el cocodrilo

Maya

Había un mono que tenía ganas de comer plátanos, pero estaban del otro lado de un río. El río era muy ancho y no podía cruzarlo porque no sabía nadar. De pronto, vio acercarse a un cocodrilo grande y le dijo:

—Ay, señor cocodrilo, tengo mucha hambre y quiero comerme unos plátanos de los que están al otro lado del río; pero no sé nadar, pues mi madre nunca me enseñó. ¿Me llevarías sobre tu espalda a la otra orilla?

—Bueno —le dijo el cocodrilo.

El mono se subió de un salto a la espalda del cocodrilo y éste lo llevó al otro lado, donde estaban los plátanos. Al llegar le dijo:

—Gran cocodrilo, espérame un momento y enseguida vuelvo. Comeré rápido para que me lleves de regreso.

—Está bien —respondió el cocodrilo.

El mono comió rápidamente y se trajo un plátano para comer en el camino de regreso, acucillado sobre la espalda del cocodrilo. Estaba muy contento, pues ya había comido y, además, traía un plátano para seguir comiendo en el camino.

Saltó a la espalda del cocodrilo y le dijo:

—Llévame rápido al otro lado del río.

El cocodrilo partió, pero no hacia donde le dijo el mono; lo llevaba por la orilla, siguiendo el río.

—Señor cocodrilo, ¿a dónde me llevas? Éste no es el camino a mi casa.

—Te llevo a la mía —le dijo el cocodrilo— porque mi esposa está enferma y el curandero le dijo que necesitaba comer sesos de mono para sanar.

—Ay, señor cocodrilo, ¿por qué no me lo dijiste antes de que llevaras? Dejé mis sesos asoleándose de aquel lado del río. Vamos rápidamente a recogerlos para llevárselos a tu esposa antes de que se muera.

—Regresemos, pues —dijo el cocodrilo.

Y regresaron. Al llegar al lugar de donde salieron, el mono dijo:

—Ahí están mis sesos asoleándose, voy a recogerlos y enseguida regreso.

Bajó del lomo del cocodrilo y le dijo:

—Ay, el día que mis sesos se salgan de donde están, ese día me muero.

Así se salvó de morir el mono.

Un armadillo y un león

Mixteco

Platican que así le sucedió al león con el armadillo, hace mucho tiempo. Un día, el león se encontró al armadillo.

—Buenos días, sobrino —le dijo el león.

—Buenos días, tío —le contestó el armadillo.

—¿Qué andas haciendo por aquí?

—Aquí, comiendo.

—Te ves muy sabroso como para comerte, sobrino; traigo mucha hambre.

—No, tío, no me comas, ¡pobre de mí! Soy muy chiquito. Ni siquiera para embarrarte los dientes te voy a alcanzar.

—Pues te voy a comer.

—Está bien, cómeme —estuvo de acuerdo el armadillo—. Te pido solamente un favor: llévame hasta arriba de esta montaña.

—Bueno —aceptó el león.

Y lo cargó. A la mitad de la montaña se detuvieron.

—Aquí vamos a descansar tantito. Mejor de una vez te como, ya no aguanto el hambre.

—Está bien, si a fuerza me has de comer... Pero primero cántame una canción, para que baile un poco, por última vez. Cuando termine me comes.

—Está bien.

Y cantó así:

—*Toti chin, toti paxalo; toti chin, toti paxalo. Toti chin, toti paxalo; toti chin, toti paxalo*: “Baila así, en el paseo; baila así, en el paseo” —cantaba en náhuatl, no en mixteco.

El armadillo bailó. En el momento en que iba a matarlo el león, el armadillo le dijo:

—¡Mira!, ¿quiénes son los que vienen allá, hablando tanto?

—¿Dónde?

Y el león volteó. El armadillo se metió en su concha y rodó hasta su cueva. Se fue, dicen.

El león todavía corrió tras él, hasta llegar a la boca de la cueva del armadillo. Ya no supo qué hacer; metía la mano en la cueva y luego se la chupaba.

Narrado por Sofía Solano González, Ocoapa, Copanatoyac, Guerrero.

En los cuentos la tortuga sube al cielo para ir a una boda, una fiesta o para disfrutar el paisaje; la llevan el zopilote —alguna vez un gavián, o un quebrantahuesos. Unas veces cae accidentalmente, otras se suelta, las más veces el zopilote la tira porque se queja, aunque vaya montada en su lomo, de que el zopilote apesta. De allí derivan su concha fragmentada y su nombre en varias lenguas —*rota*, *desmigajada*, *desboronada*. Aquí, quien vuela no es la tortuga, sino el zorrillo.

El compadre zopilote

Otomí

Una vez el zorrillo quiso volar. "Quiera aprender a volar, para saber qué se siente estar volando. Lo intentaré, sólo para ver si es posible", se dijo.

Lo intentó brincando, brincando, pero no pudo.

Entonces se acordó de su compadre, el zopilote: "Él sabe volar". Entonces dijo: —Iré a buscar a mi compadre para decirle que me enseñe. Él sabe—. Así dijo el zorrillo.

Entonces, salió a buscar a su compadre y le pidió que lo enseñara a volar.

Encontró al zopilote y lo saludó:

—¡Compadrito buitre!

—¡Compadrito zorrillo! ¿Cómo estás?

—Quiero pedirte un pequeño favor, compadrito. ¿Me lo haces?

—Sí, compadrito. ¿Qué es?

—No es nada realmente, compadrito. Se dice que sabes volar. Lo que yo quiero es aprender a volar, porque veo que se avanza más rápido de esa manera.

—Sí, está bien, compadrito.

Y por un momento el zopilote pensó cómo podría hacerlo. Le dijo que lo enseñaría a volar y se llevó al zorrillo en un viaje de ensayo. Pues, como nunca había volado antes, al zorrillo le gustó mucho. Pidió al zopilote que le enseñara al día siguiente.

El zopilote ya estaba planeando qué iba a hacer con él. El primer día lo llevó cerca.

Al tercer día el zorrillo salió, buscando a su compadre para volar de nuevo. Pensaba pedirle que lo llevara a dar una vuelta más larga, más lejos.

Le dijo: —¿Que dices, compadrito? ¿Vamos a Roma? Quiero ir a Roma. Llévame, vamos. Te vas derecho para llegar rápido —dijo el zorrillo.

El zopilote estuvo conforme. Estaba contento porque irían lejos.

—Vamos, compadrito. Por supuesto que te llevaré, agárrate bien de mi lomo.

El zopilote se sentó para que el zorrillo pudiera subir.

—¡Agárrate bien de mis alas, compadre! Agárrate bien, compadrito. Voy a ir rápido para llegar pronto. Vámonos directo —dijo el buitre, llevando a su compadre.

El zorrillo, allá arriba, le dijo a su compadre:

—No vayas de lado o me caigo.

—No te vas a caer, compadrito. Vamos derecho, atravesando una barranca tras otra —dijo el zopilote. Pero las patas del zorrillo se cansaban y el zopilote volaba más y más alto.

Las patas del zorrillo se le entumían.

—Me voy a caer, compadrito, mis patas están entumidas.

—Agárrate, compadrito, que voy a correr. ¡Agárrate!

—¡Ay! ¡Me caigo!, tengo las patas entumidas— dijo el zorrillo.

El zopilote sabía que el zorrillo no podía aguantar. Dio una vuelta cerrada y el zorrillo se cayó, dando vueltas, hacia la tierra. Dando vueltas cayó al suelo. Cuando el zopilote vio que el zorrillo estaba moribundo, voló a la tierra tras él.

Tan pronto llegó hasta donde estaba tendido su compadre el zopilote comenzó a comer. Empezó a picotearle los ojos de su compadre. Y el zorrillo, sintiendo que su compadre picoteaba sus ojos, le dijo:

—Ay, compadrito, ¿por qué me haces esto?

Y el buitre solamente contestó:

—Te comeré mientras estás caliente todavía, compadre.

La moraleja de esta historia es: pídele ayuda a quien de veras te ayude.

Conejo y coyote, tigre y tlacuache

Estas dos parejas de engañado y pícaro son las más frecuentes de los cuentos indígenas; unidos o separados, son personajes esenciales de la tradición oral mexicana. Y no solamente aparecen en nuestro territorio: entre los indios del sureste de Estados Unidos se cuentan también historias de coyote; en Centro y Sudamérica el tigre sufre con las mismas tretas.

Si bien en el norte del país el coyote tiene un carácter divino —entre kiliwas y pimas, al menos—, conforme descendemos hacia el sur, la figura se degrada y el coyote va a ser engañado, apaleado, quemado —víctima de la astucia, la maldad y la sorna del conejo y otros tunantes.

Las fechorías y engaños no se limitan a las lenguas indígenas, también se narran en español. Su amplia difusión en los ámbitos literarios y escolares ha reforzado y revitalizado su existencia; se sigue contando como *el* cuento inmediatamente asociado a las lenguas indígenas.

Los cuentos de conejo y coyote se estructuran en modelos narrativos donde la constante es la lucha y engaño entre pares asimétricos de enemigos: fingir, convencer, escapar, enredar con palabras —hasta que triunfan la astucia y la trapacería.

Al narrarse, se recurre a la exageración y la teatralidad, se representa siempre cómo quedó pegado el conejo al mono de cera; en nuestro país, estas historias pocas veces conllevan una lección moral —a diferencia de las fábulas europeas. El triunfo del depredado sobre el depredador, de la astucia sobre la fuerza, de la inteligencia sobre el tamaño son la revancha narrativa del más débil, siempre agredido.

Ante la ausencia de justificaciones o causalidad, el cuento permite gran plasticidad y suele ser acumulativo —el número de maldades que incluye el cuentero en el relato es tan variable como los versos de un son huasteco.

Y a pesar de ser el cuento por excelencia, hay fundadas sospechas de que los ciclos de conejos en general, y el del muñeco pegajoso, en particular, no son mexicanos. Desde las primeras recolecciones de cuentos hechas en nuestro país se discutió si esta narrativa era nativo o importada, tal vez de África.

En todas las lenguas, los indígenas reclaman estas historias como propias. La abundancia de relatos y el grado de apropiación, resignificación y adaptación de los contenidos los convierten en indígenas —sobre todo en los casos donde el conejo escapa a la luna, que es la imagen que se ve en el círculo plenilunar en nuestro país, África, Japón y otros lugares —nunca en Europa, ni en Cuba por cierto.

Las versiones eróticas o escatológicas son comunes y dependen del público: los oyentes son quienes permiten que los personajes se vuelvan tontos, obscenos o malvados. El cuento, sin embargo, es siempre chusco y cruel.

El conejo y el coyote

Mixteco

Los borregos salieron, iban a confesarse. En el camino se encontraron a un conejo, que les preguntó:

—¿A dónde van, hermanos?

—Vamos a confesarnos.

—Los acompaño.

—No, no vengas; no vas a llegar hasta la iglesia porque eres muy chaparro.

—No le hace; voy con ustedes.

—Bueno.

El conejo tomó la delantera; los borregos lo siguieron. Llegaron a un llano y se detuvieron a comer. El conejo les dijo:

—Aquí quédense comiendo, hermanos. Yo también voy a comer; tengo mucha hambre.

Se fue; llegó adonde estaban unas matas de frijol y empezó a comerlas. El dueño del sembradío ya se había dado cuenta de que algún animal hacía muchos destrozos en su frijolar. Se preguntaba: “¿Qué animal será el que hace tanto daño? Yo creo que ha de ser el conejo: seguro es él.”

Puso trampas de piedra, puso espantapájaros de trapo; pero el animal no se asustaba. Entonces puso un mono de cera a la entrada del frijolar. Ése sí, lo atrapó, pues el conejo le pegó con una mano mientras le decía:

—Hágase a un lado, hágase a un lado, voy a pasar a comer —y al empujarlo su mano quedó pegada.

—Suélteme la mano, que voy a entrar; tengo mucha hambre. Todos los días vengo acá y nunca nadie me había molestado.

El mono de cera estaba silencio. El conejo le dio un golpe con la otra mano y también se le quedó pegada.

—Le dije que me soltara. Suélteme o le doy de patadas, que para eso tengo patas.

Lo pateó; también la pata quedó pegada. Con la otra pata volvió a patearlo; también quedó pegada. Allí estaba hecho bolita; seguía gritando:

—Suélteme o le daré un coletazo, todavía tengo cola.

Le dio un coletazo y también la cola quedó pegada.

—Suélteme; voy a entrar a comer, tengo hambre. ¿Por qué me agarra? Diario ando por aquí y ni quien se meta conmigo.

¡Y que lo muerde! También los dientes se quedaron pegados.

—Suélteme, le voy a pegar; todavía tengo orejas.

Le dio con las orejas y también se le pegaron a la cera. Allí estaba pegosteadado, engarruñado, cuando llegó el dueño.

—¡Ah!, así que eres tú quien tanto daño me ha hecho.

—Sí, yo.

El señor agarró al conejo y se lo llevó a su casa. Al llegar, le dijo a su señora:

—Ahora, ¿qué hacemos ahora con este animal?

—Ni qué pensarle: lo matamos.

—¿Y cómo lo matamos?

—Vamos a calentar agua y allí lo metemos.

—Muy bien.

Lo pararon detrás de la casa y lo amarraron. Pusieron a calentar el agua. El conejo vio cómo venía el coyote; muy despacito, muy despacio venía. Muy despacito llegó. El conejo lo llamó:

—Hermano, hermano. Hermano, ven. Ven, hermano, ven. Me piden que viva con la hija de esta gente, pero yo no puedo. ¿No te quedarías tú en mi lugar? Yo no puedo vivir con ella porque estoy muy chaparro; no se va a ver bien cuando camine con ella, porque estoy muy chiquito. En cambio tú estás muy bien; tú eres muy alto, tú estás bien. Tú si estás bueno para vivir con ella.

—No me van a querer, hermano; me van a pegar, hermano.

—No, hermano; tú mero eres quien vivirá con ella. Me la están dando para que me case con ella pero yo no la quiero porque estoy muy chaparro. Nunca me vería bien caminando detrás de ella.

—¿Qué sí? —le preguntó el coyote—. Bueno, hermano, si es cierto lo que dices, si estás seguro...

—De verdad, hermano —lo convencía el conejo.

El coyote desató al conejo. Entonces el conejo le amarró el mecate al coyote en el pescuezo y después salió corriendo. Mientras, en la casa, hirvió el agua.

—Vayan a traer al conejo; que venga a morir.

Corriendo fueron atrás de la casa; ¡así de grande estaba la cara del coyote viejo, allí sentado!

—Está sentado un coyote —vino a avisar a gritos la muchacha.

Se fueron todos a darle de garrotazos.

—No me peguen, no me peguen; soy yo quien se va a casar con su hija ahora.

—¡Y quién le está dando su hija a este feo! —y más le pegaban. Hasta que se reventó el mecate con el cual lo había amarrado el conejo pudo salir el coyote. Se fue.

“Ahora me lo voy a comer. Es mucho lo que me hizo. Me engañó; me dijo que viviría con la hija de los señores; por su culpa me pegaron mucho, me maltrataron bastante.” Así iba pensando.

El viejo coyote fue a buscar al conejo; llegó el viejo coyote adonde estaba, en la rama de un chirimoyo. Con mucho cuidado, cuidando los pasos se acercó el viejo coyote. Muy despacito, muy despacito se acercó al conejo.

—Hermano, hermano, hermano —le gritó el conejo—. Ven, ven, hermano. Ven. Vamos a comer chirimoyas, hermano.

—¡Ajá, allí estás! Me engañaste; por tu culpa me sucedieron muchas cosas. ¿Estás allí?

—No, hermano, yo no sé nada; ha de haber sido uno de mis hermanos, amigo, porque somos muchos de familia.

—Está bien entonces, hermano. Si me haces el favor, córtame una chirimoya para que la coma.

El conejo cortó una chirimoya madura y se la aventó al coyote dentro del hocico. Nada más escupía los huesos. Le preguntó:

—Hermano, ¿vas a querer otra?

—Bueno, voy a comer más, hermano.

Cortó una chirimoya verde y se la aventó. Se le atoró en el gañote al viejo coyote; se revolcaba. Mientras tanto, el conejo bajó del árbol y se echó a correr. Se fue. Iba a toda carrera, llegó a un zapote blanco y se subió. El coyote seguía revolcándose; con mucho sacrificio se sacó la chirimoya verde de la garganta.

—Ahora sí; no se me vuelve a escapar ese malhora. Me lo comeré; ya es mucho lo que me ha hecho, me ha engañado bastante —decía furioso el coyote viejo.

Salió a buscarlo. Llegó con mucho cuidado hasta donde estaba. Allí llegó.

—Pcht, pcht, pcht, pcht —lo llamaba el conejo.

—¿Dónde andará éste? Yo creo que es el mismo —y seguía buscándolo con mucho cuidado, muy despacito.

—Pcht, pcht, pcht, pcht...

Levantó la vista hacia el zapote blanco; allí estaba el conejo. El viejo coyote lo amenazó:

—¡Hasta ahorita te encuentro! Te voy a comer, conejo; ya son muchas las veces que me has engañado.

El conejo le respondió diciéndole que él era un tlacuache de zapote blanco, no conejo:

—Yo ya tengo mucho tiempo aquí, hermano; yo no he engañado a nadie. Ven, vamos a comer zapotes blancos, hermano. ¿Tienes ganas de comer zapote blanco?

—Está bien.

Le dejó caer un zapote en el hocico. El coyote lo comió.

—¿Quieres más?

—Sí, hermano, me como otro.

Agarró uno verde y se lo aventó en el hocico. De nuevo se le atoró en el gañote al pobre coyote viejo.

—¿Ya estás bien? —le preguntó el conejo. Y salió brincando y se fue. El pobre coyote se quedó revolcando; cayéndose estaba con el zapote blanco atorado en la garganta. Y mientras, el conejo escapó corriendo.

Llegó hasta la nopalera y empezó a comer tunas. Mientras, el coyote se revolcaba. Por fin, después de muchos trabajos, logró sacarse el zapote duro de la garganta.

—Ahora sí, ino se me escapará!

Salió en busca del conejo. Lo encontró comiendo tunas. Le dijo:

—¿Aquí estás, hermano conejo? Hace días que te busco para comerte, hace días que me vienes engañando.

—No me comas, hermano coyote. Ven, vamos a comer unas tunas. ¿No se te antojan? Están muy sabrosas.

Le creyó el coyote, aceptó.

—Dame una.

El conejo eligió una de las más maduras, le quitó los ahuates con mucho cuidado y le dijo al coyote:

—Abre la boca.

El coyote le creyó y abrió el hocico. El conejo le aventó la tuna y le preguntó:

—¿Está sabrosa?

—Sí, está muy buena.

—¿Quieres otra?

—Bueno, sí, me como otra.

El conejo escogió entonces una de las más verdes, una de las que tenían más ahuates y se la aventó al coyote en el hocico. El pobre empezó a saltar con el hocico espinado. Mientras, el conejo escapó.

Llegó a una llanura donde estaba tirado un burro muerto, rodeado de zopilotes. Mientras, el coyote, con mucho trabajo logró sacarse la tuna del gañote y fue tras el conejo.

—Ahora sí, no se me escapará. Cuando lo encuentre, seguro me lo como —dijo el viejo coyote mientras andaba tras el conejo. Cuando lo vio le preguntó:

—¿Aquí estás, hermano?

—Aquí ando, hermano. Ya llevo varios días cuidando estos guajolotes de la gente; ven, hermano, ayúdame a cuidarlos para que pueda ir a comer; tengo mucha hambre.

—No te los cuido, hermano, ya es mucho lo que me has hecho, ya son muchas las veces que me has engañado.

—No, hermano, ven. Cuídalos. Cuando tengas hambre escoges uno de los más grandes y te lo puedes comer.

—Bien, hermano —aceptó el coyote.

El conejo se fue entonces. El coyote les daba vueltas a los zopilotes, juntándolos para que comieran. Empezó a sentir hambre y buscó al más grande, para comérselo. Brincó para atraparlo pero todos los zopilotes se fueron, aleteando.

“¡Otra vez me engañó ese hermano! Ahora voy a buscarlo y voy a comérmelo”.

Volvió a encontrarlo, allí andaba el conejo. Le dijo:

—¡Ahora sí te voy a comer, hermano!; ¡ahora sí!

—No, hermano, aquí no. Cárgame hasta aquella loma, allá puedes sentarte a comerme. Allá cortaremos hojas y las tenderemos para que me comas bien. Si me comes aquí, me vas a comer embarrado de tierra, se te pueden quebrar los dientes.

—Bueno.

Lo cargó en el lomo y se fueron. En el camino, el conejo comenzó a hacerle travesuras.

—Ten cuidado, hermano —reclamó el coyote.

—No te enojés, es que con el sudor me resbalo para atrás.

Iban apenas a medio camino, el conejo seguía molestándolo.

—Ten cuidado, hermano, o aquí te tumbo y aquí te como.

—No, hermano; me meneo porque el sudor me está empapando.

Llegaron a la punta del cerro.

—Aquí está bonito para que me comas. Yo te lo decía, hermano; aquí hay una buena vista para comerme. Ve a cortar unas hojas para tenderlas, para que te pongas a comer, para que comas con las manos limpias, para que no me comas con basura y tierra, para que no me ensucie. Trae las hojas para que me pongas allí encima; allí me estaré para que me comas.

—Bueno.

Salió corriendo, corriendo se fue a cortar las hojas. Al regresar comenzó a buscar al conejo. Pero, ¿dónde?, si el conejo ya se había escapado. Se escondió bajo un nido de gavián que encontró. El coyote daba vueltas y vueltas, andaba buscando al conejo. Le dijo al gavián:

—Y ahora tú, gavián, irás a buscar al conejo y te lo comerás. Ya me hizo muchas maldades, ya me engañó muchas veces. Ahora tú debes comértelo.

—Está bien —dijo el gavián.

El gavián empezó a subir, dando vueltas. Gritaba “fsss”, así decía. Vio que el conejo estaba debajo del nido, se dejó caer y lo agarró.

—¡Ay, ay, ay! Espérate, agárrame de mi mano sana, ésa es la mano que tengo lastimada.

El gavián le creyó y lo soltó. Entonces el conejo quebró unas varas y se las puso al gavián en las garras para engañarlo.

El gavián subía, dando vueltas y vueltas; mientras, el conejo escapó y se metió en un agujero. El gavián seguía volando y cuando se dio cuenta de que sólo llevaba varas, las soltó: las varas cayeron desde lo alto.

Aquí se termina este cuento.

Narrado por Antonio García Maldonado, Tototepec, Tlapa, Guerrero.

Las aventuras de conejo y coyote incluyen las más variadas versiones: desde la contemporánea, azucarada y vegetariana reconciliación de los contrarios —o una negociada separación sin mayor violencia, políticamente correcta— hasta la versión más erotizada, sangrienta o sádica: testículos quebrados, empalamientos, fierros al rojo vivo, muerte por asfixia y quemaduras, acompañadas de toda clase de fornicaciones, majaderías, terribles crueldades y amenazas. El cuento presenta posibilidades de enlazar múltiples episodios y fragmentos. En la narrativa normal, la acumulación de episodios depende de la habilidad del cuentero y del interés de quienes escuchan, sí, pero también se suelen reunir los acontecimientos en ciclos que no se mezclan. No todas las versiones del cuento incluyen todos los episodios. Tampoco hay una secuencia u orden fijos.

La condena del coyote es que siempre se detiene a escuchar las palabras del conejo. Si no lo escuchara se lo cenaría —tal y como ocurre en la cadena alimenticia real.

Los cuentos de conejo y coyote siempre son una transgresión: lo fortuito y arbitrario, al narrarse, siempre conllevan una postura de resistencia y burla del poderoso y a las

jerarquías —ocupan, en la narrativa el lugar de los bufones, *sicuaques* o payasos en los carnavales.

El conejo se puede llamar Juan, Pedro o Lorenzo, y es tratado con el respetuoso apelativo de hermano, tío o compadre. Conejo aparece en algunos cuentos como sabelotodo, secretario y licenciado; aboga y dirime desacuerdos y diferencias entre otros animales; toma decisiones como autoridad.

El conejo Lorenzo

Mixteco

Esto les sucedió hace muchos años a unas personas con un conejo. Habían sembrado un frijolar y todas las mañanas, cuando llegaban allí, lo encontraban trozado.

—¿Quién haría esto? —preguntaban.

Empezaron a espiar, andaban cuidando.

—¿Quién hará esto?

Llegaban en las mañanas y todo el frijolar estaba dañado. Hasta que un día se dieron cuenta de que era el conejo. Una de esas personas, la más viejita, fue a regañarlo:

—¿Qué tú eres quien está haciendo tantos destrozos? Espérate y verás, Lorenzo — porque así le decían al conejo.

Y corriendo fue a agarrarlo. El conejo se dejó atrapar, al fin que no era grave; él ya sabía qué cosa hacer.

—Tú eres quien hace este mal. Mira qué triste se ve el frijolar —le reclamaba.

Lo agarró y le amarró las patas, y lo colgó. La viejita se fue. El conejo se desató las patas, luego luego brincó y llegó por donde iba la viejita. Pasó a un lado de ella y se fue.

—Caray, ahí va otro. Espérate, ya tengo a uno como tú allá amarrado.

Pero era el mismo. No logró alcanzarlo, se escapó. Así andaba ella, así andaba. El conejo, como no era tonto, se fue. Llegó hasta donde estaba un coyote.

—Te voy a comer —amenazó el coyote.

—¿Por qué vas a comerme? No estoy tranquilo, ¡pobre de mí, ando con miedo! El mundo va a terminarse; ahorita mismo se va a acabar el mundo.

—¿De veras, hermano?

—¡Qué caray! Ahorita mismo se acaba todo. Estoy deteniendo esta piedra, y si la suelto, en ese momento se acabará el mundo.

Y con valor, cuando el coyote ya estaba cerca, agarró una piedra. Dijo eso porque si no, de a de veras se lo comía el coyote.

—Ven, sostén tantito la piedra mientras voy a tomar un poco de agua. ¡Pobre de mí, hermano! Tengo sed, ¡pobre de mí! No creas que llevo aquí pocos días; hace mucho que estoy aquí, deteniendo la piedra. Me recomendaron que lo hiciera para que el mundo no termine. Por eso estoy aquí. Hermano, detente tantito, agárrala un ratito. ¡Pobre de mí, estoy cansado! Voy a tomar un poco de agua y regreso.

El coyote aceptó. De por sí la piedra allí estaba; no era piedra suelta, era piedra bien plantada. Y el coyote la detuvo. Completó dos, tres días; completó cuatro. Ya no aguantaba el hambre.

Mientras, el conejo apareció por otro lado; por allá salió. Ya tenía un plan hecho cuando se encontró al tlacuache.

—Hermano tlacuache —le dijo—, mucho cuidado; el coyote puede comernos. Me lo encontré por allá; lo dejé y me vine. Ojalá que el maldito no llegue para comernos. Pero yo sé cómo haremos.

Y allí estaba mientras el coyote; ya no aguantaba. Hacía siete días que estaba deteniendo la piedra. Ya no aguantaba; se desmayaba de hambre. Soltó por fin tantito la piedra y corrió; volteaba y volvía a voltear para ver si la piedra caía. Nada, allí se quedó quieta, nada la movía. Se retiraba un poco más y se detenía a mirar si ya se

había acabado el mundo. Nada; no se terminaba, la piedra seguía allí. Y como él ya no aguantaba el hambre, se fue. Pronto se encontró con unos tlacuaches que estaban arriba de un árbol de zapote blanco.

—Hermanos, ¡qué sabroso se ve lo que están comiendo! Y yo, ya no aguanto de hambre. ¿No ha pasado por aquí el maldito conejo? Me dijo que se iba a acabar el mundo y por su culpa estuve deteniendo una piedra. Le hice caso.

—Hermano, ¡es cierto que se va a acabar el mundo! Ahorita mismo va a suceder de veras. Aquí también acaba de llegar el aviso. Nomás acabamos de comer unos zapotes y nos vamos a tejer unos tanates.

—Yo soy tlacuache de zapote —se burlaba uno.

—Yo soy tlacuache de tanate —decía otro.

—Y yo soy de otra clase, yo soy tlacuache pitahayero. Es que somos tlacuaches con distintos cargos, hermano. ¿Quieres comer un zapote?

—¡Cómo no!

—Abre la boca para que te lo aviente y te lo tragues.

Anchote abrió el hocico y el tlacuache le aventó un zapote verde. Se le atoró en la garganta. Mientras se revolcaba, los tlacuaches se fueron. Llegaron adonde había pitahayas, se subieron. Hasta allá llegó el coyote.

—Hermanos, ¿no estaría bien que me convidaran de lo que comen? ¡Pobre de mí!, tengo hambre. Los malditos tlacuaches que estaban por allá comiendo buenos zapotes, cuando les pedí que me dieran, me tiraron uno verde en el hocico. Se me atoró; dos días tardé en sacármelo, sufrí mucho.

Y también les contó cómo lo había engañado el conejo.

El conejo, por otro lado, andaba haciendo sus planes.

—Es cierto —decían los tlacuaches al coyote—, así tiene que suceder de por sí, hermano; tiene que terminarse el mundo. Nomás nos comemos estas pitahayas, y nos

vamos. Es que tenemos hambre, ¡pobres de nosotros!

—¿No estaría bien que me dieran una, para que coma, hermanos?

—Está bien, vas a comer. Acércate, abre el hocico para que te dejemos caer una.

Abrió el hocico. La pitahaya que más espinas tenía le aventaron. Se le atoró en la garganta. El coyote se revolcaba en el suelo.

Los tlacuaches bajaron y se fueron a tejer tanates; de tlacuaches tanateros estaban ahora. Llegó el coyote:

—Hermanos, ¿qué no son ustedes los que me dieron de comer una pitahaya con espinas? ¡Pobre de mí, cómo sufrí! Todavía estoy espinado.

—No sabemos nada de eso, hermano. Nosotros somos otra clase de tlacuaches: hay tlacuaches de zapote y tlacuaches de pitahaya. Nosotros, pobres, somos tlacuaches de tanate. Tejemos tanates porque se va a terminar el mundo ahorita mismo; tanates para guardarnos, pues el agua caerá en huracanes. Lloverán piedras y caerán palos, dicen. Caerán palos y piedras del cielo, dicen. Por eso hacemos tanates para guardarnos. ¡Pobres de nosotros!

—Téjanme uno para que yo también me proteja —suplicó el coyote espantado.

—Está bien. Ven para que te tomemos la medida.

Le sacaron la medida y le hicieron el tanate.

—Métete dentro, guárdate.

Y el pobre coyote se metió.

—Te quedas callado, no digas nada cuando empiece a llover. No hables; suceda lo que suceda, no digas nada, ni una palabra vas a decir.

Allí estaban. Los tlacuaches comenzaron a orinarlo, a aventarle piedras grandes y palos. Y el pobre coyote sin decir ni una palabra. Con piedras y con palos le daban, y él

sin decir nada. Lo aplastaron; todo blandito quedó, todo bofo, todo quebrado, el pobre. Así le hicieron al coyote; así murió, dicen.

Bien. Mientras tanto, el conejo ya estaba disponiendo todo: “Aquí se hará la iglesia, aquí el juzgado, aquí la escuela, aquí el jardín”. Así planeaba, cuando aparecieron los tlacuaches.

—Hermano, qué bonito estás planeando; qué bien va a quedar este lugar —le dijeron.

—Bonito estará. Aquí habrá una ciudad grande; no será un pueblo pobre, sino un pueblo bueno; un pueblo que hable castellano, pueblo que hable mexicano, pueblo que hable tlapaneco. Este pueblo será de españoles, aquí estudiarán sacerdotes, estudiarán licenciados; van a tener cosas buenas aquí.

Y allí estaba midiendo el conejo, planeando cómo sería todo.

Apareció otro coyote y preguntó:

—¿Qué están haciendo, hermano?

—Nada, solamente estamos planeando aquí algo que será muy bueno, muy bonito: aquí va a estar la plaza y tendrá un mercado lleno hoy, mañana, pasado mañana: todos los días. Va a amanecer un nuevo día y por eso estamos planeando y midiendo. Va a ser una gran ciudad, con cosas buenas. También tú ayudarás a planear —le dijo al coyote.

—Está bien, hermanos. Qué, ¿seré principal?

—Sí, hermano, serás principal. Ojalá no seas bandido —le dijo el conejo.

—No; no soy ladrón, hermano, soy honrado.

—Está bien entonces, hermano; está bien. ¿Por qué no te sientas para que veas cómo planeamos? Vamos allá a tomar medidas y ahorita volvemos.

Lo dejaron allí, sentado en la sombra, y se fueron.

—Vamos a medir y regresamos —le dijeron.

Allí se quedó sentado; ocho días estuvo sentado bajo esa sombra.

Aquéllos, que no eran tontos, ya andaban planeando por otro lado. El conejo, que era licenciado; estaba de encargado, dicen, se llamaba Lorenzo.

Empezó a amanecer un nuevo mundo y nadie sabía cómo sería. Ninguno sabía cómo medir el tiempo que tendría el mundo nuevo.

—¿Qué haremos?

Hicieron una junta, se reunieron. No sabían aún cuáles serían los días que el nuevo mundo tendría.

—Hermanos, ¿por qué no llaman al licenciado para que nos diga cuáles serán los días? Porque ninguno de nosotros lo sabe, nadie los conoce.

—No sabemos —reconocieron.

Los más sabios se reunieron, pero ni siquiera ellos sabían.

—Vayan por el licenciado, llámenlo, que venga.

El topil fue a buscarlo y le dijo:

—Vamos, lo están llamando los principales.

—¡Ay, no! Yo no voy: de repente pueden comerme.

—No te comerán. Te llaman para algo bueno, aunque sea de lejos ve a pararte para que digas cómo haremos, cómo se llamarán los días del tiempo.

—Ve y diles que no voy.

El topil regresó a informar:

—Dice que para qué lo quieren, que tienen que decir para qué lo llaman. Dice que se quedará parado hasta allá y que desde allí hablará, porque tiene miedo de que se lo coman.

—Avísale que lo necesitamos para que nos diga qué tiempo va a tener el mundo, cuál va a ser el nombre de los días del tiempo, cómo se llamará cada uno de ellos —dijeron los ancianos principales.

El mayor de los topiles llegó adonde estaba el licenciado Lorenzo; allí estaba.

—No te necesitan para gran cosa.

—Bueno, por allá pasaré —aceptó Lorenzo, el conejo licenciado.

Y pasó, y les dijo:

—Domingo, lunes, martes, miércoles, jueves, viernes y sábado. Se completarán ocho días; cada ocho días, será el día de compra. El sábado estará lleno el mercado y el domingo será día de descanso.

Y se fue, pues iba de paso el licenciado, pero ya había planeado eso.

—¿Escucharon bien lo que dijo? Hablaba muy bien; rápido pasó por aquí —decían todos los animales.

—Así dijo él.

—Así dijo él.

—Está bien.

Y por eso el sábado es día de plaza y el domingo día de descanso, día grande, día de escuchar misa y de repicar la campana, día de ir a la iglesia porque así lo dispuso el mismo Dios y mandó el conejo licenciado. Así quiso Dios, así dispuso.

Todos estuvieron conformes, y desde el día en que amaneció el nuevo mundo hasta la fecha es así: el día domingo es día de descanso. Así lo dispuso Dios: tres días le tomó hacer el mundo-tierra, tres días el mundo-cielo y al completar esos seis días, llegó el domingo y Dios descansó. Y por eso cada semana se descansa. Si trabajáramos diariamente, nos cansaríamos mucho; por eso Dios dispuso que se guardara el domingo.

Así lo planeó el conejo que era licenciado. Así lo aceptaron los ancianos principales del mundo; así es hasta nuestros días.

Narrado por Antonio Hernández Gálvez, Cahuatachi, Xalpatláhuac, Guerrero.

Con la muerte del coyote el conflicto llega a su fin. Al terminar la jornada, coyote alcanza al conejo. A orillas de la laguna le ofrece un queso que está dentro, le hace beber agua hasta que muere o queda inmovilizado mientras él escapa: el conejo sube al cielo —aunque sucede sólo en una parte mínima de las versiones. Se explican así dos asuntos: por qué hay un conejo en la luna y por qué los coyotes aúllan en las noches claras.

Conejo y coyote, como pareja de engañador y víctima, corren las mismas aventuras que tlacuache y tigre o pueden intercambiar de pareja con el león, el pinacate, el borrego. En el mito, tlacuache robó el fuego y lo donó a la humanidad. También robó el maíz y lo pintó, para que la dueña no lo reconociera. En el cuento, es un malhora parecido al conejo.

Cómo el tlacuache engañó al tigre

Mixe medio

Una vez, un tigre andaba hambriento por el monte. De repente encontró a un sabroso tlacuache y pensó: “A este tlacuache me lo voy a comer.”

El tlacuache estaba cerca de unos matorrales cuando vio acercarse al tigre; le dijo:

—Tengo mucha hambre y te voy a comer.

—No me comas —dijo el tlacuache acercándose a un panal— mejor cuida a mis alumnos que están estudiando mientras yo te consigo más comida. Ah, no te olvides, si hacen ruido, los golpeas para se pongan a estudiar.

El tigre aceptó y cuidó el panal donde estaban los alumnos. Pasó el tiempo y el tlacuache no regresaba, se cansó de esperar. Entonces oyó zumbidos dentro del panal y lo golpeó muy fuerte, para que se callaran. Las avispas picaron muy fuerte al tigre, que huyó muy lejos.

Al anochecer, el tigre se encontró de nuevo con el tlacuache, que estaba muy campante a la orilla de un río. El tigre le dijo muy enojado:

—Me engañaste, dijiste que me ibas a conseguir comida y nunca regresaste. Además, todas las avispas me picaron.

—Ven —le dijo—, me he tardado porque tu comida se me cayó al agua y no puedo sacarla solo. Si me ayudas, tendremos comida.

El tlacuache señalaba el río haciéndole creer al tigre que los reflejos del agua eran la comida que se había caído al río.

—Contaré hasta tres y nos echamos un clavado para sacarlo.

—Sí, sí, estoy de acuerdo.

Y el tlacuache contó:

—A la una, a las dos y a las...

El tigre se tiro al río y lo arrastró la corriente, mientras que el tlacuache se quedó en la orilla. Había engañado al tigre.

Tlacuache casi nunca se pega a un mono de cera, el siguiente texto es una excepción; pero sí come frutas, detiene piedras-sostén-del-mundo, cuida niños, bebe suero del queso. Algunos episodios, sin embargo, son exclusivos del tlacuache; no los comparte el conejo, ya que explican características exclusivas de este pícaro. En la narrativa, como en la realidad, puede fingirse muerto —y por lo tanto revivir—, tiene una bolsa en la barriga, la cola pelona, los testículos alrevesados. Además, es borracho, lascivo, prolífico y tragón.

El tlacuachito flor y el coyote

Náhuatl

El tlacuachito flor iba por el camino y vio venir al coyote haciendo ruido en la hojarasca. Se espantó y pensó: “Para que no me coma, le voy a decir que estoy sosteniendo esta peña que quiere caerse, que la estoy atajando.”

El coyote llegó a decirle al tlacuache flor:

—Tlacuache flor, te voy a comer.

—No me comas —le contestó— estoy atajando esta peña y ya me desesperé, porque no me vienen a dar de comer. Me muero de hambre y no aparece nadie.

—Si en verdad te mueres de hambre, yo detendré la peña; tú vete a traer tortillas —le dijo el coyote.

El coyote se quedó allí atajando la peña. Vio que una nube pasaba sobre ella, pensó que ya se le venía encima y empujaba con más fuerza, apoyándose en las patas.

El tlacuache no aparecía, se fue por allí. Cuando el coyote se cansó, brincó y volteó a ver si en verdad se había caído la peña; no, seguía allí, donde siempre: donde está, está.

—¡Me engañó el tlacuache flor! —gritó desesperado—; cuando lo encuentre, de por sí me lo como.

Hacía mucho que el tlacuache flor había llegado a orillas de una casa ajena. Allí encontró un muñeco de madera y cera, le habló. El muñeco no le contestó.

—Si no me respondes, te voy a dar un manazo —le dijo el tlacuache flor.

De todas maneras, el muñeco no contestó. Le pegó un manazo y ahí se atoró. Entonces le dijo:

—Si no me sueltas, te voy a pegar otro.

Le dio otro manazo y también se atoró. Esta vez, le dijo:

—Si no me sueltas las manos, te voy a patear.

Lo pateó y también el pie se le atoró.

—Si no me sueltas las manos y el pie, te voy a patear con el otro pie.

Lo pateó con el pie que tenía libre y también se le quedó atorado. —Si no me sueltas te voy a morder.

En ese momento llegó el coyote y le preguntó:

—¿Qué haces, tlacuache flor?

—Me dijeron que había una fiesta y aquí los estoy esperando. Me amarraron para que no me escape: no quiero ir.

—Si quieres iré yo en tu lugar —ofreció el coyote.

—Si en verdad vas, libérame y atórate tú en mi lugar.

El coyote obedeció y se quedó en lugar del tlacuache.

Al amanecer, el dueño de la casa fue a ver si no había caído en su trampa la fiera que a diario venía a comerse sus gallos. Se encontró al coyote y llegó culpándole cargos de que él era quien se andaba comiendo sus animales. Le dio un tiro en la cola. El coyote se fue rodando, el rabo le ardía y con mucha rabia dijo:

—De nuevo me engañó el tlacuache.

Otro día, el tlacuache flor llegó hasta un lugar en donde estaba tirada una bestia, pudriéndose. Los zopilotes se la estaban comiendo. El coyote llegó preguntando:

—¿Que haces aquí, tlacuache flor?

—Estoy cuidando los totoles —le respondió el tlacuache—. ¿Ves mis guajolotes? Los estoy cuidando para que no se vayan; desde hace rato estoy esperando que me traigan que comer y no aparece nadie.

—Ve a traer tus tortillas y yo cuido tus guajolotes —le dijo el coyote.

Cuando el tlacuache se fue, el coyote se avalanzó esperando atrapar un guajolote: ¡dónde!, si todos volaron. De balde fueron todas las carreras que dio.

—Otra vez me engañó el tlacuache flor —dijo—; no eran guajolotes, sino zopilotes. Donde lo encuentre, me lo como.

El tlacuache flor llegó a un temascal y vio que el coyote lo iba a alcanzar; éste llegó preguntando:

—¿Qué haces aquí? Ahora te voy a comer.

El tlacuache flor le contestó:

—Nosotros somos muchos: algunos tlacuaches somos de peña, otros tlacuaches somos de totoles, otros espinudos, otros ratones, otros de flores. Yo soy de temascal. Sí, ya te han hecho bastante cosas, mejor te baño para que te repongas.

El coyote obedeció. El tlacuache flor atizó el temascal e hirvió el agua. Molió chile dentro de un molcajete grande y lo revolvió con agua hirviendo.

—Entra al temascal —le dijo al coyote— ya está todo listo.

Le dio al coyote una jícara con agua de chile para que se lavara la cara cuando él le avisara. Tapó el temascal con piedras y hojas de plátano para que no se saliera el vapor. El tlacuache flor le gritó al coyote:

—Lávate la cara.

El coyote se vació el agua caliente y ahí murió asfixiado.

Narrado por Maximino Maldonado, Tlehuatle, Ixpaluca, Veracruz.

Otros cuentos de animales

Flojos, pícaros y compadres

Los cuentos de pícaros existen en la literatura —oral y escrita— de todas las culturas. El pícaro, embaucador y tramposo es malhora; comparte rasgos con los dioses creadores del mundo y con los héroes guerreros de muchas cosmogonías. Ellos son quienes introducen la comedia en los mitos de creación y representan el caos y la digresión ante el orden y la norma: encarnan el aspecto burlón, sexuado y voraz de algunos dioses primordiales.

En los cuentos, los pícaros engañan a todos: a veces hay elementos maravillosos o mágicos, pero sus acciones siempre son inverosímiles. Estos cuentos son misóginos, absurdos y soeces. En la narrativa oral, como los bufones en la fiesta religiosa, son la sal y pimienta necesarias para recalcar la vía correcta y la conducta adecuada: la transgresión exagerada divierte y advierte, reforzando la legitimidad de las normas mediante su cancelación absoluta por la vía del absurdo. Son también, la revancha contra las normas, la transgresión deseada, que se permite aunque sea de palabra.

El flojo que recibió dinero en su casa

Mixteco

Dicen que así le sucedió hace años a un flojo. Era muy flojo ese flojo; se sentaba en la ceniza a calentarse; no quería ni pararse. Allí se estaba, revolcándose en la ceniza.

Su madre le decía: —Ve aunque sea a traer un poco de leña. Levántate y ve a traer leña. ¿Qué te pasa? ¿Por qué nunca tienes ganas de trabajar?

Todos los días le repetían al flojo lo mismo. Allí seguía, siempre en la ceniza. Le decían y le decían, pero él seguía siempre allí.

—Apúrate a comer para que vayas por tantita leña. ¿No vas a ir a traerla? —le exigían.

—¡Ay! Ensillen al burro y me suben para que vaya, ya que tanto quieren que traiga leña. Voy a buscarla ahorita.

—¿Lo dices de veras? ¿De verdad?

—Sí, de veras, por eso lo estoy diciendo, pues. Voy a ir por leña.

—Está bien.

Le ensillaron el burro, y él pidió:

—Súbanme para que lo monte y péguenle para que camine. Por donde me lleve iré. Voy a traer su leña.

—Bueno, ¿y por dónde hay que ir para traer leña? —preguntaba.

Lo agarraron y lo subieron al lomo del burro. Le pegaron al animal y salieron; se fueron entonces. Allí iban, se fueron, se fueron hasta que el burro se detuvo.

“Hmm, ¿y por qué bajar a buscar la leña? ¡Cuánto trabajo! Mejor me voy hasta donde la encuentre tirada, así nada más cortaré. ¡Qué fastidio andar buscando leña! Iré hasta donde esté tirada; allí la hago pedazos y luego luego me regreso”, pensaba el flojo.

Otra vez caminó su burro, otra vez se fue. Despacito, despacito iba. Llegó muy lejos el pobre flojo.

Allí había un árbol grande, tirado. Dizque estaba bien bueno ese árbol.

“Tenía razón. ¿Para qué andar busca y busca leña? Cortaré ésta y me regresaré”.

Estuvo cortando leña, rajando leña. Cuando completó la carga del burro, pensó: “¡Ay! Antes de irme voy a jugar un poco”.

Salió, faldeó aquel cerro y llegó al pie de un árbol muy grande. Al pie encontró un arado de juguete —tal vez de los niños que andaban de vaqueros; barbechó un poco. Jaló y jaló, cortó la tierra. Andaba haciendo así: jalaba tantito y así andaba jugando. De repente vio una caja llena de dinero.

“Ah, ¿para qué lo quiero? Que aquí se esté. Si fuera para mí, ya lo hubieran ido a dejar a mi casa. Aquí está, aquí que quede”. Y la tapó.

Estuvo jugando otro poco, y luego dejó el aradito donde lo había encontrado, donde estaba ese dinero. Cargó la leña y volvió a subirse en el burro. Regresó ese hombre; venía, venía, venía.

Llegó. Ya se acercaba a su casa cuando se topó con unos animales. Eran bastantes y los vaqueros no se fijaron por dónde venía el flojo. Tampoco él, y por eso no espantó al burro. Los animales empujaron a su burro y el pobre flojo se cayó. Ahí quedó tirado.

“Hmm, a lo mejor ya me morí. ¿Para qué me levanto, para qué me voy? Creo que morí cuando me caí del burro”.

Y allí estaba tirado. Mientras, su burro llegó hasta la casa; se dieron cuenta.

—¡Ay Dios! Dios quiera y venga ya ese pobre.

Salieron a recibir al burro, lo descargaron, guardaron bien la leña, amarraron al animal y salieron nuevamente. Preguntaban:

—¿Y adónde se fue ese hombre? No llega. ¿Qué le pasaría? ¿A dónde iría? ¿Cómo es que llegó el animal solo?

—Vamos a buscarlo. Ya hace rato que se fue; ya debía haber regresado y no lo hemos visto; y el burro ya regresó.

Salieron a buscarlo. Llegaron adonde estaba tirado. Le preguntaron:

—¿Qué estás haciendo? ¿Por qué estás allí, tirado?

—No me toquen, soy hombre ya que murió.

—Levántate, vámonos.

—¿Para qué voy a levantarme si soy hombre muerto? El burro me tiró y aquí tumbado me quedo; soy hombre que ya murió. ¿Cómo quieren que me levante, o que me vaya con ustedes?

—Levántate, pues, vámonos. ¿Cómo vas a estar muerto si estás hablando?

—Morí, caí desde muy alto.

Fueron a levantarlo, lo recogieron y se lo llevaron a su casa. Llegó. Le dieron de comer. Cuando se acabó su comida, volvió a acostarse. Ni platicó con ellos del dinero que se había encontrado. En la noche despertó y dijo:

—¡De veras! Allá arriba, donde fui a traer leña vi mucho dinero. Ahora que me acuerdo... anduve barbechando un poco y vi mucho dinero. Por último lo tapé, cargué la leña y me vine, pero allá quedó ese dinero. ¡De veras, y no lo recogí!

—¿Y por qué hiciste eso? ¿No hubiera sido bueno que lo recogieras?

—Ah, pues si ustedes no tienen flojera, vayan a recogerlo. Yo no lo recogí. Si quieren que sea mío, que me lo vengan a traer a mi casa. Hasta allá está. ¿Qué nada más porque llegué hasta ese lugar voy a recoger el dinero, a cargarlo, a venirme con él? Ese dinero está solo. Pensé, lo tapé y me regresé; si ustedes quieren ir a traerlo, si no les da flojera recogerlo, vayan. A mí me dio pereza traérmelo. Si está destinado para mí, que me lo vengan a traer a mi casa.

—¿Y por qué hiciste eso, hijo? ¿Por qué hiciste así? Tan siquiera hubieras sacado un costal del avío del burro; poquito a poquito hubieras cargado al animal y te hubieras venido. Mejor hubieras dejado la leña.

—Nja. ¿Y cómo iba a hacer? ¿Y la leña que ya había cortado? Además, ese dinero estaba abandonado; ¿por qué habría de agarrarlo? Si ha de ser mío, que me lo vengan a traer a mi casa.

—Dios quiera y amanezca pronto, para que vayamos hasta allá: ojalá. ¿No vienes con nosotros?

—No. Ya les dije adónde fui; ya saben en qué lugar está. Me fui por el Camino Real y no me bajé en ningún lugar a recoger leña; llegué hasta donde está tirado un árbol; lo corté. Cuando terminé de rajar la leña fui por donde está un árbol muy grande. Al pie del árbol está un aradito de los niños que pastorean los animales que se ven allá. Anduve barbechando un poco. Al jalar el arado, vi la tapa de un cajón y miré dentro: está lleno de dinero. Vayan a traerlo, si quieren; yo no iré —les decía.

Allí nomás, tras esa pared, estaba acostado el vecino y escuchó todo lo que dijo el flojo. Cuando el pobre acabó de platicarles se volvió a acostar, se quedó acostado. Todos se durmieron.

El vecino se levantó y salió. Rajó ocotes para alumbrarse y se fue al lugar donde había estado el flojo. Se fue, se fue. “Está bien; qué bueno que habló así. Dijo que había un árbol grande y que lo cortó; dijo que más arriba estaba un árbol grandísimo y que allí estaban el arado con el que barbechó. De por sí ahorita llegaré hasta allá para recoger el dinero, antes de que vayan los otros. Yo mero lo voy a recoger, antes que los otros”.

Salió y se fue, se fue, se fue. Llegó hasta allá y vio la leña que había cortado el flojo. Se fue hacia arriba, mirando y vio que, de veras, allí estaba el arado. Escarbó y se encontró un botellón grande lleno de excrementos, itodo apestoso! Feo estaba dentro de ese botellón.

“¿Qué pensará ese canijo? ¡Engañó a su madre, engañó a su hermana! ¡Qué va a ser dinero, es pura suciedad! Está bien; voy a llevar este botellón y voy a llenarle la boca con esta suciedad ahorita mismo. ¿Y qué irá a decir cuando se levante?”, pensaba ese vecino.

Cargó el botellón y se regresó. Aprisa venía con aquella suciedad, para que el otro no tuviera tiempo de levantarse. Así venía, así venía. Cuando llegó, el flojo todavía estaba durmiendo. Despacito, despacito, entró hasta donde estaba acostado y le vació el botellón en la cara y en la barriga. Lo llenó de mierda.

Estaba listo, pendiente de qué cosa iba a decir el pobre cuando se despertara todo embarrado. Allí estaba, y que de veras se despierta el hombre.

—¡Mamá! —gritó.

—¿Qué?

—Levántense, ¿qué es todo esto que tengo en la barriga? ¿Qué es todo esto que tengo en la cara?

—¿Qué cosa es?

—Levántense. Ustedes vean, ¿qué cosa tengo?

Y el vecino esperaba para reírse, pues sabía que estaba lleno de suciedad. Él mismo se la había echado.

—¡Jesús! ¿Qué cosa es esto, pues? —decían los de la casa.

—No sé qué tengo encima; pronto, alumbren.

Se levantaron y alumbraron.

—Ah, sí, es lo que había allá, donde estuve ayer. Y así había dicho yo, que si me tocaba a mí, me lo tenían que traer a mi casa. De por sí esto es lo que vi, lo que había en aquel lugar —dijo el pobre cuando vio el dinero.

—¡Ah diantre! ¿Por qué? Sí es dinero —dijo el vecino. Y vino hasta la casa del pobre a reclamar.

—Entréguenmelo, yo soy quien lo fue a traer.

—¿Por qué? ¿Acaso te encargamos que fueras a traerlo? Nosotros íbamos a ir por él.

—“Voy a ir yo”, pensé, y por eso me fui. Ahora, entréguenme tantito.

—No. No te pedimos que fueras hasta allá; nosotros íbamos a salir cuando amaneciera. Tú te adelantaste y fuiste por él, pero nadie te encomendó que lo hicieras.

Le dio vergüenza y se regresó a su casa. Dicen que se fue.

Así termina el cuento de este pobre flojo que recibió dinero en su casa.

Narrado por Virginia Solano Aguirrez, Ocoapa, Copanatoyac, Guerrero.

El oro que se convierte en mierda ha sido objeto de las más sesudos reflexiones, es un motivo universal. El flojo que recibió dinero en su casa no tiene mérito alguno: su suerte no fue prohijada en ningún momento por su conducta. Sin participar en absoluto, obtienen un premio. En cambio los pícaros engañan a sus parientes, sus semejantes, superiores, al diablo y a la muerte misma.

La historia del flojo que se convirtió en zopilote, en cambio, sí es una fábula moral. El flojo tiene una apreciación falsa sobre la vida, aparentemente fácil, del ave. En cambio el zopilote, ansioso de humanidad y con tal de comer comida cocida, acepta gustoso el pesado trabajo del hombre. Si bien la esposa no distingue diferencia alguna en la apariencia de quienes intercambiaron atuendo, sí nota las distintas actitudes del marido anterior y el de ahora —responsable y diligente. Pero, por comedido que sea el nuevo marido, nunca logra desprenderse del inconfundible olor a zopilote.

Casi siempre el zopilote es recompensado y el flojo castigado, pues descubre que aquello de ser zopilote también cuesta trabajo —no todo es planear entre corrientes de aire o surcar los cielos casi sin aletear: también hay que comer mierda.

El hombre que se transformó en zopilote

Tzeltal

Anteriormente hubo una leyenda de un hombre que se transformó en zopilote.

Según cuentan, ese hombre no quería trabajar: no sabía cómo hacerlo. Cuando vio que ni él ni su familia tenían qué comer, le dijo a su esposa:

—Voy a hacer nuestra milpa.

Se fue al lugar donde iba a hacer la milpa. Cuando llegó el tiempo de rozar, le pidió a su esposa:

—Ya llegó el tiempo de la roza, sírveme de comer para ir a mi trabajo, necesito salir temprano.

—Está bien, si quieres salir temprano te daré de almorzar, ya es tiempo de rozar.

—Sí, llegó el tiempo de salir temprano, porque el trabajo está lejos. Rozaré la milpa por el cerro grande; hasta allá iré a trabajar.

—Donde sea está bien. Tú sabrás dónde es mejor la tierra.

Le dio de almorzar. Cuando terminó de comer, salió rumbo al trabajo. Llegó al lugar donde pensaba hacer la milpa. Allí estaba un árbol grande y frondoso, allí se sentó a descansar, allí se durmió. A la una de la tarde despertó y ya no quiso trabajar, mejor se regresó a su casa. Al llegar, saludó:

—Ya vine, estoy cansado de tanto trabajar.

—Está bien, ya llegaste.

—Dame de comer, tengo mucha hambre porque trabajé bastante. Avancé mucho, dejé grande la labor.

—Está bien, ya que llegaste te serviré tu comida, ten.

Acabó de comer. No puede saber la señora si trabajó o no trabajó. A la mañana siguiente, en su segundo día, salió nuevamente a la labor. Terminando de almorzar, le ordenó a su esposa que fuera a llevarle pozol a mediodía hasta el lugar donde trabajaba. La esposa obedeció y llegó hasta la orilla de un gran río. Desde allí le gritó a su marido, llamándolo:

—Ya puedes venir a tomar tu pozol, ya son las doce del día.

El marido no escuchó el grito, pues estaba durmiendo. La mujer volvió a gritar:

—Ven a tomar tu pozol.

—Ah, está bien, ahorita bajo a tomármelo.

La mujer vio que su marido no venía a gusto para recibir su pozol, se le veía un poco triste. Estaban juntos a orillas del gran río y la mujer le rogaba que comiera a gusto, porque ya era mediodía. Quería contentarlo, le hablaba de buena manera.

El hombre cedió a los ruegos de su mujer. Ella le preguntó dónde estaba, por qué no la había escuchado. El hombre dijo a su esposa que el trabajo iba muy avanzado, buscando la manera de engañarla.

Cuando se terminó su pozol, la mujer le preguntó con mucho respeto:

—¿Dónde está tu trabajo? Yo no veo nada; se me hace que no hay nada.

—Ah, es hasta allá, detrás del cerro, está muy grande. Creo que para mañana terminaré de rozar completamente el cerro.

—Ah, bueno, está bien; entonces, vas a hacer milpa grande.

—Ya puedes irte, te alcanzo en nuestra casita. Voy a quedarme otro rato para seguir trabajando.

La señora se regresó a la casa.

El tercer día el hombre salió nuevamente a trabajar. Le dijo a su esposa lo mismo: que le fuera a dejar su pozol a mediodía. Obediente, la esposa llegó a gritarle a esa hora, tal y como se lo había pedido su marido. Pero ya no le gritó desde la orilla del río, fue hasta el lugar donde su esposo estaba trabajando. ¡Y que lo va viendo! El hombre estaba acostado a la sombra del árbol grande. Al ver que no estaba trabajando, no le habló. Fue a traer la coa que estaba tirada en el suelo y la escondió. Se regresó al río grande y desde allí le gritó a su señor esposo.

—Ya estoy aquí, ven a tomar tu pozol, ya es mediodía —lo llamaba.

El hombre tardó en oírla, pues estaba dormido bajo la sombra del gran árbol. Al oírla, vino a tomar su pozol. Caminaba tímidamente.

—¿Por qué no me gritaste fuerte? ¿De casualidad no te topaste con alguien en el camino? Se robaron mi coa, se perdió, ya no está donde la puse, no la encuentro.

—Ah, no, no vi pasar a nadie. Pero, ¿cómo perdiste la coa, que no la estabas utilizando?

—No, es que la deje en el suelo al lado de un árbol, porque en ese momento estaba yo trabajando con el machete, estaba cortando en gajos los árboles que ya había tumbado, por eso no vi quién se la llevó.

—Ah, bueno, pues a ver si la encuentras; yo no vi pasara nadie cuando venía.

La señora regresó a su casa con la coa. Más tarde llegó el hombre; avergonzado, vio en la puerta de su casa la coa que su señora se había traído.

—¡Qué raro! Aquí está mi coa. ¿Tú te la trajiste?

—Ah, estaba tirada en el suelo. Yo no sabía que era tuya, la encontré tirada a la sombra de un árbol donde se puede descansar. Se ve que allí se sientan muchas personas; quién sabe quiénes, pero se ve que hace días que se sientan allí.

—¿Por qué no me avisaste? Te la trajiste a escondidas.

—No, no te dije nada porque no había nadie en ese lugar; pensé que la coa se perdería.

—Ah, no, yo estaba descansando allí, la pura verdad es que no estaba trabajando. Estaba cansado de tanto trabajar y por eso descansaba un rato en la sombra, por eso estaba dormido. Pero no importa, ya está grande el trabajo, es poco lo que queda por rozar.

Al cuarto día el hombre se fue nuevamente a trabajar. En el camino se topó con *winik*, el zopilote.

—Sobrino, sobrino, ¿hacia dónde vas?

—Ah, voy a mi trabajo, pero no sale bien. Mi corazón tiene ganas de que alguien me ayude a trabajar.

—Ah, si quieres cambiamos de ropa. Tú puede utilizar mis plumas y yo tu chamarro. Yo iré a trabajar en tu lugar.

—Ah, está bien. Puedes utilizarlo, pero ¿qué voy a comer?

—Ah, pura carne, puro pan: mis alimentos son buenos. Fácilmente podrás encontrarlos cuando empieces a volar, así podrás alimentarte.

Pero en realidad los alimentos del zopilote son caballos muertos, perros muertos y otros animales muertos; su pan son los excrementos.

El hombre se quitó la ropa y el zopilote las plumas. Intercambiaron sus ropas. Cuando el zopilote se puso la ropa del hombre se convirtió en persona y se fue a trabajar. Al cambiarse de ropa, le enseñó al hombre a volar.

—Vuela, a ver si puedes.

—Está bien.

El hombre intentó volar, pero no pudo. Cayó al suelo acostado.

—No puedo volar, no puedo levantar el vuelo.

—Sí, vuelve a insistir.

El hombre insistió y de nuevo cayó.

—Así no, para poder volar sube hasta la cima de ese cerrito; empieza desde allí.

—Está bien.

El hombre intento nuevamente desde arriba del cerrito. Así inicio su vuelo el hombre; convertido en zopilote se fue volando. Asimismo, el pájaro se convirtió legítimamente en hombre y por esa razón se fue a trabajar.

La mujer fue otra vez a dejarle el pozol a su esposo. Llegó al mismo lugar adonde dizque trabajaba aquél. Llegó gritando:

—Ya estoy aquí otra vez, ven a tomar tu pozol, ya son las doce —lo llamaba desde la orilla del río.

—Ah, está bien —contestó el hombre-zopilote.

Ya había trabajado.

—Vino usted a dejarme mi pozol.

—Sí, vine a traértelo.

—Ah, está bien, empiece a batirlo entonces; debo beber mi pozol, pues tengo mucha hambre. Está grande mi trabajo, ¿quiere verlo?

—No, no es necesario que lo vea.

—Ah, está bien, si no quiere ver mi trabajo, tomaré mi pozol.

—Está bien, también yo traigo hambre. Además, ya tú mismo me avisaste que tu trabajo va muy avanzado.

—Estoy tan cansado que casi no puedo levantarme —dijo el pajarraco.

La mujer ignoraba quién era realmente este hombre extraño a quien le estaba dando pozol.

—¿Por qué traes ese tufo tan feo, por qué estás tan prieto? —le preguntó.

—Ah, es el tizne de las hojas del árbol. Ah, es el olor de las hojas, del polvo y de otras cosas que ensucian; cuando trabaja uno, suda mucho. Por eso estoy apestoso.

—Ah, está bien, claro que sí.

Al terminar de beber el pozol, el zopilote le dijo a la mujer que la vería más tarde:

—Ya se está haciendo tarde, ve a la casa que yo llegaré después; voy a quedarme un rato trabajando todavía pues ya me llené, ya se me pasó el hambre.

La mujer obedeció al hombre-zopilote. De alguna manera presentía que no era su esposo.

Más tarde el hombre zopilote llegó a su casa y saludó a su mujer:

—Ya vine.

—Está bien, ya está lista la comida; hace rato que te estaba esperando.

—Pero todavía no voy a comer, no tengo hambre. Primero voy a bañarme, traigo mucha suciedad de los árboles.

—Está bien, te daré tu agua y tu amole para que te laves el cuerpo y la cabeza.

El zopilote se bañó, pero no le salió lo negro ni el olor feo. No cambió de color: seguía igual. Acabando de bañarse se sentó a comer con la señora que convertiría en su esposa. Ella seguía sin saber que el hombre que pronto se acostaría era un zopilote, que iban a procrear familia; creyó que era su verdadero esposo. Le preguntó:

—¿Por qué apestas? ¿Qué traes en la ropa? Antes no olías así.

—Ah, es que estuve sudando bastante. Trabajé mucho para tener bastante milpa.

Al otro día se fue a trabajar nuevamente y le dijo a su mujer que regresaría en la tarde.

—Está bien, ¿quieres que te vaya a dejar alimentos a mediodía?

—No, no es necesario; me aguantaré, comeré cuando regrese.

El legítimo hombre convertido en zopilote se estaba muriendo de hambre, pues no podía comer animales muertos, excrementos, animales agusanados. El pobre hombre le dijo al zopilote:

—Ah, no puedo comer lo que me dijiste, ¿por qué me engañaste? ¿Por qué dijiste que comería pura carne, que comería panes? Tu pan no es sino excrementos, tu carne es carne muerta de animal podrido, perros muertos, caballos muertos. Fue mi culpa por querer que alguien me ayudara. Regrésame mi chamarro porque ya no aguanto toda el hambre que llevo.

—No puedo regresártelo, ya hicimos un trato. Así tienes que quedarte, comiendo animales muertos y excrementos. Aguántate y come lo que hay.

El hombre ya no pudo regresar con su mujer. La mujer quedó embarazada del zopilote. Nació un niño y le llamaron Mentez *Xulem*, Méndez Zopilote. De allí proviene este nombre, pues los que lo llevan son hijos de ese zopilote.

Así termina la leyenda del hombre que se convirtió en zopilote y que nunca pudo prosperar, por ser tan holgazán.

Los cuentos de *tricksters*, como les llamó Paul Radin, constituyen un género nativo muy frecuente; son aquellos donde el pequeño o débil vence con trucos, astucia, maña y picardía a quien, por su fuerza y tamaño, debería ser el campeón natural. Los europeos trajeron al Nuevo Mundo al famosísimo protagonista de la picaresca, Pedro de Urdimalas, y aquí se incorporan y mezclan episodios de ambos continentes.

Juan loco, mixe, mata a su abuela y culpa al vecino, igual que el tonto José; en otras versiones, donde confunde la *puerta* con la *puerca*. Son personajes que de ninguna manera pueden ser emulados ni ensalzados: sus ocurrencias son un puro recuento de atrocidades; esta versión otomí fue ajustada con otra anterior, que no omitía malas palabras y acciones para satisfacer la censura escolar.

El tonto José

Otomí

El tonto José vivía con su hermano y con su madre, ya vieja. Su padre había muerto. El hermano mayor era comerciante y salía mucho; sólo él trabajaba para mantener a la familia. La madre estaba enferma.

Bueno. El hermano de José lo llamó:

—¡José!

—Sí, hermano.

—Mira, voy a buscar, a ver qué trabajo consigo; cuando menos para comprar la medicina de mi madre que está enferma.

—Sí, hermano.

—Tú te quedas acá, cuidas a nuestra madre, le das de comer.

—Sí, hermano. No te apures, aquí voy a estar.

Y así llegó el día en que se iba a ir. Llamó a su hermano.

—José, ven acá.

—Sí, hermano.

—Bueno, ya me voy. Te quedas aquí y bañas a nuestra madre. Pero fíjate bien que el agua esté caliente.

—Sí, hermano. No te preocupes, la voy a bañar.

—Pero, ¡acuérdate!

—Sí, sí, hermano. No te apures por nada. Voy a estar pendiente.

—Bueno. Y también nuestra milpa, que está creciendo muy bien. Cuando llueva, desyerbas. No te distraigas y no se te vaya a olvidar.

—Sí, hermano, voy a desyerbar. Vete sin preocupación.

Así fue. El hermano se fue y el tonto José quedó. La mamá empeoraba y José contaba los días para que regresara su hermano.

Mientras, José bañó a su mamá. Calentó el agua, pero estaba muy caliente: estaba hirviendo. Como tenía que sentar a la mujer para bañarla la metió al agua. La vieja hizo muecas y peló los dientes. Murió y quedó con ese gesto. Al verle la cara, el tonto José pensó que estaba contenta y que le gustaba el baño. Pero ¡la había matado! Después del baño, la sentó en la casa.

Como parecía que iba a llover, José se acordó de que su hermano le había dicho que desyerbara. Pensó: “Mejor meto el maíz antes de que llueva”. Arrancó de raíz todas las matas y las guardó en la casa; como no cabía todo, lo apiló en el techo.

Al otro día llegó el hermano mayor y lo primero que hizo fue preguntar por su madre.

—José.

—Sí, hermano.

—¿Bañaste a nuestra madre? ¿Cómo está?

—Está bien, hermano —dijo José—. Allí está dentro, riéndose, le gustó el baño.

—Bueno, bueno —dijo el hermano mayor, y entró a verla.

Allí estaba, muerta, con los dientes pelones.

—Ah, ¡pendejo! —dijo el hermano mayor—. ¡Mira lo que hiciste! ¿Qué fue lo que te recomendé? Ya mataste a nuestra madrecita.

—¿Cómo que la maté? Si se está riendo —dijo José.

—¿Riéndose? ¡Hijo de la chingada!, está pelando los dientes por la quemada. ¿Qué te recomendé?

—No te apures, a ver qué puedo hacer.

—¡Lárgate, quítate! Ahora, a ver cómo le haces para enterrarla.

—No te apures, yo me ocuparé de todo —dijo José—. La vamos a enterrar y hasta le vamos a hacer su misa.

José acomodó a su mamá y se la llevó cargando hasta donde estaba el cura. Llegó a la iglesia y dijo:

—Padre.

—Sí, hijo.

—Le traje a mi madre. Está muy grave y quiero que la confiese.

—Sí, hijo. Un momentito, nada más termino con esto.

José esperó y el cura le dijo: —Siéntala allí para que la confiese.

El tonto José la sentó en una silla, obedeciendo, y tuvo buen cuidado de acomodarla para que no cayera, porque estaba muerta.

Al rato llegó el cura y le preguntó si ya la había sentado.

—Sí, padre, ya está lista.

—Bueno —dijo el cura, metiéndose al confesionario.

—Dime tus pecados, hija.

No le contestaba. Sólo le sonreía, enseñándole los dientes.

—Dime tus pecados, hija. Dime tus pecados, viejita.

Como no le contestaba, el cura se enojó y le dio una cachetada que la tumbó al piso con gran estruendo.

A José se le ocurrió culpar al cura por la muerte de su madre. Corrió y le dijo: —¡Ya mató usted a mi madrecita querida! ¡Ya la mató, señor cura! —le dijo—. Voy a denunciarlo con la autoridad, voy a juzgarlo por su muerte.

—No, hijo, no —dijo el cura, de veras asustado, tratando de calmar a José—. No hijo, no digas nada, yo la entierro. Tú no te apures por nada. Yo la entierro, yo me encargo de los gastos. Vamos a cantarle su misa.

Al final, el cura convenció al tonto José de no decir nada y le dio dinero para el entierro. Lo acompañó por la caja.

—Ya verás que vamos a hacerle un buen entierro.

Eso fue lo que hicieron, y José estuvo conforme pues era él quien la había matado, no el cura. Fueron por su caja y el cura le hizo una misa nomás para ella. José enterró bien a su madre y estaba contento.

Regresó a su casa y le dijo a su hermano:

—Te lo dije, hermano: nuestra madrecita tuvo un buen entierro y su misa.

—¿Y crees que hiciste bien?

—Pues sí.

—Quítateme de enfrente, cabrón. No quiero ni verte. ¿Y qué pasó con el maíz?
¿Desyerbaste?

Ni caso había hecho del maíz antes, porque estaba muy afligido con lo de su madrecita.

—¿Desyerbaste?

—Sí, lo guardé todo. Lo que no cabía aquí lo puse en el techo.

—Ay, ipendejo!, no te dije que lo arrancarás —le gritó—. Te dije que desyerbaras, no que arrancarás. ¿Qué vamos a comer ahora? Eso era lo que íbamos a comer. ¿Qué vamos a comer sin milpa? Mierda es lo que vas a comer. No te quiero ni ver por aquí, cabrón.

—Pero tú me dijiste que desyerbara...

—No, te dije que arrimaras la tierra y que arrancarás la yerba. Ahora, lárgate con todas tus pendejadas, no quiero ni verte.

Pero el tonto José no quería irse, andaba detrás de su hermano. Al verlo, su hermano le dijo:

—Tras tanto estropicio, ¿qué vamos a comer ahora? Vamos a buscar trabajo, y ahora tú te vas a mantener solo, ya no voy a pagar tus cuentas. Cierra bien la casa y vámonos.

—Sí, hermano, voy a amarrarla bien —encontró un buen mecate, le dio varias vueltas a la casa y trató de cargarla. Cuando el hermano vio que estaba amarrando la casa le preguntó:

—¿Qué haces? No te dije que amarraras la casa: sino que la cerraras: ¡la puerta!, amarra sólo la puerta, no la casa.

Entonces José arrancó la puerta, la amarró y se la echó en la espalda.

Cuando el hermano volteó y lo vio, ya mejor ni le dijo nada, lo dejó por la paz, pensando: “Ese cabrón pendejo, a ver hasta dónde llega con eso”.

Salieron al camino. El hermano mayor iba delante con su ayate y el tonto José lo seguía con la puerta. No dijeron nada. En la noche llegaron al bosque.

—Aquí nos vamos a quedar, José, porque ya es de noche y es peligroso seguir por los animales feroces. Vamos a subirnos al árbol para estar seguros. No hay otro lugar donde guarecerse.

Subió y José trepó tras él, con su puerta. A media noche llegaron unos ladrones y pusieron una mesa enorme. Echaron allí todo el dinero que habían robado, para repartirlo. El tonto José y su hermano estaban arriba, viendo. Pero José se estaba cansando de cargar la puerta.

—Hermano.

—¡Cállate, cállate!

—Hermano, ya no aguanto. Voy a soltarla.

—Te dije que te callaras. Si los ladrones nos oyen nos van a matar. ¡Cállate!

—Ay, voy a soltarla, no aguanto.

Al final no pudo más y la soltó. Cayó en medio de la mesa, con gran fuerza y ruido.

—Eeee.

Corrieron los bandidos asustados, dejaron todo el dinero. No regresaron.

Tras un rato aclaró y los hermanos bajaron con cautela. Vieron la mesa.

—Mira todo el dinero que hay allí. Hermano, hay mucho. Y eso que apenas es el pago por la puertita, ¿te imaginas si nos traemos toda la casa?

Juan loco

Mixe bajo

En un pueblo vivían dos hermanos: el más grande se llamaba Pedro y el más chico se llamaba Juan. Un día Pedro le dijo a su hermano:

—Juan, vete a limpiar la milpa. ¡Pero la limpias bien!

Al día siguiente Juan se fue a limpiar la milpa. Llegando comenzó a trabajar; cortó todo el maíz, no dejó nada. En la tarde regresó a su casa; al llegar, su hermano le preguntó:

—¿Trabajaste como te dije?

—Sí.

—Bueno, mañana iré a ver tu trabajo.

Al otro día, Pedro le dijo a su hermano:

—Yo me voy a trabajar hoy. Tú, bañas a la abuelita, matas una gallina y comes con la abuelita.

—Sí —contestó Juan.

Cuando salió su hermano, Juan puso una olla con agua en la lumbre, sentó a su abuelita en un banco y cuando hirvió el agua se la echó encima. La vieja murió. Juan ya no mató a la gallina.

Entonces ensilló un burro, montó a la abuelita en el burro y se fue a la milpa de una persona. Al entrar en la milpa el dueño empezó a gritar, agarró unas piedras y se las aventó. Pero no le tocaron al burro sino a la abuelita. Una le dio en la cabeza.

—¡Ya mataste a mi abuela! —gritó Juan.

El dueño de la milpa tuvo mucho miedo; le dijo a Juan:

—No me vayas a demandar, ahorita te doy dinero.

Y le dio mucho dinero.

Cuando Pedro regresó y vio que no estaba su abuelita, preguntó por ella.

—Ya murió —le dijo Juan—, la gente la mató a pedradas, pero nos dieron mucho dinero; es que la abuelita tenía mucho frío y la había llevado a calentarse.

Así fue como Juan el loco terminó con su abuelita.

El pobre cazador de pavos silvestres

Maya

Había un hombre muy pobre llamado J-Pil Puk'us. Él, su esposa, sus hijos comían solamente tomate, pepita molida, hoja de chaya.

Un día le dijo a su esposa:

—Ya estoy fastidiado de comer chaya con pepita y chile tamulado. Voy a cazar un pavo silvestre para que coman nuestros hijos. Esta noche dormiré en la milpa, prepárame mi pozole.

Al entrar la noche se acostó a dormir en una chocita rústica que había en la milpa. De pronto, cuando ya empezaba a conciliar el sueño, oyó el canto de un pavo. Se levantó, tomó su escopeta y fue al lugar donde se escuchaba el canto. Mientras caminaba pensaba: “No voy a tardar mucho, en cuanto lo vea le disparo”.

Sabía que ya estaba cerca, se oía el canto del pavo debajo de unos árboles. Se acercó muy despacio, pisando suave, caminando de puntitas, con cuidado, mirando hacia arriba, buscando al animal que cantaba entre las ramas.

De repente sintió cómo caía en un agujero. La escopeta que llevaba quedó tendida, atravesada en la boca del agujero y él quedó colgado de la escopeta.

Desesperado, sentía con las piernas, buscando dónde poner los pies, sin encontrar apoyo. Cuando se cansó de agarrarse con las dos manos de la escopeta se agarró nomás con una, luego con la otra, después de nuevo con las dos.

Tenía miedo de soltarse, no sabía qué tan hondo era el agujero donde se había caído.

Era la medianoche cuando cayó y no se atrevía a soltarse, ¿qué tal si el hoyo era muy hondo? Al amanecer vio hacia abajo. Le faltaban apenas diez centímetros para pisar el fondo del pozo donde había estado colgando. Dijo:

—Solamente Dios podía saber que no el pozo no era hondo. De haberlo sabido, hace rato me hubiera soltao. ¡Cómo me cansé de estar colgado toda la noche!

Una viejita y sus nietos

Otomí

Una viejita tenía dos nietos; su madre había muerto, eran huérfanos y vivían con su abuela. Un día se fue ella a la plaza a hacer su compra; dejó a los niños en la casa, ordenándoles que acarrearán agua y que fueran por leña.

Regresaron con sed, se les antojó un poco de pulque.

La casa estaba cerrada y decidieron arrimar una escalera para meterse por un agujero que había en el techo. Echaron una reata para descolgarse dentro de la casa cerrada.

El pulque estaba en una olla grande y de allí, sacaron dos jarros grandes y se fueron a beber a la nopalera, donde su abuelita no pudiera verlos si regresaba.

Allí fueron a beber sus dos jarros de pulque. Ya habían bajado la escalera y ya bebían su pulque. Apenas habían terminado cuando llegó la abuela llamándolos:

—Niños, ¿están allí?

—Sí, mama, aquí estamos.

—¿Ya está mi agua? ¿Ya está mi leña?

—Sí, ya está allí, mama; regresamos apenas.

—Bueno, bueno —dijo, acercándose al lugar donde guardaba con llave el barril de pulque.

En ese lugar estaba una imagen chiquita, de bulto, del señor Santiago.

La viejita se acercó a ver su barril de pulque y notó que había mermado, que el nivel había bajado.

—Vaya, desapareció mi pulque, ¿qué pasaría? ¿Quién se lo bebería, si la puerta está cerrada? —decía la viejita.

Y entonces vio al santito; los chamacos le había embarrado espuma de pulque en las barbas. Se enojó mucho la viejita, le echó la culpa al señor Santiaguito del robo del pulque, no a los muchachitos.

—Ah, señor Santiago —lo regañó—, te terminaste mi pulque. Eres un tragón. De mi pulque sale dinero para tu incienso, para tu vela, para tus flores. Pues bueno, allí se fueron tus velas, allí se fue tu incienso. ¡Ahora verás!, ¡ahora, mierda de tu caballo es lo que vas a comer!

Texto de Jesús Salinas, traducción Evaristo García Martín

Tres hermanos miedosos

Maya

Había una vez una muchacha muy bonita. De tan bonita que era comenzaron a enamorarla tres hermanos. Vio que fue el hermano mayor, vio que fue el hermano de enmedio, vio que fue el hermano menor. Vio que fueron los tres y a cada uno les dijo un día y una hora para que la enamoraran. Comenzó a pensar cómo saldría de ese problema y entonces se le ocurrió algo. Cuando llegó el primer hermano a visitarla le dijo:

—Oye, ¿de veras te gusto tanto?

—Ay, niña, es tanto lo que me gustas, que si tuviera poder, haría todo lo que me pidieras.

—Bueno —dijo la muchacha—, ¿irías solo a cuidar un muerto en el cementerio a las doce de la noche?

—Sí, iría, nomás para que veas cuánto me gustas.

—Está bien; tal día has de venir. Cuando vengas, el muerto estará listo para que lo lleves al cementerio.

—Está bien.

Cuando llegó a visitarla el segundo hermano le preguntó:

—Oye, ¿de veras te gusto mucho?

—Pero niña, haría lo que me dijeras para que vieras cuánto te quiero.

—¿Aceptarías hacerte el muerto?

—Sí —dijo el muchacho; le tomaron las medidas para hacerle su caja.

—Bueno, tienes que venir tal día a tal hora.

—Está bien —dijo. Y se fue.

Cuando llegó el tercero y último, la muchacha le preguntó:

—Bueno, joven, ¿te gusto mucho?

—¡Ay, niña, que si me gustas! Para que veas cuánto, haré lo que me pidas.

—¿Harías de diablito?

—Sí.

—Está bien, tal día a tal hora vienes.

El día señalado llegó el primer muchacho, lo amortajaron como se envuelve a los muertos y lo metieron en su caja.

Al rato llegó el siguiente hermano, le enseñaron el muerto que debería llevar y le dieron cuatro velas. A las doce de la noche llegó al cementerio, colocó al muerto y se sentó a velarlo.

Mientras, el tercero estaba con la muchacha. Lo vistieron con un traje hecho de puras latas agujeradas. Le pusieron velas dentro y parecía que echaba chispas por todo el cuerpo, sobre todo por los cuernos.

—Bueno, ¿qué voy a hacer? —dijo el muchacho, después de ponerse el traje.

—Cuando llegues al cementerio comienzas a andar, a brincar y a dar vueltas sobre el muro.

Al llegar al cementerio, comenzó a hacer tal y como le habían dicho. El que estaba cuidando al muerto, gritó al verlo.

—¡Ave María Santísima! ¿Qué es eso?

—¡Jam! —dijo el muerto.

El que estaba cuidando al muerto salió corriendo. Detrás de él iba el muerto. Cuando el más chico los vio correr, salió también detrás de ellos.

—¡Ave María Santísima! ¡Ahí viene esa cosa detrás de mí! —decía el muerto.

El primero llegó a su casa y se tiró en su hamaca. Llegó el segundo y también se tiró de cabeza en su hamaca. El más chico llegó, con su traje sonando; se lo quitó y se tiró también en su hamaca.

Ni adiós le dijeron a la muchacha; no la volvieron a ver.

Narrado por Paula Cimé, Peto, Yucatán

Mentiras, chistes y exageraciones

Hay un género de relatos pensados y relatados solamente para hacer reír; pariente de las charras nortañas y del albur. Se usa para entretener a quienes trabajan o se desvelan, puesto que la risa espanta al sueño. La mayoría tienen un alto contenido erótico; en esta ocasión, se publicaron solamente aquellas mentiras o chistes que podían incluirse en libros de lectura para niños, a juicio de los maestros.

Cuando se escuchan estas mentiras, se sabe, desde el principio, que cuanto se dice es falso. Hay verdaderos especialistas y artistas que cuentan las mentiras en primera persona: como si les constara lo que platican.

El yerno flojo

Maya

Un hombre rico tenía un yerno; pero resulta que ese yerno era un flojo que no hacía nada. Su esposa llegaba a casa de sus padres y le daban un poco de lo que guisaban allí.

Un día, la muchacha le dijo a su padre:

—Fíjate que mi marido es un glotón, se acaba toda la comida que me dan. Ayer se comió hasta los huesos del pollo que me dieron.

—No es bueno que sea tan tragón. Dile que si quiere comer tiene que ir a matar los animales que dañan mi milpa —así le dijo el padre.

—Está bien.

Al día siguiente, el yerno fue a ver a su suegro y éste le dio una carabina. Pero de nada le serviría, porque no sabía manejarla.

Al oscurecer se fue a la milpa. Después de mucho andar, se paró con la carabina al hombro. Estaba parado cuando oyó el vuelo de un pavo de monte que vino a posarse directamente en el cañón de la carabina que tenía recargada en el hombro.

—No puedo moverme, ni puedo matarlo; si me muevo, escapará.

Al rato llegó otro pavo, luego otro, hasta que se juntaron seis.

—No puedo matarlos, no puedo moverme; mejor espero a que oscurezca un poco más y me los llevo sin que se den cuenta.

Cuando oscureció otro poco, se los llevó con cuidado, dormidos sobre el cañón de la carabina.

—Sé que mi suegro tiene una casa buena allá en la milpa.

Se fue y cuando llegó vio que la puerta de bejuco cerraba bien. Llevó allí a los pavos, los metió y los encerró.

—Si los mato, no gano nada; si me los llevo vivos, será mejor, pues así cuando tenga hambre mato uno y me lo como; cuando vuelva a tener hambre mato otro y me lo como. Así, hasta que me los acabe.

Entró a la casita y agarró los pavos. Se los amarró en la cintura y les dijo:

—Bueno, pájaros, vámonos. ¿A dónde podríamos ir? Llévenme.

Los pájaros aletearon: *poc, poc, poc, poc* y levantaron el vuelo llevándose al hombre en vilo. Cuando se dieron cuenta ya estaban en la plaza de Sotuta. Hasta allí fueron a parar; hasta la fecha están allí.

Narrado por Marcos Yaj Ek, Kimbila', Tizméhuac, Yucatán.

Los compadres

Mixteco

Había dos compadres: uno de la Montaña y otro de la Costa. Un día el costeño le dijo al serrano:

—Compadre, vamos al monte a buscar una tortuga para comer.

—Bueno pues, compadre, vamos.

—Vamos muy despacito, compadre, porque la tortuga es muy ligera, corre muy rápido, se sube fácilmente a los árboles porque es muy liviana.

Salieron, se fueron al monte y llegaron hasta donde estaba una tortuga.

—¡Despacito, compadre! —dijo el costeño.

Muy despacito, muy despacito llegaron hasta donde ladraba el perro que llevaban. Vieron a la tortuga, el compadre costeño la agarró.

—Compadre, ¿qué no decías que era un animal muy ligero? —preguntó el serrano.

—Es que ha de estar enferma, compadre.

Narrado por Felipe Francisco, Arroyo Teconte, Metlatonoc, Guerrero

El cazador de venados

Otomí

Hubo una vez un hombre que se levantó muy de madrugada, como a las cinco de la mañana. Buscó su escopeta para cazar y fue a despertara su mujer, que todavía estaba durmiendo:

—¿Me oyes? Hazme caso.

Pero ella seguía durmiendo.

—Levántate, busca a alguien que te ayude a preparar un caldo, porque voy a ir al monte a ver si encuentro un animal.

—Ni lo vas a encontrar, mejor ni vayas. Ese fierro que tienes no sirve, nada más se te va a echar a correr el animal.

—¿Por qué no? Ya lo arregle, hace un momento le unté petróleo. No te preocupes, tú levántate y busca alguien que te ayude. Guisa el caldo, le pones su chilito, le pones todos sus condimentos, mientras yo voy al monte. Ya sé donde se acuesta un venado.

La mujer se levantó con algo de flojera y fue a buscar quién la ayudara. Mientras, el hombre se fue directamente a donde había visto al venado.

Llegando allá se encontró con que efectivamente estaba allí el venado. Se asomó varias veces, se regresaba y arreglaba su escopeta para que no le fallara el tiro al disparar.

Una vez que vio al venado le pareció muy grande. Se decía: “Allí está, ¿qué haré con él, me lo como todo o vendo la mitad?”

Pensaba eso y no lo mataba todavía. Mientras estaba pensando, el venado despertó porque oyó ruido.

El hombre decía: “¿Qué haré con él, me lo comeré todo, o vendo la mitad?”

Apuntó entonces para tirarle, pero en eso el venado brincó y se fue a la carrera, sin darle tiempo de disparar.

Volvió a su casa a eso de las diez de la mañana. Tenía muchísima hambre cuando llegó. Las cocineras estaban en su casa; su mujer y la otra señora, estaban apuradísimas preparando el caldo. Ya estaba cocido. Cuando llegó el esposo, le preguntaron:

—¿Dónde está el venado que dizque ibas a traer? Vamos a prepararlo y pronto estará listo, pues ya esta cocido el caldo.

—Lo vi un rato, pero se echó a correr y no me dejó pegarle. Mientras yo pensaba qué hacer con él, si nos lo comíamos todo o vendíamos la mitad, se me fue. Ahora tengo mucha hambre, a ver si hay tortillas cocidas. Denme algo de comer, aunque sea unas tortillas secas porque tengo mucha hambre.

Le dieron tortillas, pero como no había más comida que servirle, ni salsa, ni otra cosa; y como solamente tenían el caldo que la señora había preparado para el venado, eso le

sirvieron. Tanta hambre tenía, que eso comió.

Mientras comía dijo el hombre:

—¡Ah, qué sabroso está su caldo! ¿Se imaginan cómo estaría de sabroso con la carne del venado?

El cazador

Maya

Un señor caminaba por el monte, cuando vio, inmóvil, a un venado. Como al venado se le mata con balas de esas que llaman palanquetas, tomó la única que traía y disparó sobre el venado, derribándolo.

Al acercarse vio que le había pegado y que la bala había atravesado el cuerpo del venado.

Entonces, se preguntó:

—Pero, ¿ahora? Voy a ver dónde quedó la bala.

Siguiendo la dirección del disparo, poco después encontró un jabalí y vio que la bala lo había atravesado.

—Tengo que encontrar la bala. Me tiene que servir de nuevo.

Andando, encontró otro animal muerto y observó que también había sido atravesado por la bala.

—Bueno, pero la bala... ¿a dónde se fue? Tengo que encontrarla.

En eso, se dio cuenta de que la bala se había enterrado. Empezó a escarbar y, al poco rato, encontró una tuza muerta y en su cabeza, incrustada, la bala.

Así fue como este señor mató a cuatro animales con una sola bala.

Narrado por Secundino Chan, Nojbec, Tzucacab, Yucatán.

Un gringo y un otomí

Otomí

Una vez se encontraron un gringo y un otomí. Tal vez ya se conocían; se hicieron amigos.

—¿Dónde vives —preguntó el gringo.

—Ah, yo vivo allá en el monte. ¿Y tú?

—Ah, yo vengo de otro país. Apenas llevo aquí dos meses.

—¿Y en qué trabajas?

—Vine a ver a los pobres que viven por aquí, para saber qué hacen, cómo viven.

—Está bueno, gracias por visitarnos.

—Me gusta mucho este lugar, tu tierra es muy bonita.

—No, no es bonita. En cambio, según dicen, tu tierra sí está bonita. Dizque hay buenas cosechas, que se vive bien. Aquí casi no llueve.

Siguiendo platicando: —Ustedes comen bien, te ves muy bien. Nosotros no, la tierra no es buena para sembrar, sólo tenemos chivos y una que otra gallina.

Se veía muy bien el gringo. Lo invitó a comer. El otomí tenía curiosidad a ver qué comían los gringos.

—Dizque comen ustedes puro pan; en cambio nosotros, puras tortillas.

—No, comemos otras cosas.

Llegando, el otomí se sentó en un sillón. El gringo trajo la comida y puso cubiertos. El otomí no sabía cómo usarlos.

Primero llegó la sopa y el gringo agarró su cuchara. El otomí, como había escuchado que sólo comían pan, había traído sus tortillas, las sacó. El gringo sacó el pan y frutas.

Comieron. El gringo vio que su invitado no usaba los cubiertos. Él usaba su cuchara y el otomí su tortila.

—¿Por qué no usas la cuchara? Mira, así. Así debe sacarse la sopa del plato. Hazle así, no seas sucio.

—Ah, no. Nosotros no somos sucios; sucios ustedes que llenan de saliva la cuchara y luego se la vuelven a meter a la boca. Nosotros, usamos una cuchara para cada bocado, mira:

Y agarró un trozo de tortilla y comió.

—Ustedes lamen la cuchara, la chupan, la sacan, la vuelven a usar. A ver, itú cómete tu cuchara!

Otra vez, dizque hacía frío, mucho frío. Estaban allí parados el gringo y un otomí. Dizque la ropa del otomí estaba toda llena de agujeros: rota por las costillas, rota por las rodillas. Pero no sentía frío.

El gringo estaba muy bien arropado, llevaba un buen abrigo, dicen.

Al ver al otomí sin frío, como si nada, le preguntó:

—¿No sientes frío?

—No, ¿y tú?

—Sí, es por eso que estoy bien envuelto.

—Ah, es por eso que sientes frío. No sabes defenderte del frío.

—¿Qué me dices?

—Tienes frío y estás todo cubierto.

—Pues sí.

—Tienes frío porque lo encerraste, no tiene por dónde salirse. Por eso lo sientes tanto frío. En cambio, a nosotros nos entra el frío por un agujero, pero sale por el otro: no se nos queda dentro.

Texto de Jesús Salinas Pedraza. Traducción de Santiago Severiano Andrés de Santiago Mexquititlán, Amealco de Bonfil, Querétaro.

Cuentos de ultramar

Muchos cuentos son importados: evidentemente se narraron inicialmente en español, pero ahora se cuentan en todas las lenguas indígenas. Se han adoptado como propios ayudantes mágicos, proezas extraordinarias, pruebas absurdas, mutaciones espectaculares propios del género llamado en Europa “cuentos maravillosos”. Queda adherido a la literatura nativa aquello que tiene más semejanza con lo que existía previamente, los cuentos que son más afines a una tradición americana. Llegaron de Europa —donde a su vez estaban teñidos de la narrativa árabe con la que convivieron cinco siglos— y quedaron íntimamente mezclados a un *corpus* nativo; se desprendieron de su contexto inicial y cambiaron con episodios aumentados, trastocados y naturalizados a un territorio nuevo.

Viajes al inframundo y bodas extraordinarias

Los hombres —casi nunca las mujeres— viajan al inframundo y ya en el infierno viven los correspondientes amoríos con la hija del diablo, llamada muchas veces Blancarosa en la narrativa de ultramar. Aquí ya no se trata del viaje iniciático, ni del destino que abre sus entrañas para brindar riquezas a algún afortunado, ni de las lamentaciones de los amorosos separados por la muerte.

La descripción del inframundo es bastante uniforme: el lugar suele ser bastante parecido a nuestro mundo, pero invertido. La comida es repugnante, hedionda. Las riquezas, al ser sacadas del lugar, se convierten en cenizas, hojarasca, leña podrida. El tiempo también se trastoca: el que entra al inframundo cree haber estado dentro apenas unas horas y, al regresar a la superficie, resulta que estuvo ausente durante largos años. Es frecuente que sólo viva para contar su historia y muera al reinsertarse en el tiempo mundano. Lo mismo sucede cuando se entra a un encanto o a un cerro.

El viaje al inframundo se acerca tanto al cuento maravilloso como al mito; los linderos no son nunca exactos entre uno y otro género. Los habitantes del inframundo, en el cuento, no son necesariamente muertos ni criaturas infernales: se trata de seres y acontecimientos de un tiempo y lugar indefinido, obviamente ficticios y mágicos, donde los jóvenes burlan al diablo para casarse con su hija, convertida en ayudante extraordinaria que permite pasar todas las pruebas, las transformaciones necesarias para escapar y las proezas que les permitirán el “fueron felices para siempre” del final de la historia.

El hombre que no quería a su mujer

Náhuatl

Un hombre llegaba siempre borracho a su casa y le pegaba a su mujer; la regañaba, le decía que se fuera al diablo. En una ocasión, la mujer, desesperada, se fue de la casa. En el camino se encontró a un hombre que le dijo:

—Vamos a mi casa, ahí estarás conmigo, pues yo te necesito.

—No —contestó la mujer. Si su marido la había mandado al diablo, sólo con él se iría.

Como ese hombre era el diablo, la convenció diciéndole que no se preocupara, que se fuera con él. Fue así como la mujer aceptó y lo acompañó a su casa.

Llegaron a una bonita casa, de mampostería, de tres pisos y empezó a vivir con él. Esa misma noche el diablo salió y regresó trayendo carne humana que había recogido donde unas personas se habían matado y se la entregó a la mujer. Ésta se pasaba de palabras, rezongaba y rezongaba, porque la había hecho esperar; como veía que no llegaba, comió lo que encontró. El diablo se enojó y se la tragó, luego la echó y brincó siete veces sobre la suciedad. La mujer se formó nuevamente.

Al día siguiente llegó a la casa del diablo un pajarito de varios colores. Al diablo le gustó y lo quiso agarrar. Tardó queriéndolo atrapar y, al ver que no se dejaba, se desesperó. Le dejó dicho a su mujer que lo apresara y se fue a buscar comida. Poco después la mujer agarró al pajarito, que no se resistió. Al tenerlo entre las manos, oyó que le decía:

—Soy tu esposo, ¿por qué estás en este lugar?

—Tú me mandaste al diablo y por eso estoy con él —contestó la mujer—. Si quieres quédate aquí, verás lo que hace conmigo: por tu culpa.

La mujer metió al pajarito en una jaula y al rato llegó el diablo preguntándole si ya había atrapado al pajarito. La mujer le contestó que ya lo había encerrado en una jaula. El diablo le entregó la carne humana que traía y la mujer le dijo que lo había esperado mucho y que ya había comido. El diablo se enojó y se la comió. Poco después la cagó y sobre la caca brincó dos veces siete: la mujer volvió a aparecer. Todo esto lo observaba el pajarito desde su jaula.

Al día siguiente, el diablo se fue y la mujer sacó al pajarito. Le dijo:

—¿Por qué me mandaste con el diablo? Ya ves cómo sufro.

—Perdóname todo —le contestó el pajarito—, abandónalo y vámonos a nuestra casa, jamás te volveré a pegar.

La mujer le contestó que sentía muy adolorido el cuerpo, que la dejara. Tanto y tanto dijo el pajarito, que le atrajo a la mujer el corazón. Le dijo:

—Mañana te espero en el temascal, allí nos bañaremos, para que te fortalezcas.

El pajarito se fue a su casa; ya convertido en hombre, preparó el temascal y ordenó que hicieran una comida muy buena y una gran fiesta porque su mujer iba a regresar al día siguiente.

A la mañana siguiente, todo estaba preparado. El hombre se sentía contento porque su mujer regresaría. Pasaba el día y, al ver que su mujer no llegaba, se desesperó y pensó que lo había engañado. Decidió meterse solo al temascal, se desvistió y se metió a bañar. Al estarse bañando, entró una mosca zumbando. Como al hombre le molestaban los ruidos, tomó su sombrero y le pegó. La mosca salió rápidamente zumbando.

Al día siguiente, el hombre se transformó en pajarito y fue a reclamarle a su mujer, a casa del diablo, por haberlo engañado. Al ver al pajarito, la mujer salió a su encuentro.

—¿Por qué no fuiste a nuestra casa? —llegó diciendo el pajarito—. Ya estaba todo preparado para recibirte.

—¡Cómo no! Fui y me pegaste otra vez con tu sombrero y me tuve que regresar.

—¡Ah, eras tú! —contestó el pajarito—, perdóname, no sabía que irías convertida en mosca.

—Es por eso que no quería ir contigo. Además, tú me mandaste al diablo y con él terminaré. Vete y jamás vuelvas a molestarme.

Narrado por Ángela Xalamihua, Apanga, Texhuacán, Veracruz.

El vendedor de ollas

Mixe alto

Una vez un señor salió a vender sus ollas; en el camino se encontró al señor Zempoaltépetl, quien le dijo:

—Ve a mi casa y véndele unas ollas a mi esposa.

El señor fue a la casa del Zempoaltépetl. Llegó a un canal bonito donde estaba lavando la señora del Zempoaltépetl.

—Me dijo su esposo que necesitaba usted unas ollas y me encargó en el camino que se las trajera.

—Llévatelas a la casa —le dijo la señora—, ya debe haber llegado mi esposo.

El vendedor se dirigió a la casa del señor Zempoaltépetl y vio que, efectivamente, ya estaba allí. Le dijo que llevaba las ollas.

—Está bien —dijo el señor Zempoaltépetl—, descárgalas y descansa.

Después de que el hombre descansó un rato, el señor Zempoaltépetl le dijo:

—No puedo pagarte las ollas ahorita; ¿por qué no te quedas a trabajar tres días?

Ahí estaban platicando cuando llegó la señora del Zempoaltépetl. Le ordenó al vendedor de ollas:

—Ve a traerme el collar que olvidé junto al chorro de agua.

El señor fue a buscarlo junto al chorro, pero no encontró. Lo único que vio fue una víbora coralillo; regresó a avisarle a la señora que no había encontrado nada.

—Es un collar de tres colores —explicó la señora—. Y le dijo quitara el sombrero y lo pusiera en el suelo para que su collar entrara en él. Así lo hizo el señor, trajo la coralillo entregó a la señora, quien de inmediato se la puso en el cuello.

Al segundo día, el Zempoaltépetl le dijo al vendedor que cuidar sus animales: eran la comadreja, el tejón y el jabalí. Se fue a cuidarlos y regresó ya tarde.

El último día lo mandaron a desgranar mazorca. Al terminar la tercera jornada, al atardecer, el Zempoaltépetl le preguntó cómo quería que le pagara los días que había trabajado.

—¿Quieres dinero o maíz?

—Lo que sea —contestó el señor.

El Zempoaltépetl le dijo que le iba a dar maíz y le recomendó que no permitiera que su mujer se acercara al coscomate y que, cuando oyeran ruido por la noche, no se levantaran.

El señor regresó a su casa, pero murió enseguida: encontró mucho maíz y fue tanta su emoción que murió.

En la búsqueda del marido o la mujer perdidos, se emprenden viajes para llegar hasta el infierno, al otro lado del mar, al palacio en una isla en el cielo. Hay que completar plazos, pasar pruebas y triunfar en la lucha contra quien han encantado o secuestrado al amado. Para recuperar al compañero hay que gastar huaraches de fierro, cruzar lagunas y cielos, enfrentar a la Madre del Aire, domar al chamuco, volar días enteros en el lomo de un águila.

Las bodas extraordinarias —seres de distintas especies o habitantes de diferentes mundos— exigen requisitos de comportamiento; generalmente se prohíbe ver al consorte: se transgrede esta norma por curiosidad o por desconfianza —la abuela, la madre, el joven mismo desean saber quién es la novia misteriosa, si acaso tiene pies de guajolote, al revés, o de gusano; si es bruja o criatura maligna aunque asegura: “no soy de monte” a diferencia de los dueños del río, chaneques o salvajes.

En esta historia se reúnen una boda con ser encantado, combinado con el relato de los animales agradecidos, que encontramos muchas veces como cuento independiente.

Un hombre pobre que salió a traer ranas

Mixteco

Así le pasó a un hombre pobre; no tenía ni siquiera para comer.

—¿Qué voy a hacer? —le preguntó a su mujer un día, al levantarse.

—¿Qué vamos a hacer?

—Voy a buscar algo para comer. Dame un costal para que meta algo, para que comamos.

—Está bien —le dijo, y le dio el costal.

—¿Y por dónde irás?

—Sólo Dios sabe por dónde enviará su ayuda; adonde me lleve Nuestro Señor, allí iré.

Salió y llegó a un río grande. Había una poza donde había muchas ranas. Agarró una, otra, otra, hasta llenar de animales la mitad de su costal. Los cargó y se fue a su casa.

—Me fue muy bien —le dijo a su mujer.

—¿Qué sí? ¿Te fue bien?

—Ven; llevarás estas ranas a la casa de los ricos; las cambiarás por maíz, para que comamos.

—Bien, bien.

Tomó una talega de ranas y se fue a la casa de un hombre rico; allí le dieron un bulto de maíz. Regresó.

—¿Te fue bien?

—Sí. Tienes que ir a recoger un bulto de maíz.

—Bien, bien —y salió a traerlo.

La mujer fue a casa de otro rico y allí le cambiaron dos bultos de maíz por otra talega de ranas. Ya tenían tres bultos de maíz.

—¡Qué bien nos fue! —decía ella contenta.

—No digas nada; Dios es quien nos dio comida.

Fue a otra casa y le dieron dos bultos más. El hombre hizo una troje pequeña para guardar su grano.

—¡Qué bien nos fue!

—No digas nada; Dios nos dio nuestro sustento. Ve a otra casa.

Llevó las ranas a otra casa y allí le dieron más maíz. A cuatro casas fue y en todas le dieron bastante.

—¡Qué bueno que nos dieron maíz! —decía el hombre.

—Así como tú dices, Dios vio por nosotros; por eso nos dieron tanto en todas partes.

—Bien; volveré a ir a ese lugar, ya que nos fue tan bien.

Llegó nuevamente al río y de allí salió una mujer. Le dijo al hombre:

—¿Otra vez llegaste?

—Llegué.

—Ahora no agarrarás tantas ranas; déjalas; que se queden aquí. Ayer me hiciste mucho daño, me perjudicaste mucho; te llevaste a muchos de mis animales. Ahora ya no te voy a dar, ya no los voy a poner en tus manos.

—¿Y tú quién eres, señora?

—Soy de aquí; no soy bruja ni mujer de monte, ni salvaje.

—¿Dónde está tu casa?

—Ésta es mi casa; no tengo casa en otro lugar.

—Dame permiso de agarrar aunque sea unas cuantas ranas; soy muy pobre y no tengo nada que comer.

—No, ya no se puede. No te doy permiso; ya atrapaste muchas. Si quieres más ranas, que venga contigo tu hijo el mayor. Tráelo, que te acompañe y que se quede aquí; entonces te daré permiso para que entres a buscar tu sustento.

—Bien, bien. Iré a mi casa, entonces, y mañana vendré con él; me acompañará.

—Lo traes, y cuando lleguen le dices: “Aquí siéntate, aquí espérame. Voy a juntar unos animales allá abajo y regreso por ti como a las ocho o las diez de la noche. Regreso; espérame hasta que vuelva y nos vamos juntos a la casa”. Así le dirás —le ordenó al hombre que había atrapado las ranas.

El señor llegó a su casa y habló con su hijo:

—Vendrás conmigo mañana. Encontré nuestro sustento; nos va muy bien. Irás conmigo para ayudarme con la carga, pues pesa mucho.

—Está bien, papá, iré contigo.

Se levantaron en la madrugada y se fueron. El hombre llegó al río acompañado por su hijo. Allí dejó al muchacho y se fue. Hasta abajo se fue, se fue. Allí juntó unas cuantas ranas y regresó a su casa. Mientras, su hijo estaba junto al río; allí esperando, esperando.

A las ocho de la mañana, el muchacho vio una mesa a orillas del río. Sobre la mesa había panes, tazas de chocolate, dicen.

“¡Qué sabroso! ¡Se ve bueno para comer! Seguro Dios los puso para que comiera, así es que me los comeré”, pensó. Y se sentó a comer el pan y a beber el chocolate. Luego regresó adonde estaba sentado, a esperar a su papá.

Allí estaba, espera y espera y espera. Llegó el mediodía y volvió a aparecer la mesa. Había mole para que comiera.

“Está bien, si Dios lo puso para que comiera, me lo comeré”, volvió a pensar. Empezó a comer, y cuando terminó regresó a su lugar, en la orilla del río. Y ya no había mesa, solamente el río que corría allí.

“Voy a estar aquí sentado todo el día de hoy. No le hace. Mi padre dijo que regresaría hasta las ocho de la noche. Aquí me estaré”.

Dieron las tres de la tarde y él seguía esperando, esperando, esperando. Pensaba: “Lástima, ¿qué es lo que hace ese hombre?”. Estaba fastidiado de estar esperando. “¿No sería mejor que me fuera? No; voy a esperarlo, no me iré. Pobre de mi padre, a lo mejor llega muy cargado y ¿quién lo ayudará? Pobre de él”. Y seguía esperando, esperando.

De repente se dio cuenta de que la mesa estaba puesta otra vez. Comió.

Oscureció y el muchacho se preguntaba: “Y ahora, ¿dónde dormiré?”

En el lugar donde antes había aparecido la mesa, ahora había una cama. Era una cama muy bonita: de metal, con cobija de dos vistas.

“Mientras llega mi padre y nos vamos, me dormiré”.

Levantó la cobija, se metió en la cama y se quedó dormido. De pronto oyó unos pasos: “¿Quién vendrá?”. Era una mujer la que venía.

—¿Quién eres? —le preguntó.

—Soy yo, señor.

—Ah, bueno, está bien.

—Vengo a dormir contigo. No tengas desconfianza; no soy alguien que se transformó; yo seré tu esposa.

—¡Qué bueno, señora! Está bien, eso quiero; ando buscando mujer. Mi padre me dejó aquí y regresará pronto. Le daremos la noticia, nos casaremos.

—Está bien, que venga, que regrese. Yo, dormiré contigo.

—Bueno, vamos a dormir.

Se acostaron, se durmieron. Pasaron ocho días, diez días, quince días, un mes. Y el muchacho empezó a acordarse de su abuela. Su padre no había regresado; pero él de quien se acordaba era de su abuela.

“Lástima. De veras, mi abuelita me recomendó tanto que me cuidara. Al salir, me dijo que si mi padre no regresaba, que volviera yo solo. Eso me dijo. Ahora, a fuerza tengo que ir a verla”.

Y empezó a decirle a su mujer:

—Mira, iré por poco tiempo a ver a mi abuela. Cuando salí me recomendó mucho que me cuidara. Mi padre a lo mejor llegó, a lo mejor murió. Estoy preocupado.

—Está bien, compañero; ve a visitar a tu abuela. Si te pregunta dónde has estado, no le cuentes que te casaste; no le platiques que tienes mujer, porque los ancianos se imaginan muchas cosas; te meterá malos pensamientos en la cabeza.

—No te preocupes.

—Lleva este dinero para que se lo des, para que compre maíz y coma, para que se compre su ropa.

Salió y se fue; llegó hasta la casa donde estaba su abuela.

—Abuela, ¿estás bien?

—Estoy bien, hijo. ¿Dónde andabas, hijo?

—Aquí estoy, me casé.

—¿Y dónde te casaste?

—Allá en un río, donde fue mi papá a dejarme. Allí me casé, allí encontré esposa. Es muy buena, no es mala mujer; es una buena persona.

—Mira, hijo, ¿de verdad es buena? ¿No es de monte?

—No puedo decirlo; en la noche duerme conmigo; vamos hasta adentro de la casa y ella anda por allí. Yo creo que es persona; no creo que sea mujer del cerro. Pero, ¿cómo puedo estar seguro?

—Mira, hijo, vas a llevarte un manojo de velas. En la noche las prendes y te fijas en sus pies. Si tiene pies de gente, es persona cabal; si tiene patas de guajolote, es salvaje, mujer de cerro.

—Está bien.

Obedeció a su abuela. Tomó el manojo de velas y se fue. Cuando anocheció, las encendió.

—Ay, compañero, ¿no te dije que no creyeras lo que te diría tu abuela? Te lo recomendé. Ahora, me tengo que ir, te quedarás solo. Ya no vivirás conmigo, pues en vez de creerme a mí escuchaste a tu abuela.

Cuando el muchacho había llegado al río era muy pobre. Ahora, ya se vestía bien, por primera vez tenía zapatos, tenía ropa buena, tenía un buen sombrero, tenía buen dinero. Enojada, su esposa lo corrió.

El muchacho salió a la orilla del río y vio que llevaba puesta su ropa raída, sus huaraches viejos y rotos. Sus buenos zapatos y su buena ropa se habían quedado en la casa de la mujer. Empezó a llorar, y pensaba: “Bueno, no le hace; me voy. Me regresaré, si no pensará ella que soy un tonto”. Y se fue a su casa.

—Mamá, ya llegué —saludó a su abuelita.

—¿Qué?, ¿ya dejaste a tu mujer? —le preguntó su abuela.

—Dejé a mi esposa.

—¿Por qué la abandonaste?

—Por hacerte caso, por obedecerte ella se quedó allá.

—Bueno, pero ya llegaste. Aquí te buscaremos otra esposa. Sí, se te buscará.

Allí estaba, pero no se sentía contento.

—No creo que sea cierto lo que me dijiste, abuela. Iré a buscar a mi esposa. ¡Pobre de ella, me quiere mucho!

Salió y llegó al lugar donde vivía su esposa.

—¿Ya llegaste? —le preguntó su suegro.

—Llegué.

—Ya no está tu mujer; ya se fue a otro lugar. Vino un gigante y se la llevó con él.

—¿Sí? ¿Y por dónde se fueron?

—Sólo Dios sabe por dónde se irían. Se la llevó por tu culpa, por ya no querer vivir con ella.

—¿Qué sí? Yo también me voy, entonces. Voy a seguirlos; ella es mi esposa.

Salió y se fue, se fue...

Completó un mes, dos meses y seguía en el camino. Dicen que seguía, ahí iba. Llegó a un camino adonde estaban cuatro animales: había un águila, un león grande, un tigre y una hormiguita. Estaban peleando por un trozo de carne que estaba allí, tirado.

—¿Por qué pelean? —les preguntó.

—¡Cómo no hemos de pelear! Encontramos esta carne y no podemos comérmola; no hay quien la reparta, por eso peleamos.

—¿Qué sí? ¿Aceptan que yo se las reparta? Se las separo y me sigo, porque solamente voy de paso.

—Está bien, señor, háganos ese favor; pártala para que podamos comerla. El tigre quiere un pedazo grande y el león quiere comer mucho; el águila se conforma con más poco y a mí me dicen que me darán menos. No estamos de acuerdo, por eso peleamos —dijo la hormiguita colorada.

—Está bien, yo repartiré para que coman y me voy.

Sacó su cuchillo y partió la carne para que la comieran. Comió el león y comió bastante, comió mucho el tigre, comió un poco menos el águila y sólo un poquito comió la hormiguita. Quedaron conformes.

—Ahora sí, ya está. Bueno, hermanos, aquí se quedan y yo seguiré adelante; soy viajero, voy de paso.

—Está bien, hermano. Dios te pagará el favor que nos hiciste: repartirnos la comida. Fue un gran favor para nosotros, pobres; nos hiciste un bien. Además, nosotros sabemos por qué viajas —dijeron los animales—. Vas a recoger a tu mujer.

—Dirás: “Adiós mi gavián”, y no tardaré en llegar a ayudarte —dijo el águila.

—Me recordarás, me llamo león. Acuérdate de mí también, te ayudaré, te haré un favor, no te preocupes.

Lo mismo dijo el tigre:

—No te preocupes, te ayudaremos. No morirás ni acabarán contigo, porque nos hiciste un gran favor.

—Recuérdame también a mí —dijo la hormiga—. Cuando llegues a recoger a tu mujer, no podrás entrar. Encontrarás siete puertas cerradas guardando a tu mujer; el gigante la encerró. Llegaré a ayudarte, siquiera eso haré por ti, ya que soy tan pobre, tan pequeña.

—Está bien, entonces.

—Yo soy quien te llevará. Ten en cuenta y recuerda que debes decir: “Adiós mi gavián”, para ir lejos cada día.

—Está bien.

Se despidieron, y el hombre se fue. Al rato de caminar dijo:

—Adiós mi gavián.

Y el hombre pudo volar; fue rápido, como si volara. Al quinto día llegó al pueblo donde estaba su mujer. Le preguntó a un soldado que estaba de guardia:

—Mira, señor, ¿qué no llegó mi mujer por acá? Era de por allá, de aquel rumbo.

—¡Cómo no, señor! Aquí llegó; la trajo el gigante, llegó con ella. ¡Pobre de ti! No podrás recuperarla porque el gigante te matará, es muy fuerte. No sólo tú peleas contra él, todos peleamos. Pero ni siquiera todos juntos podríamos vencerlo. Se come a todos, es muy fuerte.

—¿Qué sí? Está bien. Lucharé contra él de todos modos. Él es hombre, yo también; se robó a mi mujer y ella es mi esposa; yo la quiero y él se la trajo; ahora, vengo por ella.

—¿De verdad lucharás contra él? Entonces, vamos a reunir a todos los del pueblo y te ayudaremos a matarlo. Ese gigante come gente, ya son muchos los que ha acabado; le tenemos coraje. Pero es muy fuerte, le llaman gigante por fuerte, por come-gente.

—Está bien, júntalos, pero pelearé yo solo contra él; ustedes no entrarán en esta lucha.

—¿De veras lo matarás? ¿Dices la verdad?

—Lo voy a matar, no tengan miedo. Pelearé solo porque defiendo a mi mujer.

—Está bien, entonces.

Los del pueblo hicieron una junta y cuatro hombres ricos le prometieron:

—Si lo matas, yo te daré una tienda.

—Yo te daré un rancho con vacas.

—Yo te daré un trozo de chivos, o sea dos o trescientos animales.

—Yo te daré un cajón lleno de dinero si lo matas en verdad.

—¡Cómo no! Lo mataré; voy a intentarlo. Van a formar entre todos un círculo para que el gigante llegue al centro; allí llegaré a pelear contra él, y delante de todos ustedes lo mataré.

—Muchos han tenido miedo. ¿Será cierto lo que dice éste? Lástima, no aguantará; no logrará matarlo. Pobrecito, no alcanzará ni a llenarle el estómago al gigante —decían los del pueblo.

—No se preocupen. No tengan miedo ni lástima por mí; lo voy a matar, mi corazón es diferente —les decía el hombre pobre. Y les recomendó:

—Si el gigante pide agua para beber, no se la den; si yo se las pido, me traen un cántaro, para que beba, para que recupere la fuerza y pelee contra él.

—Está bien.

Él estaba tranquilo y alegre; tenía a sus amigos del camino que lo ayudarían, aquéllos a quienes les había hecho un favor.

—Voy adonde está mi mujer y regreso. No se preocupen, que lucharé contra el gigante.

—Está bien.

Caminó hacia la puerta del lugar donde estaba su mujer. Llegó: “Y ahora, ¿cómo haré para entrar?”. Y que se va dando cuenta de que allí estaba la hormiga.

—¿Ya llegaste?

—Sí, aquí llegué, hermano.

—¿Vienes siguiéndome?

—Sí, vengo detrás de ti. ¡Pobre de ti! Nos hiciste un gran favor y nosotros tenemos que corresponderte. No te preocupes.

Llegaron también el tigre, el león y el águila.

—Nos pusimos de acuerdo y venimos a ayudarte, porque eres nuestro amigo, ya nos hiciste un favor.

—Muy bien, hermanos, Dios se los pagará. Ya me enteré de que mi mujer está aquí, pero todos tienen miedo de que muera.

—No tengas miedo; nosotros peharemos contra él, no tú. Con nuestro poder engañaremos a todos; creerán que eres tú quien pelea, eso verán; pero nosotros somos los que peharemos: el águila es la más fuerte; el tigre y el león también son fuertes. Nosotros lucharemos contra él.

—Hermano, súbete encima de mí y te iré a dejar adonde está tu mujer. Llegarás adonde está y le dirás que venga contigo, sin miedo. El gigante ya está enterado de que llegamos —dijo la hormiguita.

Salieron y llegaron hasta la primera puerta. Con su poder, la hormiguita ya lo había transformado en otra hormiga roja, y así pudo entrar el muchacho por la ranura de la puerta. Subió, pasó otra puerta, y otra puerta, y otra puerta, y así hasta llegar adonde ella estaba. Estaba allí, muy tranquila cosiendo en su máquina. Despacio se subió la hormiga sobre ella, subió su marido hasta llegar al hombro de su mujer. Le dijo:

—Mamacita, ¿aquí vives?

La mujer volteó, pero no vio a nadie.

—Soy yo; yo soy quien te está hablando; te pregunté si aquí vives.

Ella vio que tenía una hormiga en el hombro; la sacudió y la tiró al suelo. Él se puso de pie. De repente se convirtió de nuevo en hombre, y allí estaba de pie.

—¿Qué?, ¿ya llegaste?

—Sí, mamacita, vengo a seguirte.

—¿Y para qué me seguiste, hermano? Morirás ahorita mismo, pues el gigante es muy fuerte; se ha comido a mucha gente. ¡Cuántimas a ti! ¿Cómo hiciste para entrar?

—Vine a traerte y te irás conmigo. Pelearé contra el gigante; tú eres mi mujer; tú misma me corriste, pero yo tuve la culpa; obedecí a mi abuela y por eso me sucedió todo esto. Vine a llevarte, no tengas miedo de venir conmigo: le ganaré al gigante. Si me ha de comer, pues que me coma; tú no te apures, sólo a mí me comerá, no a ti.

—Muy bien, vamos, pues.

Ella agarró las llaves y abrió las puertas. Una tras otra las iba abriendo. Al asomarse a la última, ya estaban allí todos los del pueblo, y también el gigante.

—¿Qué pasó, amigo? ¿Qué haces con esa mujer? ¿A dónde te la llevas?

—No voy a hacerle nada; es mi esposa.

—¿Y ahora? Ustedes son testigos: este pobre muchachito dice que vino por su esposa; pero no es su mujer, es la mía. Ahorita mismo me lo como —dijo el gigante.

—Muy bien. Nomás me quito el sombrero, luego me comes.

Se quitó el sombrero y se hincó. Empezó a decir:

—Adiós mi gavián, adiós mi tigre, adiós mi león.

Entonces alzó las manos para pelear.

—Ahora sí, vamos a pelear un poco. Si ganas, recibes a tu mujer, que se quede contigo si de veras es tu mujer. Es mi esposa y me la llevo porque me la llevo!

—Está bien.

El gigante se agachó, y el muchacho brincó con agilidad y lo agarró por la nuca. Empezaron a pelear. Según dicen, los que estaban allí parados veían pelear al hombre, pero no era él quien peleaba sino sus amigos del camino. Ellos lo ayudaban; el muchacho, el verdadero esposo, estaba parado entre la gente y nadie se imaginaba que era él quien estaba allí, pues lo estaban viendo pelear contra el gigante: quién caía, quién se levantaba, quién volvía a caer, quién se volvía a levantar. Así estaban peleando; dos horas pelearon así.

Mientras, los cuatro ricos que apostaron la tienda, el rancho de ganado, el trozo de chivos y la caja de dinero, estaban muy contentos.

—¿Será cierto? ¿Matará al gigante? Si gana, se llevará todo lo que le prometimos. No importa, ¡qué gane!

Así pasó una hora, así se completaron dos. Por último, el águila le saltó a los ojos. El gigante cayó, y el águila le sacó los ojos. El hombre pobre fue a sentarse encima del gigante y dijo:

—Ahora sí, señores, vean. El gigante está muerto, le gané.

—Vamos a ponernos de acuerdo —dijo uno de los ricos—, porque yo no le doy la tienda, aunque se la haya ganado.

—¡Ah, no! Ya quedaste en dársela y ahora se la tienes que dar —dijeron los demás—. Si Dios le ayudó a ganar su sustento, ahora se lo das, ya mató al gigante. Tienes que cumplirle.

—Bueno, no le hace; si por fin le ganó —aceptó el rico.

El muchacho ganó la tienda, ganó el rancho de ganado, ganó el trozo de chivos, ganó el cajón de dinero: se hizo rico. Se regresó a su pueblo con sus cosas y con su mujer. Cuando llegaron, su mujer le aconsejó:

—Vas a hacer una casa para que vivamos aparte, pues no vamos a estar a gusto con tus padres. Vamos a poner una tienda para ganar dinero, Dios premiará el que hayas ido a buscarme, pues por fin me creíste. No soy gente de monte; desconfiabas de mí y por eso oíste el consejo de tu abuelita. No tengo patas de gallina; tengo pies de gente. Y tampoco soy hija de cualquiera: soy la hija de San Marco.

—¿Eres hija de San Marco?

—Soy su hija. Mi padre es quien gobierna el mundo y la lluvia; tiene a su cargo a todas las personas, él es quien las alimenta. Por eso mismo ayudó a tu padre; lo encomendó a Dios y él logró sacar sus ranas y de allí sus alimentos. Y si ahora llegamos hasta el pueblo es porque mi padre nos dio fuerza, nos ayudó.

El muchacho hizo una casa de diez brazadas, y él y su mujer la llenaron de cosas. Pusieron su tienda y tuvieron sus animales. No les faltó nunca nada. Esto fue gracias a la suerte del padre de ese muchacho, quien un día salió al río a atrapar ranas.

Platican así este cuento antiguo, cuento de nuestros abuelos, porque así lo platicaron ellos. Así termina.

Narrado por Anselmo Candia Vázquez, Alacutlatzala, Malinaltepec, radicado en Ocoapa, Copanatoyac, Guerrero.

Pruebas, retos y dones

Como sucede en muchos cuentos, los jóvenes, tres hermanos, salen en busca de trabajo —los de ultramar salen a buscar fortuna— y deben pasar muchas pruebas. Las exigencias de quienes encuentran son absurdos, las pruebas ilógicas y los retos disparatadas —aún así, cumplen y son premiados. O, al ir a buscar al prometido, a pesar de todos los obstáculos, se llega al destino previsto.

El que se enoja pierde

Maya

Hace tiempo había tres hermanos. El mayor le dijo a su abuela:

—Abuela, voy a buscar trabajo.

—Pero, hijo, ¿a dónde vas a ir? Podemos vivir del hilo que hacemos —le dijo la vieja tratando de desanimarlo. De todos modos le molió su pozole para el viaje.

Al día siguiente se puso en marcha. Tiempo después sintió hambre y se detuvo en un lugar donde el camino se dividía en dos. En eso oyó el llanto de un niño. Guardó rápidamente el pozole que iba a prepararse y vio asomarse a una señora con un niño. Cuando ésta llegó junto al muchacho le pidió:

—¿Tienes algo para que coma el niño?

—¿Cómo voy a tener? Ni para mí tengo, ¿cómo voy a tener para regalar?

—Está bien —dijo la señora. Y siguió su camino.

El muchacho se levantó y continuó su viaje.

Después de un tiempo llegó a un pueblo donde vivía una viejita a la que llamaban mama-abuela. Cuando llegó a casa de ésta, la llamó. La vieja le dijo:

—Entra, nieto, entra. ¿Qué haces?

El muchacho entró.

—Ando buscando trabajo.

—¡Ah! —allí con el rey hay trabajo; si quieres voy a preguntar.

—Bueno —dijo el muchacho.

La viejita fue a casa del rey a preguntar si había trabajo y le dijeron que sí había.

—Hay de todo: chapear el jardín y el huerto; de todo, hasta cuidar a un chiquito.

El muchacho fue a casa del rey. Cuando llegó le preguntaron:

—¿Qué quieres?

—Pues ando buscando trabajo.

—Aquí hay trabajo —le dijo el rey—, el que quieras: desde chapear el jardín o el huerto hasta cuidar al chiquito.

—Está bien, voy a cuidar al chiquito—. Y le dijeron las condiciones: el que se enoja pierde.

—Está bien.

Al otro día ya estaba trabajando. A la hora de la comida el chiquito dijo que tenía ganas de ir al patio. Mandaron al muchacho al patio con el niño. Cuando regresó, ya habían terminado de comer.

A los dos días, el rey le preguntó: —¿Estás enojado?

—Pues, rey, ¿cómo no voy a estar enojado si hace dos días que no como?

—Entonces ya perdiste —le dijo el rey.

Le cortaron una nalga y lo encerraron en un calabozo.

Ya para entonces, el segundo hermano quería seguir al mayor:

—Abuela, tengo que ir también; mi hermano ya ha de estar trabajando.

—Pero, muchacho, ¿a dónde vas a ir? Tenemos para comer con este trabajo pequeño que hacemos.

—Aunque así sea, me tengo que ir.

—Está bien, ni modo.

Le prepararon su pequeño bastimento y se fue. Tiempo después llegó al lugar donde el camino se dividía en dos. Descansó para comer. En eso oyó el llanto de un niño.

Cuando se asomó a pedirle la señora con el niño, le dijo:

—Cómo voy a tener señora. Si no tengo para comer, menos para regalar.

—Está bien —dijo la señora y siguió su camino.

El muchacho se fue por el mismo sendero que su hermano. Cuando llegó a casa de la mama-abuela, ésta le preguntó qué andaba haciendo y él le contestó que andaba buscando trabajo.

—¿No sabes dónde hay trabajo?

—Sólo con el rey, ¿dónde más? Si quieres voy a preguntar.

—Está bien.

La abuela fue a casa del rey. Cuando llegó, le preguntó el portero:

—¿Quién es?

—Yo.

—¿Qué quieres?

—Pues vine a decir que llegó a mi casa un joven que anda buscando trabajo.

—Aquí hay trabajo, dile que venga. Hay de todo: chapear el jardín... bueno, de todo, hasta cuidar a un chiquito.

—Está bien —contestó la abuela y se regresó.

Llegó a su casa y le contó al muchacho lo que le habían dicho.

—Trabajo hay, muchacho —le dijo.

—Está bien, voy a ir a verlo.

El muchacho fue a casa del rey. Al llegar, le abrieron las puertas y pidió verlo.

—¿Qué te pasa, muchacho? —le preguntó el rey.

—Vengo a ver si hay trabajo.

—Hay de todo, hasta cuidar a un chiquito.

—Pues cuido al chiquito —dijo el muchacho, pensando que sería lo más fácil.

—Está bien —dijo el rey—. Pero eso sí, el que se molesta pierde.

—Está bien.

Al día siguiente, a la hora del desayuno le entregaron al chiquito. Cuando ya estaba la mesa servida, el niño dijo que quería ir al patio. Mandaron al muchacho con el chiquito al patio. Cuando regresó, los demás ya habían acabado de comer: no le habían dejado nada.

Lo mismo sucedió a la hora del almuerzo, e igual a la hora de la cena. A los dos días de no comer, lo vieron enojado.

—¿Estás enojado, joven? —le preguntó el rey.

—Pues, señor rey, ¿cómo no voy a estar enojado si hace dos días que no como nada?

—Entonces ya perdiste —dijo el rey. Mandó que le cortaran una nalga y que lo encerraran en la celda donde estaba su hermano.

Cuando lo metieron en la celda le preguntó asombrado:

—¿Aquí estás tú también?

—Pues ya somos dos.

Para entonces el tercer hermano también se preparaba.

—Pues, ma, tengo que ir también. Mis hermanos ya han de estar ganando dinero ahorita —le dijo a su abuelita.

—Pero, muchacho, ¿a dónde vas? ¿Van a dejarme sola?

—Pues no sé, pero me tengo que ir.

Le preparó su bastimiento y al otro día emprendió el viaje siguiendo el mismo rumbo que sus hermanos. Cuando llegó al punto donde el camino se dividía en dos, sintió hambre y se sentó a comer. En eso, oyó el llanto del niño, se acercó la señora con el niño en brazos y le dijo:

—Oye, joven, ¿tienes algo que regalarme para el niño?

—¡Cómo no! Hace rato lo preparé. Cuando oí el llanto pensé que tendría hambre, le preparé un atolito.

Cuando el niño acabó de comer, la mujer dijo:

—Sigue el camino por donde vas, joven, tienes suerte.

El muchacho fue por el camino que tomaron sus hermanos. Llegó a la entrada del pueblo y fue a casa de la viejita. La abuela le preguntó qué andaba haciendo y él le dijo que buscaba trabajo.

—¡Aaah! —dijo la abuelita —fíjate que vinieron dos muchachos parecidos a tí. Creo que son tus hermanos. El rey tiene trabajo, hay de todo.

—¿Quieres ver si tienen algo para mí?

—Claro que sí.

La viejita fue a casa del rey, y cuando llegó, dijo:

—Vine porque llegó a mi casa un muchacho que anda buscando trabajo.

—Mándalo, aquí hay trabajo.

La abuelita le dijo al muchacho que sí había trabajo y éste fue a casa del rey. Al llegar preguntó si había trabajo y le respondieron que sí.

—Hay tres clases de trabajo: chapear el jardín, chapear el huerto o cuidar al chiquito —le dijo el rey.

—Me quedo a cuidar al chiquito.

—Sólo una cosa te digo —dijo el rey—: el que se enoja, pierde.

—Está bien, rey, está bien.

Le entregaron al chiquito para que lo cuidara.

—Verás el modo de darle todo lo que quiera, de llevarlo a donde él quiera.

Al amanecer del día siguiente, el chiquito dijo que quería ir al patio cuando sirvieron el desayuno.

—Pues, joven, lleva al chiquito al patio.

El muchacho cargó la mesa con todo y comida, tomó al chiquito de la mano y lo llevó arrastrando al patio. Cuando llegó al patio, tiró al niño en un rincón y se sentó a desayunar. Cuando terminó su desayuno, tiró los trastes y la mesa; se regresó jalando al niño de las orejas.

Cuando llegó la hora del almuerzo y la mesa estaba servida, el chiquito dijo que quería ir al patio.

—Vamos, joven, vamos, ¡lleva al chiquito al patio!

El muchacho volvió a cargar la mesa y, arrastrando al chiquillo de los cabellos, salió al patio. Al llegar al fondo del terreno, aventó al niño y se sentó a comer. Cuando terminó, agarró al niño de las orejas y lo trajo arrastrando.

La reina le dijo al rey:

—Vas a ver lo que nos va a pesar. Creo que este muchacho nos va a matar al chiquillo.

—No le hace, nosotros le tenemos dadas las condiciones —dijo el rey.

—Lo que debes hacer es pasarlo al rancho, si no, nos va a matar al chiquito.

Al otro día el rey mandó llamar al muchacho y le dijo:

—Pues, joven, el chiquito ya creció; ahora vas a tener que ir a trabajar a mi hacienda, donde hay muchos esclavos.

—¿Estás molesto? —le preguntó el muchacho.

—No, no, sólo que ya creció el chiquito y te vas a pasar a la hacienda.

Al día siguiente lo llevaron a la hacienda. Vio que había de todo: fruta, miel, animales.

—¿Y, les dan miel para que coman? —les preguntó a los esclavos.

—No.

—Pues mañana traigan sus hachas para que corten los árboles donde está la miel y coman un poco —les dijo el muchacho.

Cuando amaneció, los esclavos fueron y cortaron los árboles donde estaba la miel y se amontonaron para comerla. En un día se acabaron toda la miel del rey. Cuando terminaron, el muchacho les dijo:

—Bueno, muchachos, como ustedes no pueden ver desde lejos al rey cuando viene, aunque suban muy alto, mañana vamos a tumbar los árboles para que el rey y la reina puedan verlos cuando vengan y ustedes a ellos.

—Está bien —dijeron los esclavos.

Al día siguiente los esclavos tiraron los árboles frutales del rey. El muchacho les preguntó:

—¿Les dan de comer carne?

—No —contestaron todos.

—Pues desde ahora todos los días comeremos res —y añadió—, mañana le enviaré un mensaje al rey para que venga.

Cuando el rey fue a la hacienda vio que desde el rancho podía verse su palacio.

—Ave María —dijo la reina—. ¿Ya viste lo que hizo? Te va a hacer enojar.

—No.

El muchacho le destruyó la hacienda para que se enojara y perdiera, pero el rey no se enojó.

—¿Sabes qué? —le dijo la reina—. ¿Te acuerdas del cenote aquel? Vamos a llevarlo a pasear allí y cuando se duerma lo tiramos al agua.

—¿Será? —dudaba el rey.

—Sí —contestó la reina.

El rey llamó al muchacho y le dijo:

—Mañana temprano ensillas tres caballos: uno para la reina, otro para mí y el tercero para ti.

Al otro día muy temprano, ya tenía listos los caballos, pero hizo lo contrario de lo que le habían ordenado: el caballo más bonito, que era para el rey, lo tomó él. Se quedó también con la silla más bonita. A la reina y el rey les dio caballo flacos. Cuando les entregó los caballos, el rey dijo:

—Éste no es el mío.

—Sí, ya lo sé, pero éste es el que voy a montar.

—Pero ése es el mío —dijo el rey.

—Pues es que yo lo voy a montar, ya te dije: si estás molesto, dímelo.

—No, eso no —dijo el rey.

—Pues vámonos —ordenó el muchacho.

Los caballos del rey y la reina iban adelante. Para que caminaran más rápido el muchacho les iba pegando y a veces les pegaba a los reyes.

—Muchacho, no me pegues —dijo el rey.

—¿Te estás molestando?

—No, eso no.

—Entonces sigan.

Ya casi se había ocultado el sol cuando llegaron hasta el cenote. Descansaron, comieron y, como estaba cansada, la reina se acostó a dormir. Cuando el muchacho oyó que roncaba, se levantó, cambió su ropa con la de la reina, también la hamaca. Al rato, hizo como que despertaba y le dijo al rey:

—Gran diablo, despierta, ya se durmió el muchacho.

—¿Ya?

—Ya —dijo el muchacho fingiendo la voz todo el tiempo.

Descolgaron la hamaca.

—Mécelo bien para que tome impulso —dijo el rey.

¡Pram! La echaron al cenote. Al rato de estar parados en la orilla, el muchacho le dice al rey:

—Señor rey, ya tiraste a tu esposa al agua.

—¡Pero muchacho!, ¿era mi esposa?

—Pues sí, mírala. ¿Estás enojado, rey?

—Pero, muchacho, ¿cómo no voy a estar enojado? Mira cuántas cosas me has hecho: casi matas a mi hijo, mataste mis reses, destruiste mi huerto y mis abejas, hiciste que echara a mi esposa al cenote. ¿Cómo no voy a estar enojado?

—¡Ah, pues ya perdiste, rey!

El rey le entregó sus propiedades al muchacho, dejó de ser rey. Cuando el muchacho llegó al palacio, comenzó a recorrerlo y llegó a la celda donde estaban sus hermanos.

—Pues, hombre, ¿están aquí?

—Aquí estamos, hermanito.

—¡Hum! No supieron hacerlo, salgan de ahí. De ahora en adelante esto es mío y de ustedes.

Narrado por Marcos Yaj Ek, Chuchub, Tixméhuac, Yucatán.

El rey y sus tres hijos

Mixe medio

Había una vez un rey que tenía tres hijos. Cuando fueron adultos, le dijeron a su padre que querían casarse; el rey le dio dinero a cada uno de ellos y se fueron los tres por el mismo camino. Después de caminar un largo trecho llegaron a un lugar donde el camino se dividía. El hermano menor tomó el camino de enmedio, el mayor, tomó el de la izquierda y el otro el de la derecha.

Los dos mayores encontraron esposa pronto; pero el menor lo único que encontró fue una rana, porque el camino que tomó bordeaba un río. Por eso se encontró a la rana, quien le habló:

—¿Que tienes? —le preguntó al verlo tan triste.

—Es que quiero casarme y no encuentro mujer.

—Aquí estoy yo —dijo la rana.

—¿Cómo voy a casarme contigo si eres apenas un animal?

La rana le pidió que la llevara con él y el muchacho se la llevó.

Para entonces, los otros dos hermanos ya lo estaban esperando donde se dividía el camino, cada cual con su mujer. Sorprendidos al ver que su hermano llegaba con una rana, se burlaron del menor:

—Ya te acabaste el dinero y no encontraste esposa —dijo el hermano mayor—. Cuando se entere papá, ¡te va a dar una tunda!

Cuando llegaron a su casa, los dos que traían esposa entraron a saludar al rey. Le dijeron que su hermano menor sólo traía una rana y que no se había presentado a saludarlo por vergüenza. Para agradecerle su ayuda, le llevaron fruta, comida, tortillas y muchos alimentos más. El rey ordenó que su hijo menor se presentara, para que le agradeciera de la misma manera la ayuda que le había dado.

El hijo menor no tenía tortillas, ni caldo, ni frutas. Le preguntó a la rana qué podía hacer.

—No te preocupes —dijo la rana—, busca una hoja de plátano, ve al nido de una gallina y llénala con estiércol de gallina.

Hizo todo lo que le dijo la rana, amarró muy bien su bulto y se lo llevó a la rana.

—Está bien así; ahora, llévalo hasta la puerta de la casa de tu padre. Una vez allí, pégale fuerte al bulto.

Fue y le pegó al bulto, tal y como le había dicho la rana. Al pegarle, se abrió la hoja y dejó ver gran cantidad de tortillas, caldos y fruta muy sabrosa que el muchacho tomó y entró a ofrecer a casa de su padre.

—Aquí te traigo esto —dijo el muchacho.

El rey comió todo lo que le trajo su hijo menor y todo le supo muy sabroso: las tortillas, el caldo, las frutas olorosas. Se comió todo. Lo que le habían traído los otros

hijos no lo había querido comer.

El rey ordenó a sus tres hijos que llevaran a sus esposas al día siguiente, porque las quería ver.

El menor regresó a su casa triste, cabizbajo. Llegando, le platicó a la rana lo sucedido.

—Llévame contigo —le dijo la rana.

—¿Cómo quieres que te lleve, si mi padre dijo que llevara a una esposa y tú eres apenas una pequeña rana?

—Sí, soy tu esposa —le contestó—, espera un poco y me verás. Primero cortaré una naranja.

Y la rana subió a cortar una naranja.

—Te vas a caer y te vas a matar —le dijo el muchacho.

—No me caigo.

La rana subió a lo más alto del árbol y cortó la naranja más grande que pudo encontrar.

—Pela la naranja y deja sólo la cáscara.

Y él hizo lo que le pidió la rana.

—Así está bien; ahora, méteme dentro de la cáscara —le dijo la rana.

El muchacho la metió dentro de la cáscara y la amarró bien.

—Ahora déjame aquí —dijo la rana—. Mañana cuando me lleves a la casa del rey, al llegar a su puerta, me pegas también. No temas, no moriré.

Y así lo hizo. Cuando llegó a la puerta de la casa de su padre le pegó a la cáscara de naranja. Se partió y salió la mujer más bella que pueda imaginarse. Entraron juntos a la casa del rey. El rey se puso muy contento, todo el día estuvo viendo a la esposa de su hijo. A los otros les dijo que sus esposas no eran tan bonitas como la de su

hermano. Y los regañó por haberlo engañado, diciéndole que su hermano había traído una rana por esposa.

Tres niños huérfanos

Tzeltal

Antiguamente, según cuenta la leyenda, hubo tres niños huérfanos que vivían con su abuelita. Los padres habían muerto; al quedarse solos con su abuelita, no podían conseguir alimentos. El mayor pensó ir a trabajar en una finca; pero su abuelita no le dio permiso.

—No te daré permiso. Puede suceder que te mueras algún día; y además, es muy lejos. Mejor quédate conmigo, pues las fincas están muy alejados y allá hay muchas enfermedades. Te puedes morir, me da mucha lástima —decía la abuelita.

Pero el niño no escuchó el consejo de su abuelita, buscó la forma de convencerla de ir al pueblo, no a una finca.

—Me quiero ir a un pueblo grande a buscar trabajo, quizá allí consiga alguno —le decía el niño a su abuelita.

—Si es así y como has de irte, cuida de no emborracharte. Qué mejor si puedes conseguirte un trabajo. Pero no vayas a tardar.

—Está bien, señora, voy a buscar trabajo, seguramente encontraré algo.

Le dieron el permiso y salió a buscar trabajo. El niño emprendió su viaje caminando entre serranías y montañas, pues el camino para llegar al pueblo grande era escarpado.

Era un largo camino el que tomó. Al salir de su casa estaba sano y se fue pasando, pasando por las montañas. Ya había caminado bastante cuando se topó con una casa en el camino hacia el pueblo. Llegó y saludó a la dueña:

—Con permiso, ¿me permite pasar, casera?

—Pase, ¿hasta dónde va usted? —le preguntó la dueña de la casa.

—Ando buscando trabajo, porque donde vivo no se consigue nada, no tenemos qué comer y tengo dos hermanitos y a mi abuelita, somos huérfanos —explicó el niño.

—¡Ah, qué bueno! ¿Hasta dónde vas? Ve con Dios, ¿sabes buscar tu trabajo? —le preguntó la casera viuda.

—No, no sé qué decir, pero llegando al pueblo creo que conseguiré trabajo, tal vez algún patrón me dé uno.

—Puedes ir así. Yo te voy a decir cómo debes pedir el trabajo para que te lo den, llegarás a repetir lo que te enseñaré.

—Está bien, haré lo que me diga, diré lo que usted me ordene.

—Es fácil, llegarás anunciando: “soy sastre pantalonero”. Eso llegarás diciendo.

—Está bien, así diré. Entonces, *casera marchante* —le dijo el niño en español a la mujer, nombrándola como se les dice los mestizos— ahí nos vemos; a ver si paso cuando regrese.

—Está bien, cuando regreses ven a avisarme si lograste obtener el trabajo.

—Sí, yo pasaré a avisarle.

Y salió de la casa, siguió caminando porque todavía estaba lejos el pueblo a donde tenía que llegar. Al llegar al pueblo, hizo lo que le habían recomendado; empezó a anunciar en el parque del pueblo grande:

—Soy sastre pantalonero, vine aquí a buscar trabajo —que así se anunciaba el niño.

El gran rey lo escuchó y le dijo a su mozo:

—Ve a ver quién está hablando, ve a ver qué es lo que quiere.

—Está bien —dijo el mozo.

El mozo salió a ver y encontró al niño anunciándose en el parque del pueblo grande.

—¿Quiere usted trabajo, o qué es lo que busca? ¿De dónde ha venido? —le pregunto el mozo.

—Vine de muy lejos.

—Ah, espérese un rato, a ver qué dice el patrón, a ver si le da trabajo.

—Está bien.

El mozo entró a la casa del rey y le dijo:

—Patrón, es un niño que está anunciando que es sastrero de pantalones: así llegó a decir.

—Bueno, ve a traerlo, yo le daré trabajo, que venga.

El mozo volvió a salir, para traer al niño.

—Si quieres tener trabajo, ven, aquí te lo van a dar.

—Ah, está bien.

El niño entró a la casa del patrón; es decir, a la casa del rey. Llegó ante el rey dispuesto a repetir lo que le habían recomendado que dijera.

—¿Qué es lo que sabes hacer?

—Sé costurar un poquito, pantalones y las ropas de las personas.

—¡Qué bueno! Te voy a dar trabajo —le dijo el rey.

El rey le dio trabajo al niño: —Me vas a hacer cien pantalones para mis soldados, los vas a terminar en una semana.

—Está bien, si eso es lo que necesita, yo le haré los pantalones.

—Dentro de una semana, cuando termines, podrás irte —dijo el rey.

—Está bien, haré los pantalones.

Así le dieron el trabajo al niño. Empezó a coser los pantalones y en una semana terminó su trabajo gracias al poder que le enviaron desde el cielo, pues se compadecieron de él.

El rey llegó a preguntarle:

—¿Ya terminó los pantalones que le encargué?

—Sí, ya terminé los pantalones, sólo estoy esperando mi paga.

—Está bien, ¿ya te vas a tu casa?, ten tu paga —le dijo el rey.

Y le dio su paga al niño; en un burro le dieron su paga: dos costales llenos de puro oro. Trajeron la paga del niño en dos costales.

—Ya puedes irte a tu casa —dijo el rey.

El niño salió jalando el burro venía para su casa, donde estaban sus dos hermanitos y su abuelita. Cuando venía de regreso volvió a pasar por la misma casa en la mitad del camino. Habló como la primera vez:

—*Marchante*, ya voy de regreso a mi casa, encontré el trabajo.

—¡Qué bueno! ¿Qué te dijo el rey? ¿Te dio el trabajo?

—Sí, sí me dio el trabajo, es por eso que ya voy de regreso a mi casa.

—No, antes tienes que pasar a comer tortillas, porque todos los viajeros pasan a comer aquí, siempre se ha hecho así —le dijo la viuda.

—No, no quiero comer —dijo el niño.

—Sí, a fuerza tienes que venir a comer, tu casa todavía está muy lejos, puedes morir de hambre. Ven a comer, así llegarás a tu casa con el estómago lleno y les dirás que encontraste trabajo.

—Pero es que no quiero comer, no me lo exija.

—Vas a aceptar lo que te ofrezco —le ordenó la dueña de la casa.

—Bueno, está bien entonces, entraré.

—Pero si no terminas de comerte lo que te voy a servir, me quedo con lo que traes allí. Si te terminas todo lo que te sirva, te llevas a tu casa todas tus cosas y te vas a quedar con todos mis bienes: mi casa, mi potrero y todo el ganado que tengo. Serán tuyos.

Así fue como el niño empezó a comer, comió tortillas. Pero no terminó de comerse todo, porque le dieron cien tortillas. Y como no pudo terminarse la comida, tuvo que dejar su carga, la paga por su trabajo que traía cargando el burro. Se quedó la viuda con todo lo que traía, se lo quitó. Cuando llegó a su casa mintió:

—Ya vine señora, no encontré trabajo, no había.

—Fuiste de balde, entonces, pues no encontraste trabajo. Mejor ni te hubieras ido —le dijo su abuela al niño.

—Entonces me iré yo, a ver si encuentro trabajo —empezó a decir el segundo niño.

—Pero, ¿cómo crees que vas a encontrar trabajo si tu hermano mayor no encontró? Si el que es más grande... tú también irás de balde —le dijo su abuelita.

—No, a fuerzas iré, lo quieras o no.

Y salió el segundo niño en busca de trabajo. También él pasó por la casa de la viuda a la mitad del camino.

—Con permiso, paso cerca de su casa, *marchante* —le dijo a la dueña de la casa.

—Pasa, ¿a dónde va? —le preguntó la viuda.

—Ando buscando trabajo.

—Ah, qué bueno, ¿sabes buscar trabajo? —le preguntó la viuda.

—Sí, sí sé buscar mi trabajo.

—Si no sabes, te voy a aconsejar cómo hacerlo. Vas a llegar ante el rey y a decir: “Soy zapatero” —le aconsejó la viuda—. Así llegarás diciendo al pueblo, así conocerán que eres zapatero.

—Está bien, llegaré a decir eso —contestó el niño.

Cuando la viuda terminó de aconsejarle, el niño salió despidiéndose:

—Está bien *marchante*, cuando regrese volveré para saludarla si vengo por el mismo camino.

—Pero si no hay otro camino por dónde ir, siempre siempre tienes que tomar éste. Pasa a avisarme si lograste el trabajo para que yo sepa.

—Está bien, pasaré de regreso —contestó el segundo niño.

Se fue al pueblo grande y llegó diciendo lo que le habían aconsejado:

—Yo soy zapatero —llegó anunciando al pueblo.

Otra vez le escuchó el patrón.

—Ve a ver que es lo que están anunciando —le ordenó nuevamente el rey a su mozo.

—Bueno, iré a ver qué es lo que quiere.

Y vio que es otra vez un niño anunciándose en el parque, buscando trabajo.

—¿Qué quieres niño? ¿Qué sabes hacer? —preguntó el mozo al niño.

—Sé hacer trabajos, cualquier tipo de trabajo.

—Ah, bueno, espera un momento, voy a preguntar si pueden darte trabajo, yo creo que el rey sí te va a dar algo.

Entró el criado del rey a la casa de su patrón. Llegó a decirle:

—Patrón, es otro niño que busca trabajo; dice que es zapatero.

—Ah, bueno, tráelo, que entre; a ver si es cierto que sabe trabajar.

El mozo salió e hizo entrar al niño.

—Ven, entra conmigo. Si sabes trabajar, el rey te dará qué hacer.

—Está bien.

Y entraron. Al llegar ante el rey el niño dijo:

—Patrón, aquí estoy, ¿tiene trabajo para mí?

—Ah, ¿qué sabes hacer?

—Solamente sé hacer zapatos.

—Bueno. Me vas a hacer cien pares en una semana. Pero tienen que quedar listos en ese tiempo.

—Bueno, si quieres los zapatos de tus soldados en una semana, en una semana los tendrás.

—Está bien, vendré a verte al cabo de una semana; vas a hacerme lo que te encargue, te dejo los materiales.

Así, el niño empezó a hacer los zapatos. Al cabo de una semana, con la ayuda de Dios, había terminado los cien pares. Llegó el rey:

—¿Ya terminaste los zapatos? Espero que estén listos.

—Señor rey, mi trabajo está terminado, solamente estoy esperando mi paga.

—Está bien; aquí traigo tu paga: son dos costales llenos de monedas de oro puro que te vas a llevar. Vas a llevarte jalando este burro, allí va tu paga.

—Está bien, me lo llevaré entonces.

Y salió del pueblo grande jalando el burro. Regresó a su casa.

Nuevamente pasó frente a la casa de la señora que vivía a la mitad del camino y saludó:

—Marchante, ya voy de regreso a mi casa; encontré el trabajo y ahora paso a avisarte.

—Ah, bueno, qué bueno que encontraste el trabajo, que ya vas de regreso. Entra a comer, tu casa queda lejos todavía; a fuerza tienes que comer para no morir de hambre en el camino.

—Pero yo no quiero comer, no traigo hambre. Puedo esperarme hasta llegar, quiero llegar a mi casa, ver a mi abuelita y a mis hermanos que me están esperando.

—No, a fuerza tienes que comer en mi casa, quieras o no; todos los viajeros que van a buscar trabajo en el pueblo grande tienen que comer por fuerza en mi casa, ésa es la costumbre.

—Ah, bueno, entonces así haré. Si me vas a dar mi comida, la acepto, está bien.

—Pero eso sí, tienes que terminarte de comer todo lo que te sirva. Si no te lo acabas, pierdes: ése es el trato. Si ganas, puedes quedarte con todo lo que tengo: mi casa, mi potrero, mi ganado. Si no te acabas la comida, me quedaré con los dos costales de oro y con el burro que traes contigo —le advirtió la viuda que vivía en la mitad del camino.

—Está bien, haré la prueba a ver si puedo terminarme tu comida.

Pero como no logró terminarse la comida que le sirvieron, allí se quedó el burro con los costales de oro que traía cargando.

Llegó a la casa de su abuelita diciendo:

—Abuelita, ya vine, tampoco encontré trabajo. Es cierto lo que dijo mi hermano mayor, no hay trabajo.

—Ah, te había dicho que no fueras, que no ibas a conseguir nada; fuiste solamente a perder el tiempo.

El hermano menor, el *k'oxito*, empezó a decir:

—Ahora iré yo a busca trabajo, a ver si encuentro; puede ser que encuentre uno, puede ser que no encuentre nada —así insistía el más pequeño ante su abuela y sus hermanos mayores.

—¿Cómo crees que vas a encontrar trabajo? Tus hermanos grandes no encontraron, menos tú que eres el más pequeñito —le decía la pobre anciana.

—Aunque no me des permiso, yo iré; veré si logro trabajar.

Y así el *k'oxito* salió a buscar trabajo. A medio camino, también saludó:

—Con permiso señora, voy a pasar por su casa.

—Pasa, ¿adónde vas? —le preguntó la viuda.

—Pues nada, ando buscando trabajo.

—Ah, bueno, ¿sabes buscar trabajo?

—Sí, sí sé buscarlo.

—Yo te diré lo que debes llegar a decir; eso dirás cuando llegues. Así será como conseguirás el trabajo.

—¿Qué es lo que debo decir?

—No es difícil, dirás: “soy *amonero*”. Eso dirás y el rey te dará trabajo de inmediato.

—Está bien, diré lo que me recomiendas.

—Si logras el trabajo, debes pasar a avisarme.

—Está bien, a la hora que regrese pasaré.

El niño salió y fue también al pueblo grande. Cuando llegó anunció tal y como le habían aconsejado:

—Yo soy *amonero*.

El rey nuevamente escuchó.

—Muchacho, vaya a ver qué es lo que anuncia el que está en el patio, pregunte qué cosa quiere.

—Está bien, iré a ver —contestó el mozo.

Salió al patio a averiguar qué estaban anunciando. Volvió diciendo:

—Patrón, patrón, es un muchacho buscando trabajo; está anunciando que es *amonero*.

—Ah, ve a traerlo, le daré trabajo.

—Está bien.

Salió a buscarlo para llevarlo ante el rey, para ver si le daban trabajo.

—Ven, si quieres trabajo el señor rey te dará trabajo.

—Está bien —respondió el *k'oxito*.

Entró a la casa del rey. En cuanto llegó preguntó:

—Señor rey, ¿cuál es el trabajo que me va a dar? Puedo hacer toda clase de trabajos.

—Está bien. Lo que quiero es que me hagas mi guardia, vas a hacer cien soldados.

—Señor rey, ¿cómo cree que pueda hacerle cien soldados? No sé cómo hacerlos.

—¿Qué no decías que eras *amonero*? Entonces es fácil. Vas a hacer cien soldados en una semana. Te voy a entregar cien doncellas para que cumplas con mi encargo; quiero los cien soldados en una semana.

—Bueno, está bien, acepto.

Así entonces le entregaron cien doncellas al *k'oxito* y estuvo con ellas una semana. Con la ayuda del cielo, ese chiquito logró tener listos a los cien soldados en una semana. Al terminar la semana vino el señor rey a preguntarle si estaba listo el trabajo.

—¿Terminaste lo que te encomendé?

—Sí, ya está, aquí los tengo; solamente estoy esperando mi paga.

—Está bien, ten este burro con dos costales de oro, esa es tu paga. Lo llevarás jalando a tu casa.

—Está bien, señor.

Salió el niño de ese pueblo grande jalando el burro con la pesada carga de oro puro. Igual que sus hermanos, llegó a avisar a la viuda que vivía en la casa que estaba a medio camino.

—Voy a pasar por tu casa, marchante, voy de regreso a mi casa.

—Está bien, ¿encontraste trabajo?

—Sí, encontré. Ya voy de regreso, me estoy muriendo de ganas de llegar a mi casa y saludar a mi abuelita y mis dos hermanos.

—Ah, bueno, pero tienes que pasar a comer a mi casa, seguro que traes hambre, y tu casa todavía está lejos; puedes morirte de hambre de repente, porque ya no hay otras casas. Mejor ven a comer.

—No, no quiero comer, debo seguir mi camino para llegar temprano a mi casa.

—No, tienes que obedecer lo que te digo, tienes que entrar a comer —dijo la viuda—. Tienes que acabarte lo que te voy a servir: tienes que comer cien gallinas enteras y tortillas. Voy a querer que te lo termines todo.

—Pero, ¿cómo cree que voy a poder comer todo eso?

—Si no te lo comes, me quedará con tus cosas, me darás toda tu paga. Si te lo acabas, te quedarás con mi casa, con todos mis terrenos y mi potrero, con todo mi ganado.

—Ah, está bien, entonces acepto lo que propones.

Entró en la casa y le pusieron cien gallinas en la mesa. Empezó a comer la carne y se la terminó. Se estiraba la piel de la barriga y era como si sus cien hijos comieran por él.

—Yo quería todavía más; déme más, ya me terminé lo que me sirvió; pásame más comida.

Cuando la viuda vio que había terminado todo, se escapó pues ya no había ni carne ni tortillas.

El niño se quedó con el rancho grande de la viuda, porque pudo comerse tantas gallinas y tantas tortillas. En sus manos quedó el ganado, el potrero y la casa en medio del camino.

El *k'oxito* le ganó a la viuda porque los cien hijos que tuvo vinieron a comer con su papá.

Vio que allí estaban dos burros y cuatro costales de oro, que eran las pagas de sus hermanos. Se apoderó de la casa grande, dejó allí amarrado a su burro y se fue a traer a su abuelita y a sus hermanos mayores para que vivieran en la nueva casa que le había ganado a la viuda.

—Señora abuelita, ya vine. Ya se acabó la miseria, ya se acabó la tristeza. Ya tenemos casa grande, ya tenemos potrero, ya tenemos bastante ganado y además ya recuperé la paga del trabajo de mis hermanos. Allí está todo, en la casa a medio camino. Son puras falsedades que no hubieran encontrado trabajo. Dejaron su dinero en casa de la viuda, en la casa de la mitad del camino.

Ahora viviremos en esa casa grande, viviremos juntos, sin ninguna dificultad.

La abuelita y los dos hermanos grandes se pusieron muy felices de saber que había salido de una trampa tan difícil, el *k'oxito* fue el más listo.

Así terminó la historia de los tres niños huérfanos y su abuela. Así fueron a vivir en el rancho grande que el *k'oxito* había ganado.

Otros cuentos

Juan Oso es engendro de mujer y de oso —también puede serlo de mujer con mono, demonio, sombrero, tigre— y en él se emborronan las fronteras entre lo animal y lo humano. El relato es originario de Europa y se cuenta en muchas lenguas mexicanas. Juan Oso es una historia muy difundida en el folclor universal; en España, el relato de Juancillo el oso suele unirse con Juan el Fornido —cuyo padre es un ladrón, no un animal.

La mujer y el chango

Náhuatl

En un pueblito vivía un señor que tenía su hija señorita. Un día, al ir a dar de comer a los trabajadores, la alcanzó un chango a medio camino. El chango la agarró, se la robó y la llevó dentro de la cueva donde vivía. Cerró bien la puerta con una gran piedra que a duras penas movía para entrar y salir.

La mujer estuvo allí, viviendo con él y le tuvo un niño; conforme iba creciendo, la madrecita contaba al niño lo que había ocurrido. Un día le dijo quién era su abuelo.

—Cuando sea hombre, podré abrir y cargarte. Iremos a ver a tu padrecito —le decía el chamaco.

Pasó un tiempo, el niño se hizo joven y una vez, cuando no estaba el chango, abrió la puerta, cargó a su madre y se la llevó al pueblito.

Al llegar, ella le mostró a su padrecito su nietecito y le explicó cómo se la había robado el chango. Su padrecito la perdonó y pensó: “Ahora mi nieto se educara.”

Lo anotó en la escuela pero los alumnos le hacían muchas groserías: le arrancaban el pelo, le jugaban la cola, pero él no decía nada, pues así le habían recomendado su madre y su abuelo. Pero un día no se aguantó y se peleó con ellos: mató a diez alumnos. El maestro se enojó y lo acusó con las autoridades; llamaron a su abuelito y lo borraron de la escuela.

Como el abuelo quería que se educara, lo mandó con un sacerdote. Éste tampoco lo soportó. Pensó: “Lo voy a mandar al monte para que se lo coman las fieras. Le escribiré al demonio para que se lo coma, así estaremos con el corazón tranquilo y ahí terminará este hombre.”

Así lo hizo. Un día escribió un papel y se lo dio en la mano recomendándole:

—Ve al bosque y le entregas este papelito al primero que encuentres, ahí te dirán a dónde debes ir.

Como el muchacho no sabía leer, vio el papel y no supo lo que decía. Llegó al bosque, se encontró con el demonio y le entregó el recado. Al terminar de leerlo, el diablo le preguntó:

—¿Sabes lo que dice aquí?

—No.

—Te lo diré: aquí me ordenan que te coma.

—¿Tú me vas a comer? No te creo.

Al decir esto sacó una cadena, amarró al diablo y se lo llevó jalando. Lo llevó junto al sacerdote, que estaba a media iglesia.

Al ver al demonio el sacerdote se espantó muy fuerte y agarró agua bendita, copal y un sahumerio; puso el copal en el sahumerio y al prenderlo se quemaron los tres, allí se hicieron ceniza.

Narrado por Fidel Mayahua Tequihuahtli, Mixtla de Altamirano, Veracruz.

Otro cuento frecuente es aquel donde alguien escucha un secreto oculto arriba de un árbol y así el conocimiento, la riqueza y la sabiduría son robados al bosque, al monte silvestre o a sus habitantes. Se descubre accidentalmente; quienes lo revelan son una fiera y sus cachorro, una asamblea de animales o los salvajes o *salvajos*. Ellos saben por qué el agua no brota en un pueblo o por qué un rey o princesa no sanan, y lo dicen sin saber que alguien los escucha. Se recopiló también una versión mixe, donde los animales muestran pesar por no poder ayudar a la gente, pues los humanos tienen miedo a las fieras y no las dejan acercarse. El que escuchó a los animales de la versión mixteca, cava donde dijeron que había agua y saca el sapo del lugar donde duerme el enfermo. Es recompensado con grandes riquezas o se casa con la hija del rey, con grandes banquetes y fiestas.

El que halló su suerte arriba de un árbol

Mixteco

Así le pasó hace tiempo a un hombre pobre, hace mucho tiempo; él era muy pobre, pero tenía un hermano que era un poco rico. Iba a la casa de su hermano; muchos días fue, hasta que lo fastidió.

—Ya viene otra vez ese viejo, mi hermano; todos los días llega. Hablo con él, le digo que trabaje y no quiere. Tengo mis animales en el monte, podría cuidarlos; hay leña en el cerro, podría traerla; hay agua, podría acarrearla. Pero no, nomás viene a sentarse para que le regalemos tantita comida y se va —se quejaba el hombre rico con su mujer.

Como ya habían hablado así, cuando el pobre llegó le dijo:

—Hermano, ¿por qué eres así? Pobres de tus hijos; ¿qué van a comer? ¿Qué va a ser de tu mujer? Trabaja, siembra tantito, busca qué hacer. Agarra un arado y haz tu milpa, para vivir con tus hijos.

—¿Qué sí, hermano? Entonces iré a buscar trabajo —dijo triste el hermano pobre.

Ya ni tortillas le dieron, sólo palabras y regaños. Se fue, llegó llorando con su mujer. La pobre buscaba en la bolsa, a ver si su marido traía las sobras de la casa del cuñado rico.

No traía comida como en días anteriores, sólo lágrimas. No podía contentar a su mujer ni a sus hijos como días antes, pues nada le había dado su hermano sino el consejo de que trabajara. Le dijo a su mujer:

—Ahora sí, iré a la montaña grande a buscar ocotes; aunque sea eso venderé casa por casa y ganaré para tortillas.

—Está bien. Si vas a traer leña, cuídate mucho, no vayas a cortarte los pies. Encomiéndate a Dios en el camino, pues no llevarás ni una tortilla. Igual quedaremos nosotros: sin nada.

El hombre agarró su mecate, agarró su hacha y se fue. Llegó a un cerro, a una montaña donde había ocote, a una ocotera grande, allá en la sierra. Miraba y miraba por todas partes. Cortaba éste, cortaba aquél, cortaba uno, cortaba otro: no servía ese ocote, estaba blanquizco. Y como de por sí era flojo, y como además tenía hambre y

sed, se quedó dormido allá en la montaña. Estuvo acostado un buen rato; cuando despertó, el sol ya no era sino un pedacito rojo en el poniente. Pensó: “Está bien, ya no regresaré, aquí dormiré. Mañana busco ocote del bueno, para que valga la pena”.

Estaban allí varios árboles. Miró, escogió uno donde dormir para que no viniera el tigre a llevárselo, pues estaba en la montaña grande. Encontró un árbol y se subió. Cortó dos o tres ramas y allí las tendió. Allí arriba se quedó; ya estaba oscureciendo.

“Aquí dormiré para que no me coman las fieras. Aquí arriba estoy bien, no podrán subir”, pensaba.

Allí estaba. Dieron las diez, dieron las once. Estaba en silencio la montaña cuando vio aparecer una lucecita. Por allí venía, se acercaba, aparecía, se iba haciendo más grande.

“¿Quiénes serán los que vienen alumbrando?”. La luz se tapaba y volvía a aparecer. Y así, así venía ya cerca, se acercaba más. “¿De quién será esa lumbre?”, pensaba el hombre sobre el árbol. Mientras más se acercaba, más se escondía en su rama. Se veía más cerca, más cerca, hasta que esa lumbre llegó al pie del árbol donde estaba escondido.

Era una multitud, eran muchos salvajes, gente de monte. Tenían los dientes largos y no se sabía qué gente eran; tal vez los que vivieron hace mucho tiempo. Traían un muerto tendido y venían cargándolo. Quién sabe de dónde lo sacarían, pero llegaron hasta el pie del árbol, donde juntaron sus antorchas.

Llegaron muchachos, llegaron muchachas, llegaron los mayores y llegaron los viejitos: pura gente del monte. Rodearon al muerto y le quitaron las piernas, le quitaron los brazos, le quitaron la cabeza y todo lo echaron a la lumbre. El fuego chisporroteaba, y al hombre que estaba arriba, mirando lo que pasaba al pie del árbol, más miedo le daba.

Todavía no se asaba el muerto y así se lo comían, nomás sancochado. Allí lo comían: los que comían la cabeza, los que comían las manos, los que comían las tripas, los que comían el hígado, los que comían el estómago, los que comían el cuerpo. Todos estaban al pie del árbol, ensangrentada la boca, pues la carne no estaba bien cocida;

sancochada se la comían y se les manchaba la boca. Se acabaron todo. Chuparon los huesos de la cabeza y chuparon los huesos de los pies, los huesos de las canillas y los sesos. Hasta que acabaron con todo.

Querían más carne. Estaban allí sentados, mondándose los dientes; se sacaban los pedazos de nervio de entre los dientes y se los comían. El que estaba arriba nomás miraba. Fueron quedándose dormidos. Uno de los muchachos empezó:

—Abuelo...

—¿Qué, hijo?

—Platica un cuento antes de dormirnos. Se durmió mi abuela, se durmió mi madre, se durmió mi hermana. Que se despierten todos; platícanos un cuento.

—Recuerda, muchacho, no voy a platicar nada porque puede andar por allí alguna persona. Puede escuchar mi plática y robarme lo que voy a decir. Lo que platico es muy valioso, no como quiera lo divulgo; es algo muy apreciado, pues si no supiera todo lo que sé, no podríamos vivir —decía el viejo, el abuelo montaraz, el mayor de quienes andan y duermen en el monte, de los que se comen a las personas, de quienes viven en las cuevas.

—Ándale, abuelo, no hay nadie aquí en el monte. ¿Quién va a salir, si aquí no vive nadie? No hay nadie; hace rato que llegamos y no hemos visto gente. Platícanos, abuelo.

—Platícanos —insistían otros.

Otros se despertaron y dijeron:

—Platícanos, si no, no podremos volver a dormirnos.

—Si hubiéramos traído al perro, podría olfatear y estaríamos seguros de que no hay nadie. Pero no vino. Me parece que huelo algo; me parece que huele.

—No hay nada, abuelo. Mañana traemos al perro con nosotros; platícanos ahorita. ¿Para qué tanta precaución?

—No hay nadie que pueda escucharnos —insistían los muchachos, sus nietos.

—Está bien, pues. Guarden silencio, les voy a contar lo que sucede en un pueblo.

—Fíjense, va a hablar nuestro abuelo; lo hace muy bien —dijeron los muchachos. Y despertaron a todos los que estaban bajo el árbol.

—Escuchen muchachos, voy a contarles lo que sucede en un pueblo. Nosotros estamos aquí, comimos muy bien y aquí nos quedamos sentados, muy bien. Si queremos tomar agua, allá abajo nomás está; podemos tomarla ahora mismo. Pero en ese pueblo no hay agua, es un pueblo muy pobre. Para traer agua deben caminar dos días para llegar hasta donde está y otros dos días para regresar. Y sin embargo, tienen el agua cerca; en el patio mismo de la comisaría tienen agua. Si pudiéramos, sacaríamos el agua y nos volveríamos ricos, pero no es posible, nos pueden matar. Si nos apareciéramos, no querrían ni vernos.

—Aquí escondidos en la montaña estamos bien. A veces llega alguna persona o dos y aquí nos las comemos, aquí estamos bien: hay qué comer, hay agua para beber. ¿Qué te preocupa ir a ver a esa gente? ¿Qué importa si en ese pueblo no hay agua?

—¿Y cómo puede saberse dónde está el agua? —preguntó otro.

—No es difícil. Si tuviera que sacarla le diría a la gente dónde está. Les diría que puede sacarse el agua y les ordenaría: traigan barretas y palas, escarben aquí. Y cuando las trajeran, ellos mismos escarbarían, escarbarían, escarbarían hasta topar con una piedra negra, que es la que está encima. Sacarían esa piedra negra, y al rato de escarbar aparecería una piedra verde; también la sacarían. Al rato de escarbar encontrarían una piedra blanca, y también la sacarían. Escarbando y escarbando toparían con una piedra azul. Al sacarla y escarbar otro poco aparecería una piedra roja y allí mero, en la piedra roja, allí está el agua. Pero si levantaran la piedra roja no podrían tomar el agua, muchachos; sale tanta, que no la aguantarían. Si levantaran la piedra roja, tendrían que salir rápidamente del pozo para no ahogarse. En un momento el pueblo se inundaría. Ese pueblo sería de riego; hay mucha agua en el patio del municipio, en el centro de ese pueblo que llaman Pueblo Seco —eso contaba el abuelo de la montaña a sus nietos.

El hombre que estaba arriba del árbol oyó todo lo que platicaban; en silencio oía, escuchaba con atención para acordarse. El abuelo acabó de platicarles la historia y ordenó:

—Y ahora, duérmanse muchachos, duérmanse. Ya es hora de descansar.

—No, abuelo, platícanos más.

—No, ya no les voy a contar nada. ¿Qué tal si anda alguien por allí? Se perdería lo que cuento. No estoy a gusto, siento que alguien anda por allí. Que así se quede; mañana platicaré más; vendrá el perro. Duérmanse, mañana nos levantaremos a buscar qué comer. ¿Dónde encontraremos?

Las mujeres se durmieron. Roncaban. Dormía su boca, dormían sus orejas, dormía su nariz, dormía todo su cuerpo.

El de arriba estaba esperando, esperando, esperando. Allí estaba, miedoso. Se durmió el viejo abuelo salvaje y se durmieron los muchachos montaraces. Él escuchaba: se dormían sus bocas y dormían sus oídos. Todos alborotados se movían; llena de sueño estaba la ladera.

Muy despacito, muy despacito, muy despacito llegó hasta el pie del árbol. Pisaba en los huecos, entre los salvajes. Iba con cuidado, pisando, pisando, hasta que salió.

Ya había escuchado esa plática, y allí mismo tomó el rumbo de aquel pueblo. Llegó con el rocío de la madrugada al lugar donde no tenían agua.

—¿Qué no tendrá usted un poco de agua para que beba? —le preguntó a un hombre.

—¡Ay, Dios! Señor, aquí no hay agua. Tardamos dos días para llegar hasta donde brota y dos días para regresar. Cuatro días nos toma tenerla. Algunos burros se cansan en el camino; algunos cántaros se quiebran. ¡Ése es nuestro sufrimiento aquí!

—No tengan cuidado; denme un poco para que beba. Yo sé dónde puede brotar agua, aquí en el pueblo. En un ratito la encontraremos. Junten barretas, palas y machetes. Traigan todo y sacaré agua aquí en su pueblo, ahorita mismo.

—¿De veras, señor?

—¡Cómo va a poder obtener agua ese tonto! —decían otros.

Repicaron la campana, hicieron junta y llegaron todos hasta la puerta del municipio.

—¿Quién tiene agua para que beba este hombre? ¿Alguien tiene una poquita que le regale? Dice que él sacará agua, que pronto tendremos mucha.

—Jmm. ¿Y de dónde la sacará, hermanos? ¿Qué parece saca-aguas? Ni Dios ni el cura que ha venido a celebrar misa para pedir agua han logrado sacarla. Ni los ingenieros que vinieron; ni el licenciado. Nadie pudo sacar agua; dinero era lo que nos sacaron, y luego se fueron. ¡Menos este pobre que anda pidiendo limosna!

—Alguno hágale ese favor: tráiganle tantita agüita para que tome. ¿Qué nadie tiene un poquito? A lo mejor puede, habla muy bien; dice que no tardará, que el agua brotará pronto, que para mediodía ya la veremos.

Fueron a traer una jícara de agua y el pobre bebió. Se le alegró la boca. Se limpió y empezó a ordenar.

—Recuerden: llamen a todos los del pueblo, que traigan palas, que traigan barretas, que vengan. Aquí mero vamos a escarbar. Pero apúrense, que yo solamente voy de paso.

Llamaron a los demás.

—Vamos a escarbar; tal vez salga cierto lo que dice este pobre. Hagamos lo que dice, a lo mejor resulta.

Empezaron escarbar y escarbar un pozo grande. Iban escarbando y escarbando porque así ordenó el pobre que llegó pidiendo agua que beber.

—Hagan grande la boca del pozo, para que puedan sacar la tierra hacia arriba. Si se hace angosta, no podrán sacarla.

Hicieron el pozo muy ancho. Escarbando, escarbando, apareció una piedra negra; el pobre se puso muy contento, pues ya estaba amenazado:

—Si sacas agua, vivirás; si no encuentras nada, morirás.

Tenía miedo; ¡por eso se alegró cuando vio la piedra negra!

—Escarben otro poco, miren más abajo.

Apareció otra piedra, verde. Más contento se puso el pobre. Y luego, una piedra blanca; y otra piedra azul; tal y como lo había dicho el viejo salvaje aquel, así sucedía. Apareció la piedra roja. Abajo de esa piedra estaba el agua; exactamente como había contado el viejo del monte, apareció todo, hasta la piedra roja.

—Estén listos, rápido. Deben tender una reata, para que no se ahoguen los de abajo.

Colgaron las reatas y levantaron la piedra roja. Allí venía el agua, ya brotó: no era poca; venía, venía a chorros el agua al salir. El último que salió, ya venía bien mojado.

Se formó un río y el pueblo se inundó. ¿Cómo iba a aguantar tanta agua? Otra vez empezaron a tener miedo; de repente podían caerse todas las casas. Hicieron zanjas para que corriera el agua y se fuera. Ya había empezado a inundar las casas, el juzgado, la iglesia.

Se repartieron: unos abrirían zanjas frente al juzgado, otros frente a la iglesia, otros entre las casas. Ya tapaban allí, ya tapaban allá. Se encauzó el agua, hicieron un canal grande. Y así lograron su suerte, lograron su agua, tuvieron cosas buenas. Llamaron al pobre, lo abrazaron, lo trataron bien, le ofrecieron flores y velas:

—Aquí vino Nuestro Señor en persona. Había intentado el sacerdote; había intentado el ingeniero; había intentado el licenciado, y ninguno logró conseguirnos agua. Eran engañadores, eran mañosos. Creíamos que este pobre también nos engañaría y no fue así. ¡Llegó Nuestro Señor, vengan con flores, vengan con velas! ¡Traigan al sacerdote, que venga a celebrar una misa para Nuestro Señor que ha llegado! Ni siquiera sabemos su nombre, pero le llamaremos Nuestro Señor.

Trajeron al cura para que lo bendijera, para que le celebrara su misa.

—¿Cuánto vas a cobrar? —le preguntaron.

—Si me quieren pagar, entreguen en mis pobres manos dinero, burros, vacas, mulas, caballos, chivos, borregos, marranos, gallinas y ropa. Eso es lo que me pueden dar.

Cumplieron. Juntaron un rancho de chivos, uno de ganado, mulas, caballos y burros. ¡Dónde iba a poder llevar tantos animales!

—¿De dónde llegaste? Vamos a ir a dejarte hasta allá con tus animales. ¿De dónde viniste?

—Por acá vine. Tal y tal es mi pueblo.

El día que regresó a su casa, cuarenta o sesenta mozos llevaban los animales, ranchos grandes. A los ocho días regresó con su mujer; ya era rico, fue hombre de suerte. Llorosa se puso su mujer de momento. ¡Ya eran gente de suerte, gente rica! Se hicieron de animales y de cosas buenas en un momento. Tuvieron su casa.

El hermano que antes lo había despreciado, lo vio llegar.

—¿Ya llegaste, hermano?

—Llegué.

—¿Son tuyos todos estos animales? Llegaron a tu terreno, los vi venir; por allá mentaban tu nombre.

—Sí, son míos, a mí me mientan, son mis animales.

—Pues, ¿adónde fuiste, hermano? ¿No estaría bueno que me contaras para que yo también vaya?

—Ah, hermano, mejor así quédate; tienes qué comer y comes bien; ya no le busques, no sabes lo que me pasó. No pienses en eso, no busques problemas.

—¡No, hermano! Pláticame, ¡pobre de mí! Quiero estar como tú, hasta que quedemos parejos, hasta que tengamos lo mismo.

—No, no se puede. No voy a decirte. Tú vives bien, no tenemos por qué tener lo mismo; lo que tienes te alcanza para comer; ya no pienses en eso, pues lo que me pasó

fue muy especial. Discúlpame y no pienses más en todo esto.

—No, hermano, pláticame. ¡Pobre de mí!

Y se hincaba ante el otro, el que había sido pobre, el que antes había despreciado: ahora se le hincó.

—Pláticame, ¡pobre de mí! Hasta donde has llegado, quiero llegar yo; quiero tener tanto como tienes tú.

Así insistía todos los días: hoy, mañana, todos los días. A la semana convenció a su hermano, quien le platicó:

—Está bien, vete, vete. Llévate tu hacha, llévate tu machete, llévate tu reata y vete al monte a buscar leña, ocote.

—Pero no sé dónde mero estuviste, ¿por qué no me acompañas?

El hermano no quería ir; contra su voluntad fue a enseñarle el lugar.

—Estuve en la rama de ese árbol. No voy a decirte nada más. Cuando se meta el sol, súbete a la rama de ese árbol.

Se despidieron y el otro se regresó en su mula, porque ya no andaba a pie, ya era hombre de zapatos; de momento se había vuelto rico. Su hermano se quedó allí arriba del árbol y él regresó a su casa a dormirse.

El otro se quedó en la montaña, arriba de aquel árbol. Dicen que a medianoche vio aparecer una gran luz que venía. Se tapaba y aparecía; a veces se perdía y a veces aparecía; a veces se veía y a veces desaparecía. Se acercaba.

Al llegar al pie del árbol, la luz se detuvo. Eran los salvajes. ¡Así de grande era el muerto que traían tendido! Empezaron a hacerle lumbre, como la vez anterior: echaron troncos grandes al fuego.

—Que se ase —decían.

Pusieron allí junto la carne, y apenas empezó a entibiarse, se empezaron a comer al muerto. Masticaban los huesos de la cabeza, los huesos de las canillas, los huesos de los brazos. Se comieron los tuétanos, todo se lo comieron hasta acabar con él.

Allí se quedaron sentados los salvajes, sacándose lo que se les había atorado entre los dientes.

Grandotas eran las mujeres, enormes sus colmillos: hasta el cuello les llegaban los colmillos de arriba, hasta la frente les llegaban los colmillos de abajo. No sabemos qué gente era esa; tal vez era gente que huyó en tiempos antiguos al monte. Eran salvajes.

Acabaron de comer y allí se quedaron sentados. Otra vez empezó un chamaco:

—Abuelo, pláticanos un cuento; pláticanos algo ahora. Pero no nos platiques lo mismo que la vez pasada, pláticanos otra cosa. Cuéntanos otra cosa.

—¡Van a ver, muchachos! ¿Por qué me dicen que platique? Lo mismo hicieron la vez pasada, yo platiqué y alguien me oyó. No estuvo bien: apareció el agua y yo no quería que se supiera. Pero ustedes de por sí son exigentes. Coman y quédense tranquilos: tenemos buena comida, agua para beber. Estamos bien en la montaña, tenemos todo, nada nos falta. Ya comieron, ya acabaron y ahora me exigen que platique. ¡No lo haré!

—Platica, abuelo, pláticanos. Hoy sí vino el perro.

—¡De veras! Vino el perro, muchachos. Está bien, entonces. Perro, ¡ven acá!

El perro se acercó. Era gente-salvaje ese perro; se veía igual que ellos; también era gente, pero cuidaba y olfateaba. Tenía los dientes bien grandes ese perro.

—Ven, vete a dar una vuelta. Olfatea, fíjate si hay alguien, para que pueda platicar. Después dormiremos.

El animal dio la vuelta al árbol. Regresó y orinó al pie de ese árbol, y allí se quedó echado. Al rato, empezaron a subir al árbol las hormigas. Todo se llenó de hormigas de monte, negras y grandes, hasta arriba, mero donde estaba el hombre. También el hombre se llenó de hormigas, allá arriba. Comenzó a rascarse aquí y allá se cayó. ¡Mbam!, en el mero lugar donde estaban todos los salvajes. ¡Rápido se levantaron!

—¿Qué es esto? ¡Miren la comida que nos llegó!

¡Dónde que era gente el que cayó allí! Ya estaban listos, lo atraparon.

—Así dije: cuando viene el perro es mejor.

Se comieron al hombre, ése fue su fin, al pie de aquel árbol.

En el pueblo, sus gentes esperaron al rico que iba a regresar. Hoy, mañana, pasado mañana, quince días pasaron, y no aparecía. Su esposa lloraba; fue a ver a su cuñado.

—¿Dónde fuiste a dejar a tu hermano?

—También él; era un necio, pues. “Ya están ustedes bien, ya comen bien”, le decía yo. Pero era un necio, tú lo conoces.

—Sí, es cierto, así era él. Pero, ¿dónde lo fuiste a dejar? No aparece. Ya pasó un mes y no aparece.

—Se fue. Yo creo que de por sí ya se lo comieron en la montaña.

Regresó ella a su casa, llorando se fue. Lloraba hoy, lloraba mañana, lloraba hoy, lloraba mañana. “¿Dónde aparecerá?” —decía diario.

Ya se lo había comido la gente de la montaña.

Así le pasó a ese hombre pobre, a ese hombre flojo.

Así le pasó antiguamente, por eso no es bueno maltratar a los hermanos pobres. Si tenemos algo, que coman tantito nuestros hermanos; tan siquiera un pedacito que coman con nosotros nuestros hermanos. Que así sea nuestra gente, porque así fue esto.

Narrado por Zeferino Ureiro Gálvez, Cahuatachi, Xalpatláhuac, Guerrero.

La Muerte Madrina se considera una historia indígena por excelencia, donde se muestra el particular vínculo de los mexicanos con la muerte. Es narrado en muchas lenguas de México: su origen es europeo. La muerte, al cruzar el Atlántico, cambia de género, puesto que en la recopilación de los hermanos Grimm es masculina y acá casi

siempre es mujer y, muchas veces, la muerte muere. Entre los mixe, la muerte sigue apareciendo como varón. Y en todas partes, comer es signo inequívoco de salud.

En este caso no hay crisis ni castigo final, el hombre simplemente se hace un buen curandero cuando la muerte le otorga su bendición, sin castigo ni engaños.

El borracho y la muerte

Mixe medio

Había una vez un hombre que siempre estaba borracho, se dedicaba a tomar. Tenía a su esposa, que lo quería mucho aunque fuera borracho. Le daba de comer bien; cuando le hacía daño el licor, le hacía caldo de gallina. Una vez estaba comiendo y allí estaban sus hijos, que eran muchos. Le dijo a su mujer:

—Los niños no me dejan comer tranquilo cuando estoy aquí.

Aunque no trabajaba y su mujer se encargaba de mantener a los niños, el borracho no se sentía incómodo.

—Creo que me vas a matar una gallina —le dijo a su mujer—, pero me la quiero comer yo solo.

—¡Cómo no!, te la voy a poner a cocer temprano para que te la comas tú solo. ¡Ay!, estos niños son muy listos.

Al día siguiente la señora se levantó muy temprano y se fijó que todos sus hijos estuvieran bien dormidos. Agarró a una gallina, la mató y la preparó. Cuando ya estaba lista la comida le dijo a su esposo:

—Levántate a comer, ya está lista la comida, para que sientas mejor.

El señor se levantó rápido y se sentó frente al caldo de gallina sin siquiera lavarse las manos ni la cara. Pensaba comer bien. Uno de los hijos se dio cuenta y se paró de inmediato diciendo: —Hermanos, hermanos, levántense que papá está comiendo bien.

—¡Justo cuando voy a comer, me quitan la comida! —se quejaba el hombre.

Los niños se repartieron pedacitos de carne. Nuevamente volvió y se puso de acuerdo con su señora:

—Así ni parece que comí, nunca me siento satisfecho. Mejor me voy a comer aparte, donde no me molesten.

—Está bien, ¡cómo no! Voy a poner a cocer la gallina temprano, a prepararla para que comas bien.

Se fue lejos con su gallina. Cuando iba a empezar a comer solo, donde nadie lo molestara, llegó un señor:

—Buenos días, ¿qué haces?

—Nada, voy a comer.

—¿No me puedes hacer un favor? ¿No me das un poco de tu comida?

—¿Quién eres?

—Yo, soy Dios.

—No te voy a dar; ¡tú eres el que me debería de dar a mí, por ser Dios! Apenas encuentro qué comer y mis hijos no me dejan nada, me molestan mucho.

Entonces Dios desapareció como si se lo hubiera llevado el viento.

Él guardó sus cosas mientras platicaba y se las llevó a otra parte en donde no lo molestara nadie. Enseguida llegó otro señor y le preguntó:

—¿Qué haces?

—Voy a comer.

—¿No me puedes hacer un favor? ¿No me puedes dar un poco?

—¿Quién eres?

—Soy la muerte.

—¡Cómo no! Dios ya me había pedido de comer y no le di, pues él es el que me debía de dar a mí.

Repartió su comida en dos partes y le dijo la mitad a la muerte. La muerte le dijo entonces:

—A ti te voy a decir una cosa, amigo. Ya que no te gusta el ruido ni que te molesten, ya que no tienes trabajo, yo te voy a dar uno.

—Amigo, vas a llevar a mis hijos al rosario, para que seas mi compadre.

—Te voy a enseñar primero cómo viven las personas del mundo, de qué manera va pasando el tiempo, quiénes viven más años y quiénes menos tiempo.

Se fueron a la iglesia y la muerte le enseñó todo al señor.

Y le enseñó unas velas, siguió diciéndole: —La vela es la que nos indica ese tiempo; cuando ya está por terminarse, quiere decir que hasta allí va a existir ese cristiano en el mundo.

Le preguntó: —Compadre, ¿cuál es mi vela?

—Allí está—. Y le enseñó una vela a la que le faltaba poco para terminarse.

—Compadre, ¿no estaría bien que la cambiáramos?

—No compadre, no está bien. Lo que está hecho, va a pasar, te tienes que ir. Así es como termina la existencia, también así fue como terminó mi vela.

—Ni modo, ya me queda poco.

—Para que vivas otro poco, esto es lo que tienes que hacer: vas a buscar enfermos, te vas a volver adivino, vas a adivinar con maíz y con baraja. A eso te vas a dedicar.

—Dame ese trabajo, voy a hacerlo. ¿Cuándo regresas?

—Yo mismo te voy a avisar, con el tiempo.

Salieron de la iglesia y en un descuido de su compadre, el hombre regresó corriendo y cambió su vela chiquita por otra más grande. Regresó a su casa y le contó a su esposa:

—Así me sucedió—. Le contó todo lo que había pasado.

—Ay, pobre, ¿pero tú qué cosa sabes hacer? No es cierto lo que dices.

—No, voy a probar. Dicen que hay un enfermo, voy a verlo.

Como los borrachos dondequiera entran, entró en la casa del enfermo. Allí estaba una señora pensativa, preocupada porque la enferma ya estaba agonizando. El borracho dijo entonces:

—¿Qué les pasa? ¿Qué les sucede? ¿Qué es cierto que mi amiga está agonizando?

—Sí, allí está acostada.

—¿Por qué no me hacen un favor? Permítanme verla, no les voy a cobrar nada, a lo mejor logro curarla.

—Si nos haces ese favor. A lo mejor Dios te ha dado poder. Ve el maíz o lo que sea, con tal de que se alivie.

—No es necesario, voy a ir a ver a la enferma.

Su compadre la muerte le había dicho:

—Compadre, si me encuentras en la cabecera de la cama, quiere decir que la persona va a morir. Si estoy en los pies, nada más le tocas el pecho a la persona y se va a aliviar, como si tuviera hambre.

Se cumplió todo lo que había dicho la muerte. Revisó a la enferma y vio que su compadre estaba en los pies de la cama. Tocó a la enferma en el pecho y le dijo:

—Levántate.

Enseguida habló la enferma como si estuviera muy cansada y pidió de comer:

—Quiero comer. Denme de comer para que tenga fuerza.

Ya llevaban por dondequiera al señor, le daban gallinas y todo lo que quería, le pagaban lo que pidiera por curar a los enfermos.

De esa manera, sus hijos pudieron comer carne de gallina.

Palabras finales

En ocasiones, los libros de la colección Tradición Oral Indígena incluían fragmentos de poesía, juegos de palabras, absurdos, retahilas o textos de oratoria, no narrativos y de gran belleza. Incluimos aquí algunos.

Una canción, plática entre la araña patona y una persona

Otomí

—¿A dónde vas, araña patona?

—Voy allá, al otro lado.

—¿Qué vas a hacer del otro lado?

—Voy a traer la flor blanca.

—¿Para qué quieres la flor blanca?

—Para que la echen en el pie a mi hija.

—¿Qué le pasó a tu hija?

—La mordió la víbora blanca.

—¿Dónde está la víbora blanca?

—La matamos.

—¿Dónde la tiraron?

—La echaron a la lumbre.

—¿Dónde está su ceniza?

—La usamos para remozar la capilla vieja.

—¿Dónde está la capilla vieja?

—Se derrumbó.

—¿Quién la derrumbó?

—Llegó un borrego sin patas, le dio una patada, y se cayó.

—¿Dónde está el borrego sin patas?

—Se lo comió el coyote.

—¿Dónde está el coyote?

—Se lo comió el zopilote.

—¿Dónde está el zopilote?

—Voló y se fue.

Texto de Jesús Salinas, traducción de Andrés de Jesús Santiago Severiano,
MexQUITITLÁN, Amealco de Bonfil, Querétaro.

Palabras a un niño pequeño cuando se le nombra ofrendador de flores

Náhuatl

Que el Supremo te conceda fortaleza, permanencia y vida; que no te entristezca nada.

Crece, date a querer, el Creador te envió a la tierra no únicamente a caminar, no únicamente a pasear.

Has de ofrendar tus flores al Supremo. Mañana o pasado, conforme vayas creciendo, le darás una florecita.

Ya estás creciendo. Crece, para eso te han enviado a la tierra. Viniste a ofrendarle flores aquí en la tierra, en los piecitos del Supremo.

Crece, date a querer, que nada te entristezca, que nada te preocupe. Se te nombra ofrendador de flores.

A ese niño pequeño se le presenta en el templo para que de ahí en adelante empiece sus obligaciones con la iglesia. Al niño se le llama también rayito de sol.

Palabras para pedir una novia

Mixteco

Ave María Purísima,

Ave María Purísima,

Padre Señor San Pedro,

Padre Señor San Pablo,

aquí me abren las puertas de su casa,

me abren las puertas de su patio,

me tienden los petates,

me ofrecen las sillas.

Hasta aquí llego a pararme;

me asomé a un camino angosto,

a un camino corto,

me asomé a un camino corto, a un camino angosto.

Agarré huaraches pobres, agarré huaraches pobres;

agarré sombrero pobre, agarré sombrero pobre;

agarré pobre bastón, agarré pobre bastón;

y me levanté en la oscuridad,

me levanté a medianoche.

Tomé la vereda, tomé el camino real;
me detuve a mirar una montaña alta;
vi un cerro ancho y vi un cerro corto,
vi un cerro tendido, vi un cerro bonito.

Allí me fui a parar, allá me recargué;
allí me recargué, allá me fui a mirar.

Señor San José Patriarca,
Madre Dolorosa.

Su hija parece
mata tierna de aguacate,
mata florida de maguey.

Floreció hermosa y creció bonita,
creció hermosa y floreció pronto.

Se levantó uno de mis hijos y la miró;
uno de los de mi rebaño la miró:
quiso entonces probar de esa cosa buena.

Fui a pararme y a ver
en un llano grande y en un llano angosto;
en el llano grande estaba una reata de ixtle;
en el llano grande estaba una caja bonita
amarrada con reata de ixtle encerada.

Divino Señor de Honor,
Señor Divino Nuestro,
quien primero se paró,
quien primero fue a ver
entonces se paró, entonces miró.

La caja se abrió y miró a la muchacha;
se alumbró y relampagueó,
al abrirse la caja,
cuando se destapó,
cuando la miró.

Entonces me paré en esta casa,
me paré en medio de este patio
a quitarles el sueño, en su casa,
en medio de su patio,
en medio de sus petates,
entre sus mismas sillas.

Señor Dios,
no la vio a la luz de la luna,
ni a la luz de los luceros.

Me temblaban los labios,
me temblaba la cara;

alumbrado, iluminado

reflejaba yo la luz,

veía el resplandor de la luz del día

y fui hacia ella con mi palabra,

con mi aliento,

con mi voz.

Ave María Purísima.

Oratoria o discurso de pedimento de novia tal y como lo narró José Velázquez,
Ocoapa, Copanatoyac, Guerrero.

Venadito. Juego infantil

Huichol

El venado.

El venado está dormido

atrás de la montaña.

La garza blanca, garza blanca

garza blanca, garza blanca

Cantado por Matías Carrillo, Guadalupe Ocotán, Jalisco.